

Seminarios
México-Italia
500 años de diálogo cultural

Tomo III

**Las relaciones culturales entre México e Italia
en la edad contemporánea**

Riccardo Cannelli

COORDINADOR

SEMINARIOS SOBRE MÉXICO-ITALIA:
500 AÑOS DE DIÁLOGO CULTURAL
TOMO III



SEMINARIOS SOBRE MÉXICO-ITALIA: 500 AÑOS DE DIÁLOGO CULTURAL

Tomo III



Las relaciones culturales entre México e Italia
en la edad contemporánea

Riccardo Cannelli
Coordinador

SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
EMBAJADA DE ITALIA

Primera edición: 2025

Primera edición electrónica (PDF): 2025

Producción:
Secretaría de Cultura
Instituto Nacional de Antropología e Historia

Portada: Jorge García Patiño

D. R. © 2025 Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, alcaldía Cuauhtémoc,
Ciudad de México
informes_publicaciones_inah@inah.gob.mx

D.R. © 2025 Embajada de Italia en México
Paseo de Las Palmas 1994, col. Lomas de Chapultepec, I Sección,
C.P. 11000, alcaldía Miguel Hidalgo, Ciudad de México

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad
del Instituto Nacional de Antropología e Historia de la Secretaría de Cultura

ISBN: 978-607-2634-23-7, TOMO III

ISBN: 978-607-2634-91-6, Obra completa

Hecho en México



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Ambasciata d'Italia
Città del Messico

ÍNDICE

Palabras del embajador de Italia en México <i>Luigi De Chiara</i>	9
Presentación <i>Riccardo Cannelli</i>	11
Italianos en México. Una visión global (siglos XVI-XIX) <i>Fernando Ciaramitaro</i>	15
México e Italia: cultura, política y diplomacia en los siglos XIX y XX <i>Franco Savarino</i>	39
Artefactos mesoamericanos en la Italia de la primera edad moderna <i>Davide Domenici</i>	69
Música y músicos del siglo XVIII de viaje entre Italia y México <i>Fabrizio Ammetto</i>	81
¿Un quincunce en el antiguo paisaje vivencial de Yaxkukul? Análisis histórico-antropológico de un documento colonial temprano <i>Enrico Straffi</i>	89
La literatura mexicana en Italia: encuentros y desencuentros <i>Stefano Tedeschi</i>	113



En 2021, con un impresionante plan de actividades que se llevó a cabo a lo largo de la República, México celebró tres importantes centenarios de su historia: el segundo centenario de la Independencia, el séptimo de la fundación de Tenochtitlan y el quinto centenario de su caída. En este marco, la Embajada de Italia y el Instituto Italiano de Cultura en México quisieron dar su aportación y participar en el rico programa de eventos organizando diez jornadas de estudio, reunidas bajo el título “México-Italia, 500 años de diálogo cultural”, que permitieron destacar el papel de Italia como socio cultural de México, desde la conquista hasta la actualidad.

Las jornadas se articularon en cinco seminarios bilaterales que partieron de una panorámica completa sobre la historia de las relaciones entre Italia y la Nueva España, hasta llegar a la construcción de los vínculos culturales que permitieron, en un principio, salvar los primeros códices que llegaron a Europa y, ahora, profundizar el conocimiento del patrimonio cultural del país por medio de estudios antropológicos y arqueológicos conjuntos, más recientemente, protegerlo de eventos catastróficos naturales, de robos y extravíos mediante colaboraciones de creciente alcance.

La pandemia de COVID-19 nos obligó a utilizar un formato virtual. A pesar de ello, el éxito de la iniciativa fue mayor de lo esperado: un público numeroso, atento e interactivo participó en vivo desde Italia, desde México y desde muchos países latinoamericanos y las videograbaciones (aún disponibles en el canal Youtube del Instituto Nacional de Antropología e Historia) fueron vistas por más de 40 000 usuarios.

El éxito nos convenció de que era preciso mantener traza de los seminarios por medio de la publicación de las actas, que seguimos con este tercer volumen.

Todo lo antes mencionado fue posible gracias a la participación entusiasta de los destacados especialistas que animaron los eventos y a la valiosa colaboración del Instituto Nacional de Antropología e Historia, al cual va nuestro profundo agradecimiento: al director general, antropólogo Diego Prieto Hernández, con quien nos unen fuertes lazos de amistad y el compromiso de promover y proteger nuestras culturas, y a todo el equipo técnico que hizo posible la realización de los seminarios y, ahora, de los volúmenes que recogerán los artículos de los estudiosos que participaron en ellos.

LUIGI DE CHIARA,
Embajador de Italia en México

PRESENTACIÓN

—●—
Riccardo Cannelli

Instituto Italiano de Cultura en la Ciudad de México

*(desde 2024, Profesor Investigador en el Departamento de Ciencias de la Formación,
Psicología y Comunicación de la Universidad “Aldo Moro” de Bari, Italia)*

El proyecto de organizar un ciclo de seminarios dedicados a la historia de las relaciones culturales entre Italia y México tomó forma en vísperas de las celebraciones oficiales de “México 2021. Año de la Independencia”, el año de los tres centenarios mexicanos. Considerando la importancia de esta triple conmemoración (fundación de Tenochtitlan, conquista española, independencia de México), la Embajada de Italia y el Instituto Italiano de Cultura se preparaban, al igual que las representaciones diplomáticas de muchos otros países, para participar en los eventos programados por las instituciones mexicanas. Quien escribe conversó extensamente sobre este tema con Emilia Giorgetti, agregada científica de la Embajada de Italia, buscando responder juntos a una pregunta sencilla: ¿asistiremos con simpatía y participación a las rememoraciones históricas sobre los mexicanos o también nosotros, los italianos, formamos parte de esa historia y tenemos algo que decir? La respuesta se encuentra en los tres volúmenes de esta obra, que reúnen muchas de las contribuciones ofrecidas por más de 70 académicos mexicanos e italianos que, a lo largo de 2021, participaron en la iniciativa “México-Italia, 500 años de diálogo cultural”, organizada en cinco seminarios por la Embajada de Italia, el Instituto Italiano de Cultura y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

En este tercer volumen de la obra, que tengo el placer de presentar, el lector podrá percibir la amplitud y la profundidad de cinco siglos de relaciones culturales entre Italia y México. La primera parte está dedicada a los rasgos generales de esta historia, ilustrados por las contribuciones de Fernando Ciaramitaro y Franco Savarino.

Ciaramitaro describe, con abundancia de estadísticas demográficas, las vicisitudes de la emigración italiana en la región mesoamericana desde los primeros viajes europeos al Nuevo Mundo, representando una presencia vibrante compuesta por marineros (principalmente sicilianos y lígures), comerciantes y religiosos, que durante el periodo colonial se caracterizó por su ocasionalidad y redes de contacto limitadas. Luego, el autor se adentra en el siglo XIX, cuando la emigración italiana se volvió cada vez más numerosa y compleja. En un primer momento, se trató de compañías de ópera y pintores, además de un pequeño pero significativo grupo de patriotas garibaldinos que llegaron para ayudar a Juárez y a los liberales mexicanos durante las guerras civiles de los años cincuenta y sesenta. Posteriormente, involucró a grupos organizados de colonos agrícolas con sus familias, en el marco de la política de colonización del campo, perseguida con resultados variables por los gobiernos mexicanos durante el Porfiriato. Junto con los

campesinos, también llegaron, de manera no organizada, numerosos arquitectos e ingenieros, atraídos por las oportunidades de éxito que el país ofrecía en la fase de modernización y desarrollo económico durante el largo régimen de don Porfirio.

Savarino analiza los rasgos principales de las relaciones italo-mexicanas a partir del nacimiento del Reino de Italia en 1861. Mientras continúa un flujo “gota a gota” de italianos que llegaban a México, se añade una nueva dimensión institucional, la de las relaciones bilaterales entre Estados, compuestas de política, diplomacia y también, durante el *ventennio* fascista, de propaganda. El autor subraya que México e Italia, en la segunda mitad del siglo XIX, compartieron problemas similares dentro de un marco político e ideológico común, el del liberalismo: consolidación de las instituciones liberales, conflictos con la Iglesia católica, desarrollo desigual y desafíos económicos. Estas afinidades, pronto convertidas en simpatía, favorecieron una pequeña edad de oro de la presencia italiana en México, evidenciada por la fundación de seis colonias agrícolas italianas (no todas exitosas), el inicio de relaciones comerciales y la importante contribución de arquitectos e ingenieros italianos al desarrollo de la capital y de otros centros urbanos, cuyas huellas todavía son visibles en sus respectivos paisajes urbanos. La revolución en México y, pocos años después, la llegada del fascismo en Italia, abrieron una nueva etapa en la que las mutuas desconfianzas de naturaleza ideológica no impidieron la continuación de la cooperación entre ambos países, que se desarrolló principalmente en el plano económico y comercial. Pero Mussolini también se sintió atraído por México por razones geopolíticas: el país tiene una larga frontera con Estados Unidos y, a sus ojos, representó el bastión de la latinidad católica frente a la agresividad anglosajona y protestante. En los años treinta, el fascismo propuso la creación de un “eje latino latinoamericano”, en el que México ocupó un papel fundamental. Por su parte, México encontró en Italia un socio importante para sus exportaciones de materias primas, especialmente petróleo. El proyecto del Duce se derrumbó cuando, al estallar la Segunda Guerra Mundial, México se alineó decididamente con las potencias aliadas y se produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas entre los dos países. En la segunda mitad del siglo XX, en Italia se consolidó la democracia en un marco republicano. Desde entonces, las relaciones italo-mexicanas han experimentado un desarrollo constante y positivo en los ámbitos político, económico y cultural. En 1965, una serie de acuerdos entre los dos gobiernos fue el punto de partida de una cooperación cultural que hoy está en pleno desarrollo. Así nació una diplomacia cultural interesada en cultivar los respectivos intereses nacionales, pero libre de segundas intenciones geopolíticas ocultas. Además, gracias al crecimiento de las clases medias, que ahora pueden viajar, informarse y conocerse, las relaciones se democratizan. Hoy en día, concluye el autor, los intercambios entre italianos y mexicanos “pasan por una cantidad muy grande de actores grandes y pequeños, una multitud que ha aprendido a apreciar y conocer al ‘otro’, dando consistencia y reconociendo, finalmente, esa afinidad ‘latina’ que durante mucho tiempo estuvo confinada al ámbito de la retórica y del discurso oficial elitista”.

Este volumen cuenta con una segunda parte de carácter monográfico, dedicada a profundizar en algunos temas que, especialmente en los últimos años, han despertado el interés de estudiosos e investigadores.

Davide Domenici analiza la historia de los artefactos indígenas mesoamericanos que llegaron a la península italiana tras la Conquista. Hasta hace poco tiempo, se creía que la llegada a Europa de artefactos indígenas provenientes de Mesoamérica se debía a Hernán Cortés y a otros conquistadores, y que una parte importante de estos artefactos

de origen español había llegado a Italia. Domenici, basándose en estudios recientes y aún en curso, demuestra que, además de la vía de Cortés, se constituyó una segunda esfera de circulación de los artefactos, impulsada principalmente por los misioneros dominicos, sin ninguna intermediación española. Papas y cardenales los recibieron como obsequios de los religiosos y garantizaron su conservación, gracias también a la sensibilidad de matriz renacentista de numerosos coleccionistas italianos. La esfera dominica en Italia destacó por su independencia y por su relación con un discurso teológico que valoraba la complejidad técnica de los artefactos como prueba de la racionalidad indígena.

Fabrizio Ammetto se detiene en la difusión de la música italiana en México en el siglo xviii. Solo recientemente, las investigaciones en los archivos mexicanos, con el descubrimiento de manuscritos y obras italianas, han permitido comprender la amplitud de este fenómeno. Además de la famosa ópera *Motexuma* de Antonio Vivaldi, los archivos certifican la presencia de otros compositores italianos, lo que testimonia la rica interacción cultural y musical entre Italia y la Nueva España. La colaboración académica entre docentes y estudiantes mexicanos e italianos hoy en día está orientada a consolidar la labor de conservación y digitalización del patrimonio musical barroco en México.

Enrico Straffi, con un enfoque a medio camino entre la antropología y la historia, a través de la integración de datos lingüísticos, etnográficos e históricos, analiza el significado del *quincunce* en el paisaje vivencial de Yaxkukul, localidad de Yucatán situada a pocos kilómetros de Mérida. El término *quincunce* alude a un modelo espacial con cuatro esquinas y un centro, reflejando concepciones espaciales mayas. Esta disposición espacial está relacionada con prácticas rituales y la organización del territorio. El texto de Straffi se centra en dos documentos coloniales de tierras de Yaxkukul, cuyo análisis permite detectar tensiones entre los sistemas de organización indígena y las imposiciones coloniales. La contribución de Straffi es indicativa del gran interés que los estudiosos italianos tienen por las investigaciones etnográficas y antropológicas sobre las poblaciones mesoamericanas, en la línea de una tradición de estudios que se ha consolidado a lo largo del siglo xx hasta nuestros días.

Stefano Tedeschi examina la difusión en Italia de la literatura mexicana, en el marco del verdadero boom de la literatura latinoamericana que tuvo lugar a partir de los años sesenta del siglo pasado. En aquel entonces, se produjo un auge inicial con la publicación de las obras de Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes. Sin embargo, tras esta etapa inicial, la presencia de la literatura mexicana se redujo drásticamente hasta cuando, en los años noventa y el nuevo milenio, hubo un resurgimiento. Tedeschi subraya que esta subestimación de los autores mexicanos por parte de las editoriales y los lectores italianos también se debió a prejuicios ideológicos y estereotipos propios del clima cultural de los años setenta y ochenta. Un ejemplo de ello es el distanciamiento de Carlos Fuentes con la Revolución Cubana después de 1971, a raíz del “caso Padilla”, tras lo cual, durante muchos años, no apareció ninguna traducción italiana de las novelas del escritor mexicano. A partir de los años noventa, la literatura mexicana resurgió con fuerza en Italia. El mercado editorial comenzó a interesarse por nuevas voces y, en el ámbito de la novela negra, Paco Ignacio Taibo II se convirtió en un éxito con sus relatos urbanos y detectivescos. En el nuevo milenio, pequeñas editoriales italianas comenzaron a traducir y publicar a nuevos escritores, diversificando la imagen de la literatura mexicana en Italia y alejándola de los estereotipos anteriores.

Finalmente, me permito hacer algunas consideraciones sobre las peculiaridades de las relaciones culturales entre Italia y México, a la luz de cinco siglos de intercambios y

encuentros, y aprovechando la lectura de los valiosos escritos presentes en este volumen. Cuando se habla del “Nuevo Mundo”, se piensa inmediatamente en los países europeos que fueron los protagonistas militares y políticos de la conquista. Italia no estuvo entre ellos y no desempeñó ningún papel en esa gran y terrible aventura europea, empresa caracterizada por la fuerza y la superioridad tecnológica, que fue vivida por los pueblos americanos más como una tragedia que como un don. La península italiana, que en la Baja Edad Media se había posicionado en el centro del desarrollo económico y cultural europeo, favorecida por su centralidad mediterránea, sufrió las repercusiones económicas, políticas y militares del drástico desplazamiento del eje hacia el Atlántico, consecuencia del descubrimiento del “Nuevo Mundo”. En el siglo xvi, Italia, orgullosa de sus Repúblicas Marítimas, sus Señoríos y Principados, se convirtió en una periferia política de Europa, presa de ejércitos extranjeros que la llevaron, en poco más de un par de siglos, a lo que Metternich, canciller austríaco, a principios del siglo xix pudo definir fríamente como “nada más que una expresión geográfica”. En realidad, los territorios italianos, divididos, fragmentados y casi todos invadidos, políticamente débiles y geográficamente marginales, no disiparon la mayor herencia que habían recibido de los siglos dorados del humanismo: el amor por el estudio, la belleza y el arte, la curiosidad intelectual hacia lo nuevo que América representaba, el gusto por el conocimiento de otras culturas. A cinco siglos de distancia, podemos comprender mejor lo que con el tiempo se ha ido revelando como uno de los rasgos importantes de la civilización y la cultura italiana: un conocimiento empático y curioso de la realidad de otros pueblos y países y una marcada inclinación al encuentro y al diálogo. Este volumen nos permite familiarizarnos con los perfiles de tantos italianos que, armados solo con su bagaje intelectual, llegaron a la Nueva España o la estudiaron desde lejos, impulsados por el deseo de conocer y dar a conocer. Incluso en los últimos dos siglos, los italianos se han dirigido a México guiados principalmente por intereses culturales y profesionales. La emigración italiana a México en los siglos xix y xx fue sobre todo obra de intelectuales, artistas, arquitectos, artesanos, científicos y colonos agrícolas, quienes encontraron en esa nueva patria un ambiente propicio y acogedor para mostrar su talento y contribuir a la prosperidad económica y cultural de México. Mi deseo es que la lectura de estas páginas nos impulse a intensificar los estudios y profundizar en la vocación, común a México e Italia, de ser países amantes de la cultura, el arte y la belleza, reconociéndose mutuamente como socios ideales.

ITALIANOS EN MÉXICO. UNA VISIÓN GLOBAL (SIGLOS XVI-XIX)

Fernando Ciaramitaro
Universidad Autónoma de la Ciudad de México

INTRODUCCIÓN. ITALIA Y MÉXICO

El Estado italiano, desde el punto de vista geopolítico y constitucional, es una realidad muy joven. Es un hecho de la historia de la humanidad que se concretizó sólo en la segunda mitad del siglo XIX: la unidad italiana tiene apenas 162 años. El 17 de marzo de 1861 el recién nacido parlamento nacional proclamó en Turín, primera capital del reino, a Víctor Manuel II rey de Italia “por gracia de Dios y voluntad de la nación italiana”. Antes de 1861 la palabra “Italia” no indicaba un Estado nacional, sino una península y un conjunto de islas y Metternich,¹ gobernador austriaco, insistía en la idea de Italia como “simple expresión geográfica”, desprovista de cualquier connotación nacional. En realidad, una cultura italiana existe al menos desde el siglo XII-XIII. En la literatura, por ejemplo, recordamos a Dante (1265-1321) y su *Comedia*, una verdadera gramática en poesía de la lengua italiana. Es claro también que el arte italiano, en todas sus manifestaciones (pintura, escultura, arquitectura, teatro, música, etc.), ha existido antes del siglo XIX, pero no un Estado-nación. Esto es el *déficit* político italiano (y también alemán) respecto a otras grandes naciones de Europa: Inglaterra, en su versión constitucional del siglo XVIII (el Reino Unido), Francia, España, Portugal, Rusia, hasta la pequeña Suiza. Pues sí, Italia, en su versión constitucional (antes monarquía y desde 1948 república) es un Estado jovencísimo.

Los estudiantes mexicanos, generalmente, se quedan choqueados cuando se realiza un parangón de Italia con México: el Estado mexicano es más viejo que Italia por cuarenta

¹ Klemens von Metternich (1773-1859) fue un noble, diplomático y político austriaco. Canciller del imperio de 1821 a 1848. Estuvo en el centro de la política europea durante tres décadas, hasta que las revoluciones liberales forzaron su renuncia. El 2 de agosto de 1847, Metternich escribió la famosa y controvertida frase: “La palabra *Italia* es una expresión geográfica, una calificación que concierne al idioma, pero que no tiene el valor político que los esfuerzos de los ideólogos revolucionarios tienden a imprimir en eso”. Esta frase fue retomada por un diario napolitano, que sin embargo le dio un sentido despectivo: “Italia no es más que una expresión geográfica”; en medio de los disturbios de 1848, los liberales italianos se apropiaron polémicamente de esta interpretación periodística, utilizándola en clave patriótica para despertar en los italianos un sentimiento antiaustriaco. Los historiadores están de acuerdo en reconocer en esta afirmación la constatación de un estado de cosas más que una connotación negativa: desde el punto de vista político, el estadista austriaco vio cómo Italia estaba compuesta por Estados soberanos, mutuamente independientes (como prosiguió en el texto de la nota), al igual que Alemania. Más que un desprecio arrogante hacia Italia y los que pretendían su unificación, lo que movía a Metternich era el cálculo político de mantener dividida la península, permitiendo que el imperio austriaco ejerciera una influencia cercana (directa e indirecta) sobre los estados italianos. Entre otros, véase Migliorini (2014).

años, esto es, desde la independencia de 1810-1821. Y además con una historia político-constitucional siempre republicana (con la sola excepción del efímero imperio de Iturbide). México como Estado independiente existe desde hace más de 200 años.

¿Cuál es el vínculo entre México e Italia? En realidad, hay muchísimos. Desde el lado americano del Atlántico, resulta evidente la presencia de Italia en la historia mexicana, en particular por los hombres y las mujeres que han protagonizado la vida de esta geografía americana, ya que aquí emigraron o residieron durante un tiempo. Estoy hablando de la historia de los emigrantes, residentes temporales y viajeros italianos en México que en los últimos treinta o cuarenta años han llamado la atención de numerosos investigadores y divulgadores de la cultura, con un papel preponderante de historiadores y antropólogos.

LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LOS ITALIANOS Y LA NACIÓN ITALIANA EN MÉXICO

El tema de la presencia italiana en México ha sido investigado desde los iniciales momentos de la conquista española, en la primera mitad del siglo xvi (Ciaramataro, 2012). Entonces se trataba de una presencia escasa, que en los siglos fue aumentando, así como aumentaron en la globalización temprana, en volumen y ramificaciones, los flujos migratorios. Esta historia de hombres y mujeres que viajaron a México, y la de sus descendientes, no se puede reducir solamente a unas pocas grandes figuras, como, por ejemplo, Manuel María Lombardini de la Torre (1802-1853), hijo de italiano y nacido en la Ciudad de México, presidente interino de la república por tres meses, en 1853; Margarita Maza (1826-1871), hija del genovés Antonio, popularísima esposa del presidente mexicano Benito Juárez; la fotógrafa friulana Tina Modotti (1896-1942), activista y luchadora social en México desde la década de 1920. La historia de Italia, de su cultura, su fe, su ciencia, su arte, sus hombres y mujeres es un relato complejo, que abarca diversas metodologías de análisis y materias, que incluyen la antropología, la arqueología, la sociología, la historia de la música, la historia de la cultura, la lingüística y un largo etcétera.

El pionero de los estudios sobre la emigración a México de los italianos en los siglos xix y xx es sin duda José Benigno Zilli Mánica (1934-2016) (imagen 1). Sus investigaciones sobre una cooperativa agrícola de italianos en México (la Estanzuela), el proyecto liberal de la Villa Luisa de los italianos, la prensa de Italia y de México y la temática de la migración en el siglo xix, entre otros, siguen siendo aportes imprescindibles para los que se aventuran en la línea historiográfica de los emigrantes italianos en Iberoamérica (Zilli Mánica, 1981, 1986, 1989, 2014). Más recientemente, el tema de las colonias agrícolas ha sido retomado en un magnífico estudio monográfico de Marcela Martínez Rodríguez para el periodo 1881-1910 (Martínez Rodríguez, 2013, 2010, 2015). Otras contribuciones significativas son las de Antonio Peconi, que ha publicado sendos trabajos de síntesis y estudios monográficos sobre el tema, como el dedicado al general Luis Ghilardi, republicano italiano y héroe mexicano (imagen 2) (Peconi, 1986, 1988, 1997, 1998, 2006).

Mario Marini y Salvatore Schembri han ahondado acerca de los misioneros italianos en México (Marini y Schembri, 1991); mientras que el antropólogo James H. McDonald ha descrito los vínculos entre ciclos domésticos y capital y el desarrollo de



Imagen 1. José Benigno Zilli Mánica.

pequeñas fincas entre inmigrantes italianos en el centro de México; finalmente, también ha incursionado sobre cuestiones de “identidad étnica” entre inmigrantes italianos en México (1997, 1988, 1995; Sánchez, 2009). Silvia Zueck ha estudiado la emigración trentina al mineral de Sierra Mojada, en Coahuila, dilucidando las redes transnacionales de los mineros italianos (Zueck González, 2019).

El inmenso argumento de la presencia de artistas y arquitectos italianos en México ha sido analizado, entre otros, por Gabriella Cianciolo Cosentino (2007), que ha rescatado la figura del siciliano Francesco Saverio Cavallari (1810-1896), y más recientemente por Olimpia Niglio y Martín M. Checa-Artasu, que han estudiado algunos arquitectos, ingenieros y artistas italianos entre México e Hispanoamérica (Niglio y Checa-Artasu, 2019).

El académico italiano Massimo De Giuseppe es uno de los máximos expertos de la actualidad. Ha ahondado sobre el catolicismo mexicano,² la ruptura entre Estado e Iglesia, los pueblos indígenas, las formas devocionales, la criminalidad y la Revolución mexicana (De Giuseppe, 2006, 2007, 2010, 2013, 2017). Otra historiadora italiana

² En el ámbito metodológico de la comparación sobre la cuestión de los acuerdos diplomáticos entre papas y Estados mexicano e italiano, véase también Mutolo (2018).

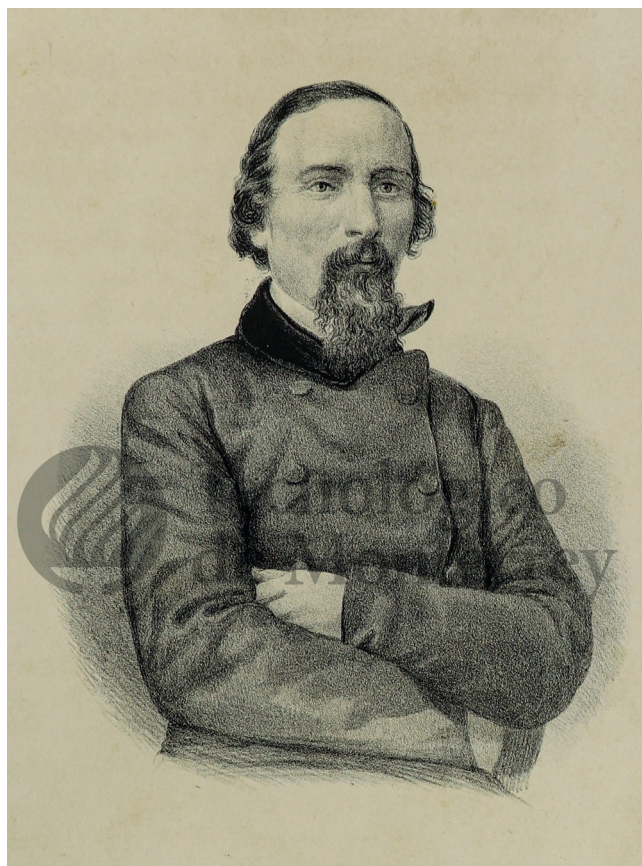


Imagen 2. General Luis Ghilardi. Tomada de Mediateca, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

que en los últimos años ha dedicado complejos estudios a México es Maria Matilde Benzoni: ha estudiado los puntos de contacto entre Italia y México, las culturas, las imágenes, sus representaciones, la historiografía (Benzoni, 2011, 2004; Benzoni y González Luna, 2010).

El historiador de temas socioeconómico y de la empresa que ha trabajado a los italianos en México es el mexicano Alfredo Pureco. Su mirada se ha centrado principalmente sobre los Cusi, empresarios lombardos activos entre el porfiriato y la posrevolución; pero también irrumpiendo en la historia de las haciendas de la época colonial (Pureco Ornelas, 2010a, 2010b, 2010c, 2011a, 2011b, 2014, 2017). Finalmente, el más activo y productivo historiador contemporáneo de las relaciones Italia-México en el siglo xx es sin duda Franco Savarino. Sus pesquisas cubren un abanico de temas que viajan desde la historia cultural, la política y la diplomacia internacional hasta la historia religiosa: el fascismo italiano en América Latina y, en particular, en México (1922-1943); la comunidad italiana de México y el fascismo; Italia y el conflicto religioso mexicano; la Revolución mexicana en la documentación diplomática italiana; la colonia italiana de Chipilo entre historia e identidad; las embajadas de Mussolini en México; los exiliados italianos en México en la primera mitad del siglo xx; las dos “revoluciones” de México e Italia (Savarino, 2001a, 2001b, 2002a, 2002b, 2002c, 2003a, 2003b, 2006, 2007, 2009, 2011, 2012, 2013, 2015, 2016).

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA,
LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA EMIGRACIÓN ITALIANA

En el espacio de un capítulo de libro es imposible analizar a profundidad la complejidad del fenómeno migratorio de los italianos en Nueva España y el México independiente. El objetivo, así, es ofrecer un cuadro general. “Viejos emigrantes”, decía en el siglo XIX el héroe de los dos mundos, Giuseppe Garibaldi, a propósito de los italianos. Los italianos, desconocidos emigrantes europeos en México, anónimos para las masas, pero también afuera de la historiografía internacional.

Como es sabido, el acontecer americano comportó la interacción de razas y culturas en un inmenso territorio y los emigrantes europeos constituyeron la energía motriz: fueron ellos al cruzar el Atlántico e imponer el propio dominio a los amerindios. Era la monarquía española que dirigía y reglamentaba la conquista. Y puesto que Colón había navegado bajo la bandera de los reyes de España, las Indias pertenecieron en exclusiva a la corona castellana.

Los hombres que acompañaron al genovés en sus recorridos, y los otros que le siguieron, representaron el interés privado en la construcción del poder hispano en las Américas. Todos se sabían vasallos de un monarca de gran poder; muchos nunca tuvieron dudas de participar en una empresa de proporciones gigantescas y de nobles fines; la mayor parte anhelaba la gloria. Sin embargo, a pesar de las inclinaciones a la aventura de los primeros descubridores, ellos eran generalmente hombres prácticos, originarios, por la mayor parte, de familias pobres. Entre ellos no había algún noble o eclesiástico y pocos caballeros de las órdenes militares: el descubrimiento y la conquista se realizaron gracias a unos marineros, artesanos, campesinos e hidalgos guerreros.

Como es notorio, después de la toma de Ciudad de México (1521) la conquista se desarrolló a un ritmo irregular, hasta las primeras décadas del siglo XVII. A lo largo de los años individuos y familias emigraron a Nueva España por las razones más variadas: para intentar fortuna, para mejorar sus condiciones socioeconómicas, para escaparse a la justicia del rey o la Inquisición, para servir a Cristo como misioneros y al monarca como gobernadores, oficiales o simples navegantes. La monarquía española tenía ideas muy claras sobre quién tenía que acceder a las nuevas tierras: preferiblemente castellanos, también aragoneses y —pero no siempre— los demás vasallos del rey; nunca, sin embargo, los extranjeros integrales y los no católicos. Quienes no se incluían en las primeras dos categorías hubieran podido obtener una licencia o naturalizarse —procurándose, por lo tanto, una carta de naturaleza (Ciaramitaro, 2012; Ciaramitaro y De la Puente, 2017a, 2017b; Ciaramitaro, 2015a, 2015b, 2019).

El volumen total de la emigración legal europea al Nuevo Mundo durante la conquista no se puede indicar con precisión. Las fuentes para el tema son, principalmente, los numerosos documentos guardados en el Archivo de Indias de Sevilla, las escasas publicaciones que recogen los nombres de los pasajeros que viajaron de los muelles andaluces y las licencias de la Casa de la Contratación. La incompletitud de las listas de los pasajeros hace suponer que el número de los individuos efectivamente emigrados sea superior al número de los viajeros registrados. En los primeros noventa años habrían cruzado el océano cerca de 250 000 europeos; hoy en día ésta parece la valoración más realista. La mayor parte de los emigrantes, 95%, vino sobre todo de los territorios de la corona de Castilla, solamente 2% de los reinos de Aragón y Navarra y, finalmente, el restante 3% no estaba conformado por españoles. La influencia de estos últimos,

aunque constituían sólo una mínima cantidad respecto al total, alrededor de 7 500 emigrantes, no fue en absoluto proporcional a su número (cuadro 1).

CUADRO 1
ORIGEN DE LOS EUROPEOS EN INDIAS

<i>Castellanos</i>	<i>Aragoneses y navarros</i>	<i>Extranjeros</i>	<i>Total</i>
95%	2%	3%	100%

De hecho, los extranjeros tuvieron un papel significativo en la navegación y el comercio. Y si entre ellos el grupo más numeroso era aquel formado por los portugueses, los italianos, con casi 2 500 individuos, constituyeron una presencia, estable o temporal, igual a 1% del total. Eran navegadores expertos y, como los lusos, se asimilaron fácilmente a los otros europeos de las Indias. Por otra parte, en España, y particularmente en Andalucía, los italianos gozaron de un considerable ascendiente económico y político, demostrando también capacidad de obtener licencias y cartas de naturaleza para los demás conterráneos.

La expansión europea en la segunda fase de la colonización del Nuevo Mundo, sucesiva al descubrimiento-conquista, ofrece mayores posibilidades de cuantificación. De hecho, en 1577, el Consejo de Indias envió a los oficiales americanos un cuestionario pidiendo información detallada sobre la geografía política, la topografía, los recursos naturales, la demografía y el sistema de defensa del continente. En las dos décadas siguientes, lentamente, empezaron a llegar las respuestas. Utilizando estos datos oficiales y agregando numerosas series demográficas extrapoladas de algunos censos, listas y documentos, el historiador sueco Magnus Mörner y otros investigadores ofrecen las estimaciones más sistemáticas de la emigración legal europea a las Américas para el período inmediatamente posterior a la conquista. Entre 1561 y 1600 se registraron 157 182 llegadas; entre 1601 y 1625, 111 312; entre 1626 y 1650, 83 504 (cuadro 2).

CUADRO 2
EMIGRANTES EUROPEOS LLEGADOS A LAS INDIAS POR PERIODO
(SIGLO XVI-PRIMERA MITAD SIGLO XVII)

1561-1600	157 182
1601-1625	111 312
1626-1650	83 504

Los promedios anuales para cada uno de los tres intervalos son respectivamente: 1 587; 4 452; 3 340. Los datos utilizados por Mörner desafortunadamente no han permitido ampliar las estimaciones más allá de 1650, ni de calcular el número de los emigrantes que volvieron a Europa. Es notorio que la mayor parte de los españoles vino de los territorios del reino de Castilla; sin embargo, hacia finales del siglo xvii, aumentó en porcentaje el número de los emigrantes que provenían del noroeste de la península: navarros, vascos, asturianos y galicianos. Este cambio se explica probablemente debido a la acumulación de sobrepoblación que ocurrió en el norte español y, por lo tanto, por

la consiguiente necesidad de buscar recursos en otros lugares. Por otra parte, continuaron a desembarcar también los extranjeros: otra vez, después de los portugueses había los italianos, en su mayoría de Liguria. Con la llegada del viejo continente de este surplus de hombres y mujeres, fueron necesarias unas más rápidas penetración y ocupación de nuevas tierras en las dos direcciones, norte y sur de América. En particular, para la Nueva España septentrional la expansión se realizó en vasta escala.

Además de los civiles, también los hermanos franciscanos apoyaron los esfuerzos de la colonización, haciendo de vanguardia a los ejércitos, ganando la amistad de los naturales y, a veces, también sufriendo el martirio. Los ejemplos son muchos: estoy hablando de la “conquista” espiritual de México; lenta, silenciosa y progresiva penetración de misioneros que, a partir del desembarco de los primeros doce franciscanos en la costa atlántica de México (1524), se hicieron protagonistas de una nueva metodología de “ocupación”. El primer cronista de la orden de san Francisco en México fue Gerónimo de Mendieta, que escribió en 1596 la célebre *Historia eclesiástica indiana*. A esa historia siguieron las crónicas de Juan de Torquemada (1615), Alonso de la Rea (1643), Antonio Tello (1653) y Augustín de Vetancourt (1698). Estos autores, a lo largo de dos siglos de análisis, mencionaron en particular veintinueve italianos, entre ellos quiero recordar a Daniele, Michele de Bolonia y Marco de Niza.

En la colonización de la Nueva Vizcaya y de Nuevo León las órdenes religiosas desarrollaron un rol fundamental. A través de la Sierra Madre, en la costa occidental de Nueva España, la primera etapa del movimiento misionero hacia el norte fue un proyecto exclusivo de los ignacianos. En 1593, desde Sinaloa, los padres de la Compañía de Jesús avanzaron hacia el norte, fundando misiones y “reducciones” en los valles de los ríos que corrían hacia el oeste. A partir de 1636, después de haber llegado al río Sonora, se movieron lentamente hacia el interior, siguiendo el curso del río y de sus afluentes, hasta Arizona. Bajo la guía del italiano Francisco Eusebio Kino, en la Sonora septentrional, en la Pimería Alta (el sur de Arizona) y las Californias, establecieron las más prósperas y pobladas “reducciones” de América del norte. El padre Kino, entonces, se hizo famoso gracias a sus estudios y a las exploraciones geográficas de la Nueva España del noroeste. Los jesuitas, sin embargo, no ejercieron en estos territorios un control monopolístico. Como en las otras misiones de las tierras del interior, también aquí los gobernadores del virreinato instituyeron unos presidios militares cerca de las “reducciones” para protegerlas de los indios todavía no sometidos (Ciaramitaro, 2018). Pronto aparecieron también los ganaderos, atraídos por los ricos pastos que se extendían en los macizos montañosos y en los cauces de los ríos sonorenses. Surgieron también diversos pequeños centros urbanos para satisfacer las necesidades de los soldados y los civiles.

CONQUISTADORES Y COLONIZADORES SICILIANOS. ALGUNOS EJEMPLOS

En la época del descubrimiento, conquista y colonización atlántica, los emigrados italianos en Andalucía (sobre todo genoveses) generalmente eran bien organizados en comunidad, poseían experiencia, instrumentación y conspicuos recursos económicos que les permitían participar, a pleno título, en la división de los ingresos financieros y comerciales que derivaban de la conquista americana y de la sucesiva explotación de los recursos naturales y artificiales de ese nuevo continente. Los italianos de Andalucía

pusieron a disposición enormes sumas de dinero no solo para los primeros viajes colombinos, sino también para las expediciones posteriores.

De los puertos andaluces de Cádiz y Sevilla comenzó una acción común de múltiples sociedades mercantiles italianas, en continua expansión económica, que desarrollaron, primero por medio de la representación legal confiada a españoles y después utilizando agentes de la misma *natio*, intercambios directos con el Nuevo Mundo y en particular con México. Muchos italianos, simples marineros o ambiciosos comerciantes y banqueros, anduvieron por las islas del Caribe, México y Perú. Sin embargo, ellos alcanzaron los litorales americanos sólo en una segunda fase: habían sido precedidos por algunos conquistadores de origen siciliano. Aquí recuerdo solamente algunos nombres significativos: Juan Siciliano, hijo de Francisco y Paola Garbín. Llegó con Hernán Cortés, pero muy pronto se mudó a Santo Domingo con fray Nicolás de Ovando, el sucesor de Colón en la administración política y militar de La Española. En la isla, Juan desarrolló tareas militares: acabar la conquista y pacificar a las tribus locales. A partir de 1519, bajo el mando de Cortés, fue a la conquista de México. En 1521, en el futuro virreinato de la Nueva España, participó en la ocupación de la capital del imperio azteca. Entonces —siempre al lado de Cortés— guerreó para consolidar el poder imperial español en la provincia de Pánuco. El 28 de abril de 1525, por el servicio brindado a la corona, el cabildo de la Ciudad de México le donó una casa en el centro de la villa y, en julio del mismo año, una huerta. El 7 de abril de 1530 adquirió una casa cerca del palacio de Cortés y ahí residió hasta que recibió una encomienda de indios y una merced de tierra en Titalaquia.

Desde los puertos de las Antillas también otros sicilianos tomaron parte en las arduas fases del primer período de la conquista, pero poseemos solamente una lista de seis nombres, a la cual no podemos agregar otros: Arnega, amigo de Juan Siciliano, con quien participó en la conquista de México; el contramaestre Pedro; el navegante Juan Ascanio Interlandi; el hombre de negocio Nicolás de Lipari; José Sicilia; Agustino de Sicilia; Tomás Siciliano. A ellos se puede añadir también Francesco de Mesina (o de Lentini), otro descubridor: hijo legítimo de Antonio y Ana Llutin, ambos naturales de Mesina. Y además Francesco Rosso, que cambió su apellido a Rojo.

La mayoría de los sicilianos —como los italianos— residentes en Nueva España (un cuarto del total presente en todos los nuevos territorios americanos ocupados) y que venía en gran parte de la Andalucía atlántica, realizó un período de pausa en las islas del Golfo de México, para después redistribuirse en la América continental. Todos se aprovecharon de la línea política inicial adoptada por la administración hacia los emigrantes, y en particular para los que venían de los países de fe católica y de los estados vasallos de la corona. La llegada en masa de los hombres de negocios fue, al revés, más tardada.

No obstante las pocas búsquedas realizadas, pensamos que la mayor contribución de los sicilianos consistió en la presencia de hombres de mar, marinos que emigraron a las Indias occidentales desde los primeros años de la exploración colombina. Y si la presencia de los italianos para la edad de la conquista americana y hasta 1556 se registra por 1-1.5% de las presencias totales —la comunidad llegaría a cerca de mil individuos o poco más—, los sicilianos representan alrededor de una décima parte de las presencias totales de italianos, poco más de 100.

Eso es sólo un ejemplo de la larga trayectoria de emigración de los italianos hacia México. Así, se podría decir que se trata de una “antiquísima emigración”, iniciada con las primeras etapas de la colonización americana.

EL SIGLO XIX. ITALIANOS EN MÉXICO

Desde el antiguo régimen hay que pasar a la modernidad, o sea, al siglo xix y, en particular, centrarse en las medidas orientadas hacia la colonización europea del inmenso territorio de la república mexicana. En dicha centuria, el arribo de sardos, sicilianos, vénetos, toscanos y otros italianos al país continuó y —tal como sostiene Savarino— vinieron individuos cuyos oficios fueron los siguientes: “clérigos, científicos, maestros, administradores, militares, comerciantes y artistas” (Savarino, 2003: 46).³ Aun así, los registros del número de extranjeros en el país, incluyendo a los italianos, desde luego fueron muy variables e imprecisos, no hay uniformidad en la información y, por lo mismo, son poco confiables. La causa de esta falta de datos estadísticos obedece a que México se encontraba en sus luchas intestinas y no existía forma de establecer dicha información. No sería sino hasta finales del siglo, cuando el gobierno mexicano organizó unos censos generales de población, que tuvieron datos fidedignos, a pesar de sus limitaciones acerca de la cantidad de inmigrantes radicados en el país, de movimientos de grupos, así como su distribución a lo largo y ancho de la república y las actividades que realizaban. Más adelante se muestran algunas de estas cifras oficiales arrojadas por los censos del siglo xix e inicios del xx.

Los nuevos gobiernos republicanos se ocuparon del problema de la redistribución de la tierra, tratando de traer colonos europeos para que explotaran las regiones poco pobladas y promovieran la producción agropecuaria. Estos nuevos colonizadores hubieran tenido también una función socio-racial: influir “en el desenvolvimiento cultural del indígena para imitar lo que se estaba haciendo en Estados Unidos” (Mora Donatto, 2001: 163); generar una nación mestiza, en la cual se integrara al indígena a través del mestizaje con blancos mexicanos y extranjeros (Sánchez, 2007, 2009). Por estos importantes objetivos sociales y geopolíticos —poblar las fronteras internas—, comenzaron a expedirse decretos de colonización para extender el cultivo a los extranjeros y blanquear el país. Sin embargo, los resultados fueron escasos y ahora vamos a recordar algunos de ellos.

Se echó a andar un primer programa de fomento exterior y —tal como refiere Zilli Mánica— en febrero de 1854 se expidió una innovadora ley general que llamaba al suelo mexicano a la inmigración europea. No solamente se ofrecían terrenos donde establecerse, sino también auxilios pecuniarios para transportarse (Zilli Mánica, 1981: 12). Es decir, había que vender bien la idea de México en el exterior y ofrecer muchas garantías y promesas que, al fin de cuentas, sedujeran a los posibles inmigrantes a venir.

En contraste con este empuje general, Ezequiel Montes (1820-1883), en un discurso de diciembre de 1867, declaró que México había necesitado sendas independencias: de España, del clero, del ejército y, finalmente, de Europa. Sin embargo, un año después, el presidente de la república Benito Juárez reiteró que México mantenía abiertos sus puertos a la industria, al comercio y a la emigración del mundo entero. El jefe de Estado sabía perfectamente de la importancia de las medidas colonizadoras del territorio despojado y aseguró que los extranjeros, sin distinción alguna, disfrutaban de las garantías sociales que la constitución concedía a todos los hombres.

³ No hay que olvidar que el siglo xix fue el gran siglo de la emigración italiana a las Américas. La miseria en la que vivían las tres cuartas partes de la población campesina causaba su emigración: los salarios eran insuficientes e intermitentes y por eso América parecía ser una buena oportunidad para realizar una vida digna para muchos de estos inmigrantes que, en el mejor de los casos, vivían al día (Sori, 1979; Bevilacqua, 2001; González Navarro, 1993-1994, II: 203-204).

Una ley provisional sobre colonización, del 31 de mayo de 1875, aportación del presidente Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889), confió así a empresas privadas la colonización con extranjeros y mexicanos, excluyendo a los primeros de las zonas fronterizas. En su artículo primero, se autorizaba al ejecutivo para poner en práctica una política colonizadora por medio de la acción directa del Estado o a través de convenciones con empresas particulares. Este documento legislativo ha sido fundamental porque concedió subvenciones y otras franquicias en favor de las familias que lograban introducirse al territorio de la república a través de la intermediación de las empresas de colonización. Como ha recalcado Mora Donatto, asimismo la ley autorizaba:

la formación de comisiones exploradoras para medir y deslindar terrenos baldíos, recibiendo una tercera parte de éste como premio por servicio. Esta [disposición] fue interpretada por las compañías deslindadoras no sólo en el sentido de deslindar baldíos sino para obtener terrenos colonizables, y apoyadas en el artículo 9º de la Ley de Baldíos de 1863 podían revisar los títulos de cualquier propiedad. Cuando de acuerdo con su criterio los títulos cuya revisión promovían no resultaban satisfactorios, entonces se apoderaban de las tierras declarándolas terrenos baldíos, vendiendo la tercera parte, que les correspondía en pago, a personas adineradas sin importarles si éstas poseían más extensiones de tierra en el país (Mora Donatto, 2001: 176).

Durante el porfiriato el gobierno consideró a los alemanes⁴ católicos y los belgas los colonos más ventajosos por sus adelantos en la agricultura y las artes mecánicas, por su honradez, laboriosidad, facilidad para aclimatarse y porque casi siempre estaban alejados de la política. En segundo término se consideró a irlandeses, holandeses, franceses, españoles y, desde luego, los italianos. Sin embargo, el pueblo llano prefería a los “latinos” sobre los anglosajones, porque los primeros no rechazaban mezclarse con la población criolla, mestiza o indígena, y porque su educación y su organización social y religiosa armonizaban más con la manera de ser de aquel entonces, constituyendo así una nacionalidad, homogénea y compacta.

Según la clásica definición del economista francés Paul Leroy-Beaulieu (1843-1916), hay que distinguir la inmigración, que es la ocupación de un suelo nuevo como hecho individual o colectivo, de la colonización, que es un hecho social y organizado desde arriba, directamente desde el gobierno federal (o también local-estatal), o a través de empresas que tienen alguna autorización de los gobiernos y funcionan como agentes intermediarios (Leroy-Beaulieu, 1882). Esta distinción teórica queda patente también en la postura oficial del gobierno mexicano y entre la opinión pública decimonónica:

La masa europea dispuesta a emigrar es considerable, pero sólo una pequeña parte puede hacerlo con sus propios recursos, el resto no vendrá [...] porque carece de elementos propios. Y aún la pequeña fracción capaz de emigrar por su propia cuenta, preferirá desviarse hacia el Norte ó hacia el Sur, donde encuentra ventajas que no podemos darle, entre otras, salarios elevados y terrenos ya deslindados y convenientemente fraccionados. Para que la inmigración sea, pues, considerable, tal y como lo necesitamos para

⁴ En continuidad con proyectos anteriores, como el acuerdo estipulado en enero de 1865 entre el ministro de Fomento, Luis Robles Pezuela, y Ritterer von Borvens para establecer en el imperio mexicano, en la serranía de Tlacuilotcatl, en Veracruz, colonias alemanas (*Diario del Imperio*, 1865; Robles Pezuela, 1866: 511-523).

engrandecernos, se impone como una ineludible necesidad la inmigración provocada, la colonización.⁵

Pero antes de describir la colonización italiana, se considera necesario recordar unos emigrantes de prestigio —en particular en el mundo artístico— que, durante un tiempo limitado o por toda la vida se mudaron a México para ejercer sus oficios. En la pintura y en la arquitectura quiero recordar el paisajista piemontés Eugenio Landesio (1809-1879) y el profesor Francesco Saverio Cavallari, que llegaron, respectivamente, en 1855 y 1856. Landesio, después de un inicio de carrera entre la corte del rey de Saboya y Roma, por invitación del director de la Academia de San Carlos, Pelegrín Clavé, envió algunos cuadros a la exposición de la Academia Mexicana, entre ellos *Vista de Roma tomada de la villa Freborn por la via Cassia* (1853, México, Museo Nacional de San Carlos), un paisaje de concepción clasicista pensado como composición escenográfica, que luego fue adquirido por la Academia para su galería de pintura. Dos años más tarde fue llamado a ocupar la cátedra de pintura de paisaje y la de perspectiva y ornamento en la misma institución, introduciendo la pintura de paisaje en el país. En la Ciudad de México, donde permaneció hasta 1877, creó numerosas pinturas inspiradas en monumentales bellezas naturales. Entre ellas hay que recordar *El puente de San Antonio en el camino de San Ángel, junto a Panzacola* (1855, México, Museo Nacional de Arte) (imagen 3) y *El valle de México desde el cerro del Tenajo* (1870, México, Museo Nacional de Arte). Landesio fue también un teórico de la pintura (Landesio, 1867) y tanto su enseñanza como las metodologías aplicadas han condicionado a generaciones de artistas, no solamente en México (Moyssén, 1963; Gnisci, 1991: 877).

El arquitecto, arqueólogo y grabador palermitano Francesco Saverio Cavallari (1810-1896) (conocido como Javier Cavallari en México) fue académico de la Universidad de Palermo, caballero de la orden Alberto de Sajonia, socio del Instituto Real de Arquitectos Británicos y doctor del cuerpo académico de Gotinga. También fue un perspicaz historiador. En México, Cavallari reorganizó la escuela para la carrera de arquitecto e ingeniero de la Academia de San Carlos. Además de instruir a sus alumnos en las órdenes clásicas de la arquitectura, les impartía conocimientos básicos para construir puentes, caminos y vías férreas, pues quería llevar a cabo el proyecto de la construcción del ferrocarril (Cianciolo, 2007). La llegada del italiano a México significó la introducción del historicismo y, como menciona Enrique X. de Anda, se trató de una “[...] modalidad estilística desarrollada principalmente por la cultura germano-sajona en contraposición al estilo neoclásico propio de los países del Mediterráneo” (De Anda, 1995: 145). La influencia del historicismo arquitectónico de Cavallari perduró hasta las primeras décadas del siglo xx.

También otro arquitecto italiano, Adamo Boari (1863-1928), alcanzó notoriedad en la capital entre el fin de siglo xix y las primeras décadas del xx. Fue el autor del gran proyecto del Teatro Nacional (que hoy en día es el Palacio de Bellas Artes), con los franceses Paul Dubois y Maxime Roisin. En la Ciudad de México otras importantes realizaciones arquitectónicas del italiano fueron el Palacio Postal, de estilo neogótico veneciano (1902-1907), y su casa particular en la calle Monterrey número 107, en la colonia Roma, ahora demolida, y que por sus paredes blancas y lisas, el remate en ángulo y

⁵Exposición sobre colonización de la Secretaría de Fomento (*El Fronterizo*, 1887).



Imagen 3. El puente de San Antonio en el camino de San Ángel, junto a Panzacola (1855, México, Museo Nacional de Arte).

la falta de decoración, fue el primer ejemplo de arquitectura modernista en México (Fernández, 1983; Checa Artasu, 2015; Boari, 1979).

Asimismo, los artistas extranjeros dominaron el teatro mexicano en el siglo XIX. Los conocedores criticaban que el público fuera obsequioso con ellos hasta la exageración, aunque fueran mediocres y aun malos, y tan despectivos con los mexicanos de mérito. Empero, numerosas cantantes italianas de la ópera habían tenido un gran éxito, como las sopranos Balbina Steffenone (1825-1896) y Claudia Fiorentini. Esta última había participado en el acto de inauguración del Himno Nacional mexicano, el 15 de septiembre de 1854, en el actual Palacio de Bellas Artes (entonces llamado Teatro Santa Anna), con el tenor Lorenzo Salvi, acompañados por la orquesta y el coro de la Gran compañía de la ópera italiana, dirigida por Giovanni Bottesini (Cid y Mulet, 1994).

Sin embargo, los italianos no fueron todos exitosos, pues se recuerda que en 1857 habían fracasado dos compañías italianas de la ópera, tal vez por la inquietud política que presagiaba la Guerra de Reforma (o Guerra de los Tres Años, que transcurrió desde el 17 de diciembre de 1857 hasta enero de 1861). Un nuevo aprieto surgió cuando a fines de 1865 el grupo del pianista Tomás León pidió a la compañía de ópera italiana de Annibale Bianchi, sociedad de larga trayectoria artística en México, que pusiera en escena la *Ildegonda* (1866), ópera en tres actos y seis escenas del mexicano Melesio Morales (1838-1908), con un libreto del italiano Temistocle Solera (1815-1878). El empresario artístico italiano no la aceptó, pese a que la conocía, porque, supuestamente, el

nombre mexicano del autor perjudicaría sus intereses y su reputación en el país. Surgió así un gran escándalo, reflejado también en los periódicos mexicanos, en el cual tomó parte el mismo emperador: Bianchi obtuvo de Maximiliano de Habsburgo el compromiso de cubrir el déficit que hubiera en contra del maestro Morales, por tres representaciones de su *Ildegonda*, estimado en 6000 pesos; dicha ópera finalmente se estrenó, constituyendo un clamoroso triunfo para su autor, que fue coronado en medio de apasionadas aclamaciones de los espectadores (Mañón, 2009: 174).

En 1872 el público capitalino pronto se fastidió de las marionetas italianas, enormes títeres que representaban dramas larguísimos y complicados. Además, en 1873, se presentaron veintiséis bailarinas de muy diferentes nacionalidades, pero en mayoría italianas, quienes tenían en común su belleza y su ignorancia total del idioma español. La cantante de ópera y actriz dramática Adelaide Ristori (1822-1906) tuvo en 1874 un éxito atronador y durante tres años decidió quedarse en México. Entre sus mejores representaciones se recuerdan los papeles de *María Estuardo*, *Elizabeth* y *Lady Macbeth* (Viziano, 2000).

Regresando ahora a la cuestión de la emigración ordinaria, hay que subrayar que en 1876 vivían en México 25067 extranjeros (Romero Sotelo y Jáuregui, 2003), en su mayoría españoles (52%), franceses (24%), norteamericanos (6%), alemanes (4%) e italianos (también 4%, o sea 1002). Luego los ingleses (3%) y las de otras nacionalidades (los mexicanos eran nueve millones y medio).⁶ Ellos llegaron a dominar en significativos sectores de la economía nacional. Por ejemplo, en los primeros años del porfiriato, el liberal Guillermo Prieto (1818-1897) escribió que los españoles monopolizaban las tiendas de abarrotes, las panaderías y las casas de empeño; los alemanes el comercio exterior; los franceses las fondas y las modas; los italianos la pintura, la arquitectura y el teatro.

Además, hay que especificar que dos creencias hicieron nacer la ilusión de una corriente inmigratoria abundante y fácil: por un lado, la enorme riqueza de México y la facilidad con que podía explotarse; por otro, una población autóctona insuficiente en número y calidad. En rigor, los dos supuestos eran uno solo, porque si México era un país potencialmente rico (el más rico del globo, escribió el *Times* de Londres en 1877) y pobre en la realidad, la falta radicaba en el elemento humano escaso y mal dotado (González Navarro, 1957:134). La solución estaba pues en la inmigración. Ésta se sumaría a la población nacional, aumentando su número; su mayor vigor físico, intelectual y moral iniciaría el proceso de enriquecimiento y, con el tiempo, al mezclarse con la población nativa, la mejoraría también cualitativamente. Éstos eran los argumentos de la inteligencia política mexicana del siglo XIX. A principios del porfiriato, visto que México era considerado una nación de mayores recursos naturales, se pensó que podía ser autárquica; tal creencia la compartían muchos de los gobiernos de la independencia y la propagaron también escritores forasteros.

LOS COLONOS

Para poder lograr la edificación de un país próspero, moderno y con un crecimiento sostenido, los políticos mexicanos entendieron que no sería posible llevar a cabo esta tarea

⁶ Veinte años después, en 1895, la población extranjera se duplicó: era conformada por 56355 individuos. Tras quince años, en 1910, pasó a 117108, menos de 1% de la población total de México: 15160369 (INEGI, 1994, I: 13).

sin la ayuda de inmigrantes extranjeros, por lo que se inició un plan para atraer grandes cantidades de individuos que buscaran hacer fortuna en México. Zilli Mánica dice al respecto: “Para el siglo XIX lo que hace falta es gente y brazos. Lo que sobra son riquezas naturales. Urge traer colonos” (Zilli Mánica, 1989: 10). No obstante, las lamentables experiencias sufridas por la nación con el arribo de foráneos no deseables, que vinieron a intentar adueñarse o se adueñaron del territorio (españoles, franceses y estadounidenses), hacían que el gobierno tuviera mucha precaución en la promoción para atraer colonos. Ante esta situación, se presentó la oportunidad para que llegaran labradores italianos. De nueva cuenta, Zilli Mánica comenta que con “Italia, en cambio, hay una afinidad ideológica que se ha consolidado a lo largo de la guerra de Reforma. Italia es un país que está sacudiendo también una estructura teocrática. Ambas naciones se sienten hermanadas en su ideología liberal” (Zilli Mánica, 1989: 11).

De las respuestas a una circular de agosto de 1877 de la Secretaría de Hacienda a la de Fomento, y otros documentos que esta Secretaría publicó en 1855-1889, se desprende que la mayoría de los corresponsales consideraba suficiente la mano de obra en Jalisco, Colima, Guerrero, Oaxaca, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, Guanajuato, Hidalgo y Tlaxcala. En el resto de los estados la respuesta dominante era la escasez de brazos. No se trataba, en realidad, de una insuficiencia de población, sino de trabajadores. Por ejemplo, en Múzquiz, Coahuila, y en San Cristóbal de las Casas, Chiapas, entre otros casos, faltaban trabajadores porque los habitantes se dedicaban a sus labores propias. Otras veces los peones abandonaban la agricultura para dedicarse a la minería o a la ganadería. La falta de brazos despertaba un clamor casi unánime; por eso Díaz informaba al Congreso de la Unión, en septiembre de 1877, que la inmigración era “una de nuestras más imperiosas necesidades”. El presidente del Congreso apoyó ese propósito: la industria languidecía por falta de brazos. El gobierno invitó a los extranjeros a invertir en México, a establecer cualquier clase de industria, sin que esto significara conceder privilegios especiales; éstos sólo se habían dado a los colonos agrícolas. Ya para entonces (1883) se habían transportado 4893 personas (3065 de ellas italianas); 589 por Campos Díaz y socios; 233 por cuenta del gobierno; 62 por la compañía trasatlántica y por su propia cuenta.⁷

Sin embargo, como ya se ha comentado, el gran éxodo a México empezó antes, en 1848, calculándose una media anual de 100 inmigrados. Los italianos llegaron numerosos, pese a que la mayoría del parlamento nacional en 1871-1890 se opuso a su salida, porque, teóricamente, dañaba la economía de la patria. Se resistieron una mayoría de propietarios, la apoyaron los “nuevos industriales nacionales”. El Estado italiano, con intermitencia, se opuso por su interés colonialista; sin embargo, como ha demostrado Martínez Rodríguez (2010: 112-113), la opinión pública italiana recibió positivamente la propaganda gubernamental y privada mexicanas para promover la inmigración al territorio azteca. Según los estudios realizados,⁸ la mayor parte de los italianos salió de las provincias meridionales, bajo la dirección de algún compatriota que de antemano arreglaba empleo y salario. Emigraban con el deseo de ahorrar unos 300 pesos para tal vez regresar a la península. Lograban su propósito con facilidad porque reducían sus gastos al mínimo. Los

⁷ Paolo Riguzzi recuerda cómo el gobierno mexicano subvencionó una compañía nacional de navegación para la transportación de colonos: la Compañía Mexicana Transatlántica (Riguzzi, 1997: 9). Sobre la colonización en el norte mexicano y su fracaso de larga duración, véase Luis Aboites Aguilar (1995).

⁸ Véanse, por ejemplo, las numerosas investigaciones publicadas en la revista italiana *Studi Emigrazione* del Centro Studi Emigrazione de Roma.

italianos, pobres también, convenían a las autoridades de México y toda América porque eran frugales, robustos y por la analogía de su idioma con el español; por su origen “latino” y “su carácter nacional aventurero”; mucho convenía que los itálicos vinieran a las exrepúblicas españolas o a Brasil; de hecho, disminuía ya su inmigración a Estados Unidos y se precipitaban a la Argentina, donde constituían ya una masa compacta.

Algunos periódicos o semanarios mexicanos llegaron a desear en particular la inmigración italiana; se consideraba suficiente para atraerla subvencionar viajes directos de Italia a México, pues con esta facilidad dejarían de ir a Sudamérica en cuanto conocieran las fortunas de que disfrutaban los italianos residentes en México.

En 1876, cuando todavía estaba en curso la revolución de Tuxtepec, algunos empresarios italianos, a través de la Società Geografica Italiana, mostraron interés para emprender procesos colonizadores en México. La Società despachó una comisión de expertos con el propósito de estudiar la logística y las posibles oportunidades que el gobierno mexicano hubiera ofrecido (*El Explorador Minero*, 4-11-1876). Así, es necesario especificar que, desde aquel primer acercamiento institucional, de 1878 a 1910 se celebraron finalmente 156 contratos de colonización con la Secretaría de Fomento; en su mayor parte entre 1882 (siete) y 1893 (seis); en 1883 se firmaron veinte, que es el número más altos de todos los años. El mayor número de contratos y las mayores inversiones en la colonización oficial se hicieron durante el ministerio de Carlos Pacheco Villalobos (1839-1891), quien tenía ascendencia italiana y fue secretario de Fomento en forma casi ininterrumpida de junio de 1881 a marzo de 1891 (imagen 4).

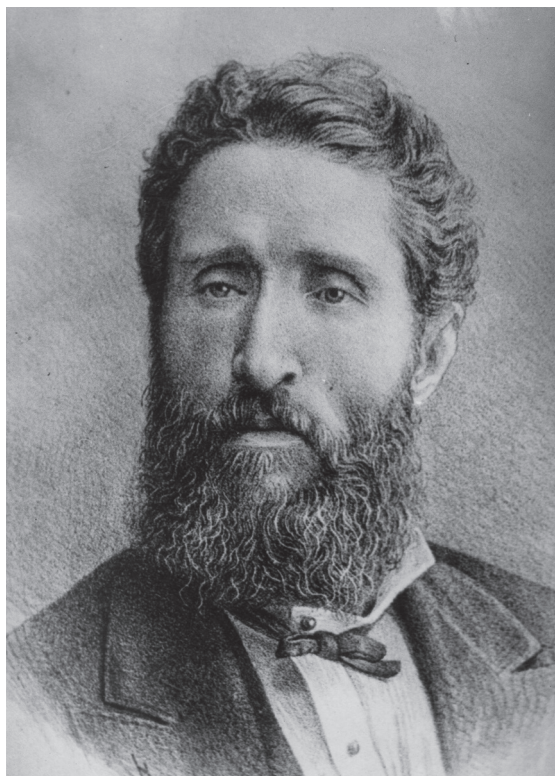


Imagen 4. Carlos Pacheco Villalobos. Tomada de Mediateca, Instituto Nacional de Antropología e Historia, (<https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/fotografia%3A446320>).

La mayoría de los convenios, además, se sancionaron para trabajar en la agricultura. Así, durante el largo gobierno de Porfirio Díaz se establecieron, con éxito muy desigual, dieciséis colonias oficiales y 44 particulares, 60 en total; ocho de las oficiales y diez de las particulares se formaron con mexicanos; seis de las colonias oficiales se fundaron con italianos. Llama la atención que, habiéndose fundado seis colonias italianas oficiales, los particulares sólo fundaron después una, hecho quizá atribuible a las vicisitudes y, en ocasiones, a los claros fracasos de esas colonias.⁹ Veamos algunos detalles.

La casa Barbieri de Génova contrató con la Secretaría de Fomento (conforme a la ley mexicana de 1875), el 2 de mayo de 1878, el envío de 300 familias de por lo menos tres personas cada una, de hábiles y expertos agricultores y que en años subsecuentes se remitirían 500 familias más (González Navarro, 1993-1994, II: 203). Este acuerdo es conocido como el “contrato Conti”, por ser Enrico Valentino Conti el empresario italiano responsable de hacer cumplir la transacción y traer los italianos a México (Dublan y Lozano, 1886: 644).

El gobierno mexicano habría pagado 100 pesos por inmigrante mayor de doce años y 50 por los menores. Le proporcionaría, a precio de costo, una yunta de bueyes, una vaca, una mula, un cerdo, un par de gallinas, dos arados con accesorios, un hacha de monte, un machete, un escoplo y un mazo; una cama y un colchón; además, durante dos años se les mantendría un médico y un farmacéutico, sin costo alguno; finalmente, lo más importante, cuanto menos 30 hectáreas de labor y 500 metros cuadrados para la casa (Zilli Mánica, 1981: 56). El gobierno construiría por su cuenta dos escuelas de niños y niñas, que se entregarían a los dos años de firmado el contrato. La colonia se habría llamado Nueva Italia. Pero al final el contrato Conti no se llevó a cabo.

Al fin, el 19 de octubre de 1881 llegó a Veracruz el primer grupo de 430 colonos italianos procedentes de Véneto, Lombardía y Tirol; el periódico *La Libertad* los recibió con entusiasmo: “¡Salud a los que vienen en nombre del trabajo!”. Los italianos desembarcaron al grito de “¡Viva México!”; la prensa veracruzana los acogió con satisfacción. Se escribió: “la mayoría de los hombres eran altos, desarrollados y bien formados” (González Navarro, 1993-1994, II: 205).

El 24 de febrero de 1882 desembarcaron 300 familias más. Un total de 1 513 personas. Los informes fueron entonces menos optimistas: 250 llegaron enfermos. De todas formas, según algunos periódicos, estos italianos seguían siendo “notables por su orden, moralidad y obediencia” (González Navarro, 1993-1994, II: 205). Las tres cuartas partes procedían del Tirol austriaco, el resto de Piamonte y Lombardía. Los italianos siguieron llegando hasta 1908-1910.

Como ya he dicho, se fundaron seis colonias: la Ascensión (o Aldama), en el Distrito Federal; la Porfirio Díaz, en Morelos; la Fernández Leal¹⁰ (Chipilo), en Puebla; la Carlos Pacheco (Mazatepec), también en Puebla; la Díez Gutiérrez, en San Luis Potosí; la Manuel González (Pacheco, 1885; Fontano Patán, 2011)¹¹, en Veracruz (tabla 1).

⁹ Sobre la dicotomía éxito-fracaso de los proyectos colonizadores del porfiriato y el correspondiente debate historiográfico, véase el sugerente ensayo de Alejandra Motis (2014).

¹⁰ Manuel Fernández Leal (1831-1909) fue un ingeniero y político mexicano que participó en el fortalecimiento de la Escuela Nacional de Ingenieros. Como profesor de esa misma institución, impartió la materia de Topografía. En 1881 dejó la Escuela para ocupar el puesto de oficial mayor de la Secretaría de Fomento y, después, fue designado secretario (1891-1901). En su nombre se fundó la homónima colonia italiana, hoy nombrada Chipilo (Sartor y Ursini, 1982; Medina de Santiago, 2013).

¹¹ Sobre la colonia Manuel González, véase el informe de Carlos Pacheco (1885); asimismo, Fontano Patán (2011).

TABLA 1
 LAS SEIS COLONIAS ITALIANAS DE MÉXICO

1. La Ascensión (o Aldama), Distrito Federal
2. Porfirio Díaz, Morelos
3. Fernández Leal (Chipilo), Puebla
4. Carlos Pacheco (Mazatepec), Puebla
5. Díez Gutiérrez, San Luis Potosí
6. Manuel González (cabecera del municipio de Zentla), Veracruz

El proceso de fundación empezó, *grosso modo*, en 1880, o sea antes de las primeras llegadas de Italia (en 1881). Los datos cuantitativos revelan los sucesos de estas colonias: los primeros 2 606 italianos que fundaron estas comunidades se redujeron en dos años a 1 050, y en 1908 a 217.¹² Dos salvedades, empero, deben hacerse: dos colonias se transformaron en pueblos precisamente por su buen éxito (la Fernández Leal y la Manuel González). Por eso, sus miembros quedaron excluidos de los censos oficiales de la Secretaría de Fomento. ¿Qué pasó para las demás colonias? Fueron abandonadas y muchos italianos desertaron, para instalarse en las ciudades del país o pasándose a los Estados Unidos.¹³ Se cambiaron de ocupación y abandonaron aquellas plazas para lo cual se gastaron buenas sumas de dinero. Los mexicanos fueron remplazando a los itálicos fugitivos, llegando en total casi a triplicar su cantidad (de 546 en 1887 pasaron a ser 1 448 en 1908).¹⁴

Quiero, finalmente, dar otro ejemplo acerca del “supuesto fracaso” de la colonización italiana: en la colonia Aldama (o Ascensión) del Distrito Federal, años después se reconoció que “esos pordioseros” transformaron las tierras de la colonia de charcos salitrosos y de mala calidad en magníficos pastos para la ganadería, en particular para la industria lechera, pese a su falta de recursos y de crédito. El adelanto logrado por algunas de estas colonias pudo comprobarse en la exposición celebrada en Coyoacán, en 1896: la Fernández Leal exhibió trigo, frijol italiano y mexicano, una muestra de sorgo (planta anual originaria de la India, de la familia de las gramíneas, que sirve para hacer pan y de alimento a las aves), un rastrillo y una guadaña, prueba de que esos cultivadores empleaban modernos instrumentos agrícolas, poco conocidos en México; otro ejemplo más, la colonia Aldama hizo alarde de una riquísima mantequilla, muy apreciada por los especialistas.¹⁵

En la colonia Fernández Leal de Puebla se dedicaban a la siembra de trigo y a la cría de ganado, disponiendo ya de un total de 610 cabezas. De sus 163 vacas de ordeña obtenían un promedio anual de 31 208 litros de leche, de la que se fabricaban 92 kilos de mantequilla y 55 de queso. También hacían jamones y salchichas. Dedicaban diez hectáreas de riego a la siembra de alfalfa, con un rendimiento de 60 toneladas mensuales. En esa limpiísima colonia había dos molinos de trigo, cuatro casas de comercio, una

¹² Estos cálculos cuantitativos en M. González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1993-1994, vol. II, p. 216.

¹³ Ésta fue una constante para todas las colonias, véase, por ejemplo, el caso de Baja California (Pacheco y Sánchez Facio, 1997).

¹⁴ Véase el balance negativo que ya en 1885 reportó *El Minero Mexicano*, 11 de junio de 1885, acerca de la intervención directa del gobierno en la colonización del territorio.

¹⁵ AGN, Fomento, Agricultura (G. D 161), *Documentos relativos a la exposición de Coyoacán*, 42534/7, caja 19, exp. 7, 1895-1896. Véase también *El Progreso de México*, 8 de septiembre de 1896.

carnicería y una herrería. La colonia Chipilo tuvo éxito pese a su largo aislamiento, o tal vez por eso mismo, gracias a su cercanía con Puebla. Venció terrenos arenosos y salitrosos y logró reunir pequeños capitales. El cuadro general había cambiado. En efecto, cuando llegaron los labradores italianos, se escribió con amargura: “Nel Messico siamo arrivati/non abbiamo trovato ni palia [paja] ni fieno [heno]/abbiamo dormito sul proprio terreno/come le bestie che va’ a riposar”. La situación había parecido desastrosa, pero poco a poco las mejoras fueron evidentes. En fin, ahí los salesianos establecieron su primera escuela en 1902.

Para concluir, podría decirse perfectamente que, si las seis colonias itálicas no desaparecieron, su éxito no parece haber correspondido a las ilusiones que se pusieron en ellas (excepto la Fernández Leal y la Manuel González), si bien las demás subsistieron con una vida más o menos precaria. Sin embargo, con las especulaciones habidas para atraerlos, ocurrió precisamente lo que muchos mexicanos temieron, a saber: el descrédito del país como nación adecuada para recibir inmigrantes. Por ello, en la década de 1880 algunos periódicos europeos advirtieron a quienes aspiraban a viajar a México de las penalidades que sufrieron los italianos; también se dudaba de la riqueza extraordinaria del país o, al menos, de la facilidad para aprovecharla. Se creía, asimismo, que la tierra buena estaba en regiones de clima desfavorable y que cuando éste era bueno, como en la Mesa Central,¹⁶ la falta de lluvias y de ríos era un inconveniente insalvable.

En los años siguientes, Carlos Pacheco explicó repetidas veces los colosales sacrificios pecuniarios hechos por México para traer inmigrados italianos y otros europeos.¹⁷ Sin embargo, algunos de ellos acusaron a los embajadores porfiristas de haberlos engañado, con la leyenda de que “aquí había tanto oro que los cascos de los caballos resbalaban en él” (González Navarro, 1993-1994, II: 222). No obstante, si en algunos casos no se les dieron todas las tierras prometidas, Porfirio Díaz les condonó sus deudas (Zilli Mánica, 1981: 55, 399). La riqueza legendaria así dio lugar a promesas exageradas y no cumplidas.

En cambio, triunfó la colonización privada en Michoacán. En 1885 un grupo arrendó en Apatzingán dos haciendas, donde con gran triunfo introdujeron maquinaria moderna. Fue el éxito de Dante Cusi y Luigi Brioschi. La familia Cusi emigró a América en 1884, primero a Texas y después a Michoacán (Pureco, 2010a, 2010b, II: 127-129, 2010c, 2011). Dante estableció en su plantación el peonaje, suavizado por cierto paternalismo. A principios de siglo contaba con la ayuda de 300 presos que le enviaba un amigo, el gobernador Aristeo Mercado. Los penados trabajaban custodiados, ganaban el mismo salario que los libres y no se portaban tan mal como se temía. Incluso algunos se quedaron a vivir ahí después de ser liberados. Cusi pedía las manos de las novias, avenía a los cónyuges, aconsejaba en las compras, etc. También les prestaba dinero para casarse, en caso de enfermedades, compra de ropa o de maíz. Les proporcionó médico y medicinas. A los enfermos graves los enviaba al hospital de Uruapan, a cuyo sostenimiento contribuía con una cuota mensual. Los enfermos recibían medio sueldo y todos gozaban de diez días de

¹⁶ Antiguamente conocida como el Altiplano central, es una región natural que conforma la parte central de México. Se encuentra comprendida entre dos sierras (Madre Occidental y Madre Oriental) y limita al sur con el Eje Neovolcánico. Hoy en día abarca parte de los estados de Jalisco, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, Guanajuato y Querétaro.

¹⁷ Entre 1881 y 1884 (los primeros cuatro años de Pacheco al frente de la Secretaría de Fomento), el gasto directo en la colonización de México alcanzó la desproporcionada suma de millón y medio de pesos, o sea, 10% del presupuesto de la Secretaría, el más grande de los presupuestos ministeriales después del de la Secretaría de Guerra (*Memoria...*, 1985; Pacheco, 1885-1887, I y III).

vacaciones anuales. A instancia de su madre, María, les proveyó una capilla y un sacerdote los bautizaba gratis.¹⁸ También instaló un teléfono público entre la villa de Parácuaro y el rancho Uspero. En fin, antes de estos colonos habían llegado los Alessio, Lombardini, Filisola, Lomelín, Durazzo, Palliai, Cravioto, Palavicini, De María y Bandini. Y poco después los Labardini, Brambilla, Conti y, a finales del siglo xix, los Riviello, Spota, Freda, etc. Todavía a principios del siglo xx se seguía afirmando que los italianos podrían trabajar en México como albañiles, talladores de piedra, estucadores, mineros, herreros, mecánicos, zapateros, etc., sin embargo, seguían prefiriendo migrar a la Argentina.

CONCLUSIONES

La emigración italiana a la Nueva España y al México independiente empezó en el siglo xvi. Antes fue una emigración ocasional y con limitadas redes de contacto, después, a partir de finales del siglo xviii, una colonización más compleja, de redes familiares u organizada por el Estado mexicano y por la voluntad de pocos empresarios colonizadores. El limitado éxito mexicano del ensayo de colonización oficial hecho con italianos garantizó —al menos— al agricultor europeo que con un pequeño capital podía establecerse por su cuenta en México y ganar una buena posición. El ingeniero Manuel Fernández Leal resumía la política del gobierno asegurando que su papel consiste sólo “en remover obstáculos y en facilitar a los inmigrantes no sólo el goce de aquellas garantías y derechos a que tendrían acción por su calidad de hombres”, sino también por la “fácil y cómoda estancia entre nosotros como factores importantísimos de nuestro progreso” (González Navarro, 1993-1994, II: 224). Estas sabias “palabras políticas” son el mejor cierre para recordar un vínculo de esperanza, trabajo y ascenso entre dos grandes naciones: Italia y México.

REFERENCIAS

ARCHIVOS

AGN Archivo General de la Nación, Ciudad de México

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

Diario del Imperio
El Explorador Minero
El Fronterizo
La Libertad
El Minero Mexicano
El Progreso de México

FUENTES IMPRESAS

Dublan, M. y J. M. Lozano (Eds.) (1886). *Legislación mexicana ó colección completa de las disposiciones legislativas expeditas desde la independencia de la República*, vol. XIII. México: E. Dublan y Comp.

¹⁸ Moisés González Navarro, *La pobreza en México*, México, El Colegio de México, 1985: 139-140.

- INEGI (1994). *Estadísticas históricas de México*. Aguascalientes: INEGI.
- Memoria de la Secretaría de Hacienda para el año 1883-1884 (1885). México: Imprenta de Gobierno.
- Pacheco, C. (1885-1887). *Memoria presentada al Congreso de la Unión por el secretario de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización, Industria y Comercio de la República Mexicana, 1877-1882*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- Pacheco, C. y M. Sánchez Facio (1997). *La controversia acerca de la política de colonización en Baja California*. Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California / SEP.
- Robles Pezuela, L. (1866). *Memoria presentada á S. M. el emperador por el ministro de Fomento Luis Robles Pezuela de los trabajos ejecutados en su ramo el año de 1865*. México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboites Aguilar, L. (1995). *Norte precario: poblamiento y colonización en México (1760-1940)*. México: El Colegio de México / CIESAS.
- Anda, E. X. de (1995). *Historia de la arquitectura mexicana*. México: Gustavo Gili.
- Benzoni, M. M. (2011). Italia-Messico. Profilo storico di un incontro a distanza (secoli XVI-XXI). *RiMe. Rivista dell'Istituto di Storia Mediterranea del CNR* 7: 289-308.
- (2004). *La cultura italiana e il Messico. Storia di un'immagine da Temistitan all'indipendenza (1519-1821)*. Milán: Unicopli.
- Benzoni, M. M. y A. M. González Luna (Eds.) (2010). *Milano e il Messico. Dimensioni e figure di un incontro a distanza dal Rinascimento alla Globalizzazione*. Milán: Jaca Book.
- Bevilacqua, P., A. De Clementi y E. Franzina (Eds.) (2001). *Storia dell'emigrazione italiana. Partenze*. Roma: Donzelli.
- Boari, A. (1979). *La construcción de un teatro*. México: INBA-SEP.
- Checa-Artasu, M. M. (2015). De Ferrara a la ciudad de México pasando por Chicago: la trayectoria arquitectónica de Adamo Boari (1863-1904). *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales* 20.
- Checa-Artasu, M. M y O. Niglio (Eds.) (2021). *Architetti e artisti nella diaspora italiana in America Latina, diplomazia culturale in azione*. Roma: Aracne.
- (2019). *Italianos en México. Arquitectos, ingenieros, artistas entre los siglos XIX y XX*. Ariccia: Aracne editrice.
- Cianciolo Cosentino, G. (2007). *Francesco Saverio Cavallari (1810-1896), architetto senza frontiere tra Sicilia, Germania e Messico*. Palermo: Caracol.
- Ciaramitaro, F. (2012). *Italiani tra Spagna e Nuovo Mondo. Singoli, famiglie e coloni di emigranti (secoli XV-XVIII)*. Mesina: A. Siciliano.
- (2015a). Gli italiani del Nuovo Mondo: conquistatori, colonizzatori ed evangelizzatori. En M. Ríos (Ed.), *El mundo de los conquistadores* (pp. 631-662). México / Madrid: UNAM / Sílex.
- (2015b). Emigrantes sicilianos entre España y las Indias occidentales. Una lectura a través de la documentación andaluza. En L. Ruiz Molina, B. Vincent y J. J. Ruiz Ibáñez (Eds.). *El Greco... y los otros. La contribución de los extranjeros a la monarquía hispánica, 1500-1700* (pp. 71-92). Murcia: Universidad de Murcia.
- (2017). Naturales y extranjeros en el imperio español: sociedad, legislación y casuística italiana (siglos XV-XVIII). En F. Ciaramitaro y J. de la Puente B. (Eds.). *Extranjeros, naturales y fronteras en la América ibérica y Europa (1492-1830)* (pp. 31-80). México / Murcia: UACM / Universidad de Murcia / Red Columnaria.
- (2018). La frontera misionera en México entre conquista espiritual y territorial (Chiapas, territorio yaqui y Californias). *Anuario Latinoamericano* 6: 169-184.

- ____ (2019). Reseña a Gleydi Sullón B., *Extranjeros integrados. Portugueses en la Lima virreinal, 1570-1680*. *Historia Mexicana* 273: 365-370.
- Ciaramitaro, F. y J. de la Puente B. (2017). Naturaleza, extranjería y fronteras entre historia e historiografía. En F. Ciaramitaro y J. de la Puente B. (Eds.). *Extranjeros, naturales y fronteras en la América ibérica y Europa (1492-1830)* (pp. 7-30). México / Murcia: UACM / Universidad de Murcia-Red Columnaria.
- Cid y Mulet, J. (1994). *México en un himno. Génesis e historia del Himno Nacional Mexicano* (6ª. ed.). México: Costa-Amic.
- De Giuseppe, M. (2006). Cattolici messicani in Italia. L'incontro tra Dario Miranda e padre Gemelli, negli anni della 'lucha Estado-Iglesia. *Contemporanea* 3: 477-490.
- ____ (2007). *Messico 1900-1930. Stato, Chiesa e popoli indigeni*. Brescia: Morcelliana.
- ____ "Tra Lombardia e Messico, frammenti e incontri lungo il xx secolo". En Maria M. Benzoni y Ana M. González Luna (Ed.). *Milano e il Messico. Dimensioni e figure di un incontro a distanza dal Rinascimento alla Globalizzazione*. Milán: Jaca book, 2010, pp. 137-181.
- ____ (2013). *La rivoluzione messicana*. Bologna: Il Mulino.
- ____ (2017). Devozione nel Messico rivoluzionario tra banditismo, criminalità e movimenti di resistenza indígena. En T. Caliò y L. Ceci (Eds.). *L'immaginario devoto tra mafie e antimafia* (vol. I, pp. 323-344) Roma: Viella.
- Fernández, J. (1983). *El arte del siglo XIX en México*. México: UNAM, 1983.
- Fontano Patán, F. (2011). *La colonia Manuel González: un éxito dentro de un proyecto fallido* (tesis de licenciatura). UNAM.
- González Navarro, M. (1993-1994). *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, 3 vols. México: El Colegio de México.
- ____ (1985). *La pobreza en México*. México: El Colegio de México.
- ____ (1957). *El Porfiriato. La vida social*. México: Hermes.
- Marini, M. y S. Schembri (1991). *Missionari italiani in Messico*. Roma: Dehoniane.
- Martínez Rodríguez, M. (2010). El proyecto colonizador de México a finales del siglo XIX. Algunas perspectivas comparativas en Latinoamérica. *Secuencia* 76: 101-132.
- ____ (2013). *Colonizzazione al Messico! Las colonias agrícolas de italianos en México, 1881-1910*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis.
- ____ (2015). De progreso y población. Breve análisis comparativo sobre la colonización en México y Chile en el siglo XIX. *Estudios Avanzados* 23: 64-79.
- Mascilli Migliorini, L. (2014). *Metternich. L'artefice dell'Europa nata dal Congresso di Vienna*. Roma: Salerno.
- McDonald, J. H. (1997). Historia, economía y transformación de la identidad étnica entre los inmigrantes italianos en México. *Relaciones* 71: 159-199.
- ____ (1988). Household Cycles and Capital: Small Farm Development among Italian Immigrants in Central Mexico. *International Journal of the Sociology of the Family* 18(2): 129-161.
- ____ (1995). Italian-Mexicans. En J. W. Dow y R. Van Kemper (Eds.). *Encyclopedia of World Cultures*, vol. 8 (Mesoamerica and the Caribbean) (pp. 129-132). Boston: Human Relations Area Files / G. K. Hall Publishers.
- Medina de Santiago, D. (2013). *La fundación de la colonia Fernández Leal en el estado de Puebla, 1882-1886* (tesis de licenciatura) Instituto Mora.
- Mora Donatto, C. (2014). Aspectos históricos jurídicos del problema agrario en México. Segunda de dos partes: del México independiente al Constituyente de 1917. *Revista de la Facultad de Derecho de México* 235: 161-192.

- Motis, A. (2014). Historia e historiografía sobre la política porfiriana de colonización extranjera. *Chihuahua Hoy* 12: 137-210.
- Mutolo, A. (2018). Los arreglos en México y los pactos de Letrán en Italia. Una comparación entre las resoluciones de los conflictos con la Iglesia católica en 1929. En *Dimensión religiosa de los conflictos políticos* (pp. 169-190). México: UAM.
- Peconi, A. (1986). Breve storia della comunità italiana in Messico (1850-1904). *Italia-México* 2, 1986.
- ____ (1988). Gli italiani residenti in Messico nel 1856. *Italia-México* 1.
- ____ (1997). *General Luis Ghilardi: repubblicano italiano, héroe mexicano*. Aguascalientes: Lithográfica Central.
- ____ (1998). *Italiani in Messico: l'emigrazione attraverso i secoli*. México: Istituto Italiano di Cultura.
- ____ (2006). *La primera misión diplomática italiana en México 1855-1856*. México: Imprenta Venecia.
- Pureco Ornelas, A. (2010a). *Empresarios lombardos en Michoacán. La familia Cusi entre el porfiriato y la postrevolución, 1884-1938*. México: El Colegio de Michoacán / Instituto Mora.
- ____ (2010b). Pablo Escandón Cusi. En L. Ludlow (Coord.). *200 Emprendedores mexicanos. La construcción de una nación* (pp. 127-129). México: LID / Secretaría de Economía.
- ____ (2010c). Capitalismo y estrategia de negocios en el sector arrocero. El italiano Dante Cusi en México (1884-1938). *América Latina en la Historia Económica* 34: 65-90.
- ____ (2011a). Nueva Italia de Ruiz: de centro agrícola porfiriano a utopía social. *Estudios Jaliscienses* 84: 31-42.
- ____ (2011b). Modernización en el sector industrial arrocero en Michoacán, México. Legado empresarial italiano de inicios del siglo xx. *Investigaciones en Historia Económica* 7(2): 270-281.
- ____ (2014). Empresa agrícola, sociedad anónima y dirección estratégica a través de la revolución. El caso de las haciendas arroceras del italiano Dante Cusi. En M. E. Romero Ibarra y J. Moreno Lázaro (Coords.). *El otro rostro de la inversión extranjera. Redes migratorias, empresa y crecimiento económico en América Latina. Siglos XVI-XX*, vol. II. México: UNAM.
- ____ (2017). Familias extranjeras propietarias. La historia de la hacienda de Lombardía, Michoacán. Siglos XVIII al XX. *Tzintzún. Revista de Estudios Históricos* 65: 41-69.
- Riguzzi, P. (1997). Prólogo. En C. Pacheco y M. Sánchez Facio. *La controversia acerca de la política de colonización en Baja California* (pp. 7-33). Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California / SEP.
- Sánchez, E. (2007). Las palabras de la utopía: la colonización europea en Veracruz en el siglo XIX. *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, disponible en: <<http://journals.openedition.org/nuevo-mundo/11842>>, visitada el 27 de junio de 2022.
- ____ (2009). Una ciudadanía experimental. La creación de colonias rurales desde el porfiriato hasta los años 1940. *Naveg@mérica. Revista electrónica de la Asociación Española de Americanistas* 3: 1-17.
- Sartor, M. y F. Ursini (1983). *Cent'anni di emigrazione. Una comunità veneta sugli altipiani del Messico*. Crocetta del Montello: Grafiche Antiga.
- Savarino, F. (2001a). Apuntes sobre el fascismo italiano en América Latina (1922-1940). *Reflejos* 9: 100-110.
- ____ (2001b). Ai confini della Latinità: presenza del fascismo italiano in Messico (1922-1935). *Africana. Rivista di Studi Extraeuropei* 7: 131-153.
- ____ (2002a). Bajo el signo del 'Littorio'. La comunidad italiana en México y el fascismo (1924-1941). *Revista Mexicana de Sociología* 2: 113-139.
- ____ (2002b). Italia y el conflicto religioso en México (1926-1929). *Historia y Geografía* 18: 123-147.

- ____ (2002c). The Sentinel of the Bravo. Italian Fascism in Mexico, 1922-35. En G. Sorensen y R. Mallet (Eds.). *International Fascism 1919-45* (pp. 97-120). Londres / Portland: Frank Cass.
- ____ (2003a). *México e Italia. Política y diplomacia en la época del fascismo, 1922-1942*. México: SRE.
- ____ (2003b). La rivoluzione messicana nei documenti diplomatici italiani (1910-1912). En M. Lamberti y F. Bizzoni (Coords.). *Italia: Letteratura, pensiero y sociedad. V Jornadas Internacionales de Estudios Italianos* (pp. 265-278). México: UNAM.
- ____ (2006). Un pueblo entre dos patrias. Mito, historia e identidad en Chipilo, Puebla (1912-1943). *Cuicuilco* 13(34): 277-291.
- ____ (2007). Italia y América Latina: política, diplomacia y geopolítica 1920-1950. *Enfoque Social* 2: 21-53.
- ____ (2009). El otro Garibaldi. Un emisario de Mussolini en México. En F. Savarino y A. Pinet (Coords.). *Movimientos sociales, Estado y religión en América Latina, siglos XIX y XX* (pp. 15-35). México: INAH-SEP.
- ____ (2011a). Exilio y emigración italiana en México (1919-1945). En G. Di Stefano y M. Peters (Coords.). *México como punto de fuga real o imaginario: el exilio europeo en la víspera de la Segunda Guerra Mundial* (pp. 203-220). Múnich: Meidenbauer.
- ____ (2011b). Le relazioni fra l'Italia e il Messico tra le due guerre mondiali. *Rime* 7: 231-247.
- ____ (2012). Nacionalismo en la distancia: los italianos emigrados y el fascismo en México (1922-1945). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 11: 41-70.
- ____ (2013). Apuntes para una lectura paralela de dos revoluciones: México e Italia, 1911-1925. En F. Savarino y J. Chávez (Coords.). *Visiones históricas de la frontera. Cruce de caminos. Revoluciones y cambios culturales en México* (pp. 303-335). Ciudad Juárez: El Colegio de Chihuahua.
- ____ (2015). *Latinidades distantes. Miradas sobre el fascismo italiano en América Latina*. México: INAH.
- Savarino, F. e Y. Solís (Coords.) (2016). *Catolicismo y formación del estado nacional en la Península Ibérica, América Latina e Italia, siglos XIX-XX*. México: ENAH.
- Sori, E. (1979). *L'emigrazione italiana dall'Unità alla seconda guerra mondiale*. Bolonia: Il Mulino.
- Studi emigrazione. *International Journal of Migration Studies*. Revista del Centro Studi Emigrazione de Roma.
- Viziano, T. (2000). *Il palcoscenico di Adelaide Ristori. Repertorio, scenario e costumi di una compagnia drammatica dell'Ottocento*. Roma: Bulzoni.
- Zilli Mánica, J. B. (1981). *Italianos en México. Documentos para la historia de los colonos italianos en México*. Xalapa: San José.
- ____ (1986). *Braceros italianos para México. La historia olvidada de la huelga de 1900*. Xalapa: San José.
- ____ (1989). *¡Llegan los colonos! La prensa de Italia y de México sobre la migración del siglo XIX*. Xalapa: Punto y Aparte.
- ____ (2014). De los italianos en México. Desde los "conquistadores" hasta los socios de la Cooperativa de Emigración Agrícola San Cristóforo (1924). *Ulúa* 24: 43-62.
- Zueck González, S. L. (2019). De Brez, Trento, al mineral de Sierra Mojada, Coahuila, México. Redes transnacionales de mineros italianos. *Frontera Norte* 31: art. 8.

MÉXICO E ITALIA: CULTURA, POLÍTICA Y DIPLOMACIA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Franco Savarino
ENAH-INAH

INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre México e Italia tienen un largo historial desde el siglo xvii, aun antes de que se formaran los modernos estados nacionales, incluyendo las relaciones entre estados italianos en la época anterior a la Independencia y el virreinato de la Nueva España, y después independiente como Imperio y República. Estas relaciones se pueden rubricar en vertientes culturales, políticas y económicas; incluyen tanto las vías diplomáticas y oficiales como los contactos informales y formales no oficiales entre entes e individuos. En esta red de contactos se incluyen aspectos y fenómenos como el intercambio comercial, los viajes, las misiones oficiales, la emigración, la difusión cultural y la propaganda. Los sujetos, entonces, no son solamente los dos estados (y antes de la unificación italiana y la Independencia mexicana, varios estados y el virreinato), sino una pluralidad de actores, moviéndose en contextos cambiantes según la coyuntura, dentro de un entramado más amplio esencialmente transnacional, y en el marco geográfico específico del Continente Americano, incluyendo tanto la América anglosajona como la América Latina (Albonico y Rosoli, 1994).

Las relaciones entre ambos países, entonces —todavía poco estudiadas tanto en la perspectiva “tradicional” internacional y menos aún en la perspectiva transnacional—, se desarrollan en un contexto amplio donde juegan diversos actores, no solamente los enviados “oficiales” de los Estados, e incluyen necesariamente una pluralidad de aspectos, sin una distinción clara entre vertientes políticas, culturales y económicas (Savarino, 2003). En el caso de Italia, además, “potencia” cultural desde el siglo xiv por lo menos, las relaciones internacionales siempre han incluido vertientes culturales, y también mitos (el mito de “Roma” sobre todo). La cultura es, pues, un componente estructural de la proyección internacional del país, no una mera dimensión “subyacente” o auxiliar de las dimensiones políticas y económicas, y la dimensión cultural *per se* de la política exterior italiana era reconocida a escala internacional (Romano, 1991: 26-27; Branciforte, 2005: 269). La cultura puede “viajar” y expresarse tanto en el espacio “oficial” como “no-oficial”: en el primer caso teniendo como protagonista al Estado y alimentando una “diplomacia cultural”, en el segundo caso a través de una pluralidad de actores y modos de comunicación. Asumiendo que una “diplomacia cultural” explícita tiene, por supuesto, aspectos de propaganda (Mitchell, 1986: 81), la cultura, para Italia, ha sido —y es aún hoy— una herramienta estructural esencial para expandir el

radio de impacto del país, teniendo en cuenta la relativa debilidad italiana en los campos político y económico, de allí la importancia de la política de “latinidad” implementada sobre todo en las décadas de 1920 a 1940 (Savarino, 2006; Savarino, 2020a). Por su patrimonio histórico y riqueza cultural, Italia dispone de un arsenal de elementos con los cuales puede jugar con ventaja en el tablero internacional y desde siempre se han aprovechado de ello no solamente el Estado italiano, sino diversos actores institucionales y privados, como por ejemplo los grupos empresariales. De manera especial, estos rasgos culturales han sido propagados en el mundo por la emigración italiana masiva desde mediados del siglo xix hasta mediados del xx, y por la difusión a través de viajeros, misioneros, académicos, intelectuales, funcionarios y políticos en un amplio abanico de perfiles y situaciones, continuando el impulso histórico de explorar, comerciar, emprender e interactuar a través de las fronteras, por el cual el pueblo italiano es famoso desde finales de la Edad Media.

Otro punto importante para evaluar las relaciones entre los dos países es la condición periférica y semiperiférica de ambos. En el contexto de la dominación europea del mundo (concluida como proceso histórico de larga duración en la segunda mitad del siglo xx), México ocupaba un lugar en la “periferia” de Occidente, siendo un país “occidental” por sus características culturales (herencia ibérica, cristianismo, población parcialmente de derivación europea, integración en la esfera geopolítica europea y estadounidense, estructura socioeconómica) pero situado en la “periferia” por su condición de excolonia, por sus aspectos “no europeos” (población indígena, cultura con herencia prehispánica) y por su economía relativamente atrasada y “dependiente”. Italia, por su lado, era, sí, un país europeo, pero un tanto marginal y débil, situado en la frontera del Mediterráneo, con parte de su población sumida en la pobreza y una economía poco desarrollada, en especial el sur. Así, en cierto modo, Italia era también una “periferia” o, más bien, una semiperiferia, suponiendo una paradoja ya reconocida en el siglo xix, “siendo Italia a la vez la cuna de la civilización europea y su periferia moderna” (De Donno, 2019: 23). Debido a esta condición los dos países se comunicaban e interactuaban desde posiciones “periféricas” respecto a los “centros” en Europa del Norte y Estados Unidos (Savarino y Zuccala, 2020).

DESARROLLOS PARALELOS: SEMEJANZAS EN LAS DIFERENCIAS

Ambos países tenían en común varias características históricas, culturales y sociales, y estaban sufriendo procesos parecidos de transformación en el sentido de completar el proceso de formación nacional y construir el Estado moderno. Al comienzo del siglo xix, partían de una base distinta, siendo la Nueva España parte del Imperio español e Italia un conjunto de estados independientes y territorios dependientes de estados extranjeros. La población italiana era exclusivamente europea (italiana en su gran mayoría, con pequeñas minorías no-italianas, pero dividida en grupos dialectales regionales muy diferenciados) y la mexicana era una mezcla de etnias y “razas” de origen autóctono (indígenas mesoamericanos) o provenientes de fuera (europeos, africanos subsaharianos y asiáticos). Al formarse como estados nacionales México (1821) e Italia (1861), ambos países aprovecharon el legado de sus antiguas civilizaciones, alimentando la fe en un destino nacional de grandeza, claramente arraigado en la Antigua Roma en el caso italiano, y dual (mesoamericano e ibérico) en el caso mexicano, aunque la

“latinidad” de ambos fuera un legado común y evidente (idioma, instituciones, aspectos culturales y políticos). Los dos países se enfrentaban a problemas serios de integración étnica y cultural y regional interna, eran católicos, pero con una clase política e instituciones liberales, colindaban con vecinos poderosos y, a menudo, hostiles (Estados Unidos; Francia y Austria). El desarrollo económico y la modernización en México y en Italia procedían con muchas dificultades y más lentamente respecto a los vecinos del norte. Los primeros desarrollos industriales se concentraron en algunas regiones, dejando al margen otras (el *Mezzogiorno* en Italia y el sur del país en México, en especial Oaxaca, Guerrero y Chiapas). La modernización nacional tuvo que enfrentar la resistencia de la Iglesia católica, que se oponía a perder recursos e influencias. El reformismo liberal logró en ambos casos imponerse, apoyándose en minorías intelectuales y políticas y en dos grandes movimientos: el *Risorgimento* italiano y la *Reforma* mexicana. Las versiones liberales respectivas del nacionalismo (Mazzini; Mora) se impusieron sobre las versiones católicas (Rosmini; Alamán), con lo cual ambos países compartieron una impronta política de raíz liberal.

Al dejar atrás la época turbulenta de mediados del siglo XIX se establecieron condiciones pacíficas, con acomodos aceptables entre el Estado liberal y las fuerzas eclesiásticas y conservadoras, que propiciaron el desarrollo nacional, un período protagonizado por las figuras de Porfirio Díaz en México y de Francesco Crispi y Giovanni Giolitti en Italia. Los dos países enfrentaron la tarea de impulsar el desarrollo en el marco de un liberalismo económico abierto al capital foráneo y favorable al crecimiento de una burguesía autóctona. La eliminación paulatina del bandolerismo y los esfuerzos para nacionalizar a las masas tuvieron resultados ambiguos y parciales (persistieron la violencia endémica, grupos criminales y mafias, y enormes atrasos culturales con profundas divergencias etnorregionales). Los factores externos fueron también importantes: Italia buscó vincularse con estados más poderosos (Triple Alianza con Alemania y Austria) y, siendo un país europeo, intentó hacerse —con poco éxito— con un imperio colonial propio (Eritrea, Somalia, Libia). El colonialismo frustrado alimentó más tarde el agresivo revisionismo expansionista italiano durante la década de 1930.

Por su lado, México buscó equilibrar las influencias estadounidenses y europeas, siendo más bien víctima potencial del intervencionismo extranjero (Francia, Estados Unidos) que un actor expansionista. El modelo liberal terminó entrando en crisis en ambos países por razones similares: la incapacidad de las élites de enfrentar el cambio sociocultural que ellas mismas habían impulsado, incluyendo las demandas de participación política; el protagonismo de la clase media emergente; la falta de una distribución más equitativa de los recursos económicos y de un impulso más efectivo a la modernización. Por último, la crisis del liberalismo decimonónico se precipitó por factores distintos. En México fue el anquilosamiento de la dictadura de Díaz, con los errores finales del presidente (reelegirse, privilegiar a los “científicos”, reprimir los movimientos reyista y maderista, enemistarse con los Estados Unidos), lo que desencadenó las fuerzas de la sucesión. En Italia, Giolitti logró sortear las dificultades hasta 1914 con una política de incorporación y equilibrios, luego la crisis estalló como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. El intervencionismo, el impacto de la guerra y la convulsión posbélica llevaron al límite la capacidad del sistema liberal de resistir, preparando las condiciones para su colapso (Maranini, 1985). En los dos países el derrumbe del Estado liberal se consumó por la vía nacionalista revolucionaria, expresada en la Revolución mexicana (1910-1917) y la Revolución fascista (1920-1925), dos procesos que presentan cierto

grado de paralelismo (Savarino, 2013b). ¿Qué tipo de relación tenían los dos países en ese entonces?

Las relaciones diplomáticas se establecieron desde mediados del siglo xix. Había también intercambios comerciales y un interés político y cultural en ambas direcciones vinculado con el proceso del *Risorgimento*, las guerras civiles y la intervención extranjera en México, la política internacional de otras potencias, sobre todo la de Francia. Para México, Italia representaba un país europeo joven, prestigioso por su cultura, aunque de escasa importancia económica y poco influyente en lo político (por su posición “periférica” respecto a Europa occidental). Se habían establecido relaciones diplomáticas y existía un intercambio económico, reflejado en la presencia de diversos consulados mexicanos en ciudades italianas. Pero Italia no pertenecía a ese estrecho número de países que ejercían influencia político-económica en América Latina: Estados Unidos, Reino Unido, Francia, España, Alemania. Por lo demás, los italianos en México eran pocos (alrededor de diez mil al comienzo del siglo xx), aunque, como veremos, su presencia fuera notable en el medio artístico, en las profesiones liberales y en los negocios. Las clases acomodadas y cultas mexicanas estaban al tanto de los acontecimientos políticos italianos y conocían los sucesos del *Risorgimento* y las aventuras libertarias de Garibaldi; además, la lucha del liberalismo italiano contra la Iglesia era objeto de una atención especial debido a la presencia del Pontífice en Roma.

Para Italia, México era un país lejano, exótico, poco conocido y de escasa relevancia, situado en la extrema “periferia” de Occidente. Existía un tráfico comercial y funcionaba la red diplomático-consular, pero muy pocos mexicanos se encontraban en Italia, con la excepción de un pequeño número de viajeros, estudiantes y sacerdotes realizando sus estudios en Roma. México —considerado vagamente como una tierra de grandes riquezas— comenzó a ser conocido entre los italianos a mediados del siglo xix por los acontecimientos de la Reforma, la Intervención francesa y el Imperio. Los nombres de Maximiliano de Habsburgo y de Benito Juárez llegaron a ser famosos en el norte de Italia. Juárez, incluso, fue admirado y venerado por los liberales, los masones y los anarquistas, quienes lo consideraban un héroe de la libertad y del libre pensamiento. Precisamente por las turbulencias políticas que conoció a mediados del siglo xix, México llegó a tener en general una mala reputación y eran pocos los italianos que elegirían ese destino para emigrar, aun durante la época más estable de la semidictadura de Porfirio Díaz.

La imagen de intranquilidad endémica del país volvió con el estallido de la Revolución mexicana en 1910. Considerada mundialmente como precursora, junto con la Revolución china, la Revolución mexicana tuvo una fuerte resonancia en el imaginario colectivo. La referencia a ésta se convertiría pronto en un tópico en Italia, para indicar un movimiento de masas con bases genuinas pero desorganizado, en exceso violento y conducido por sus pintorescos líderes hacia objetivos más personalistas que verdaderamente sociales. “Entre una revolución y otra —opinó un periodista italiano— “[en México] hay siempre un estado de espera que significa el anuncio o ... el riesgo de otra revolución” (Belli, 1925: 287). Entendiendo por “revolución” el desbordamiento de una violencia social excesiva, desordenada, con rasgos arcaicos y modernos a la vez. Los viajeros italianos en este período comentan la Revolución mexicana en tonos sombríos: “es una guerra sangrienta, de tribus bárbaras, que se propaga aquí y allá en ámbitos civilizados. En algunos lugares la revolución degenera en un mero bandidaje” (Barzini, 1925: 223).

Las revoluciones estallan en ambos países por una coincidencia de crisis estructurales del sistema político en conjunción con fenómenos coyunturales de conflicto. En México, la crisis económica de 1907-1908, con el cierre del sistema político mexicano al cambio esperado por muchos actores sociales en 1910. En Italia, el intervencionismo, la guerra y la crisis posbélica con el anquilosamiento del parlamentarismo liberal, incapaz de soportar las presiones. Con la entrada en la fase de lucha armada y escalada al poder encontramos varias coincidencias y también diferencias. En ambos casos es la clase media que avanza y toma el liderazgo del proceso, poniéndose al mando de un conjunto de grupos y sectores sociales heterogéneos, con el apoyo de una parte de la clase alta. Hay un relevo efectivo de mando entre un viejo *establishment* liberal, que es en gran medida destronado, y las nuevas fuerzas sociales emergentes, provenientes de la clase media.

El liderazgo supremo de la revolución (entendiendo por “revolución” el proceso de cambio profundo, político, institucional y cultural, desde la configuración decimonónica), después de la renuencia o incapacidad de actuar de los primeros protagonistas (Reyes en México y D’Annunzio en Italia), recae en dos figuras centrales con fuerte carisma: Madero y Mussolini. Son, sin duda, hombres muy diferentes por índole, cultura, proveniencia social, estilo y proyectos. Madero, además, es derrocado y muerto muy temprano, mientras Mussolini prosigue en su papel de líder supremo convirtiéndose en el *Duce* —dictador *ad vitam*— de Italia.

En una transición convulsa donde cobran protagonismo las clases medias, en ambos países se observa una convergencia de intereses y de objetivos en unas clases dirigentes “gattopardianas”, para encauzar los impulsos revolucionarios en un itinerario de transformación radical, pero ordenado, hacia el reformismo y la reconstrucción nacional. El *constitucionalismo* triunfa en México, y el *fascismo* triunfa en Italia, ambos con un esquema de conglomeración de fuerzas y actores sociales diversos y un proyecto nacionalista para la reconstrucción del país. Los sectores populares —de donde provienen los impulsos más radicales— acaban siendo sometidos y absorbidos en la nueva configuración política nacionalista surgida de la transición, excluyendo o dejando al margen sobre todo a los católicos democráticos y los socialistas. A pesar de que muchos liberales se unen al proyecto de reconstrucción nacional, el viejo liberalismo decimonónico, ya minoritario y considerado caduco, es relegado al sótano de la historia nacional. En 1917, Carranza proclama la victoria de la revolución constitucionalista y manda elaborar una nueva Carta Magna, base de un nuevo régimen. En 1925, Mussolini anuncia la victoria definitiva de la revolución fascista y manda promulgar las Leyes “fascistísimas” que inauguran la dictadura. El giro autoritario es, sin duda, mucho más brusco en Italia, donde llega al repudio de la democracia parlamentaria y a la conformación de un régimen con ambiciones totalitarias.

La *ideología* es, sin duda, un factor clave que es preciso tomar en cuenta si queremos entender las relaciones entre México e Italia durante las primeras décadas del siglo xx, cuando en ambos países se desarrollan proyectos políticos con un perfil ideológico específico: el nacionalismo revolucionario mexicano y el fascismo italiano. Aunque ambos se caracterizan por su eclecticismo y carácter difuso —este último derivado de una convergencia sincrética de diversas corrientes del socialismo, del sindicalismo revolucionario y del nacionalismo— es diferente del nacionalismo revolucionario mexicano en múltiples aspectos. El fascismo rechaza por principio muchos postulados liberales: el *jusnaturalismo*, el mito ahistórico del contrato social, el individualismo igualitario, el

homo oeconomicus. Propone, en cambio, la fundación del derecho por el Estado, la comunidad orgánica, la centralidad de la historia, la supremacía de la estética, el heroísmo y la jerarquía, el ideal de un Estado enérgico, interventor y pedagógico, con atributos “éticos” y el corporativismo económico. Sin embargo, el gobierno fascista mantiene también muchos postulados liberales, como la confianza en la iniciativa individual, el mercado y la propiedad privada, la búsqueda del progreso económico, la soberanía popular y el valor positivo de la libertad (no en abstracto, sino ejercida en el marco histórico de la comunidad). Después del fascismo, Italia transita hacia un modelo democrático-liberal a tono con las normas europeas y “occidentales” de la posguerra, manteniendo algunas características del fascismo como el rol central del Estado, visible en las muchas instituciones y legislación que permanecen, siendo protagonistas ideológicos durante muchas décadas el catolicismo democrático y el comunismo, y más tarde un neoliberalismo difuso con pocos matices de color entre diversos partidos y agrupaciones políticas de “izquierda” y de “derecha”.

La Revolución mexicana, por su lado, al principio se concibe a sí misma como la continuación y realización de las metas del liberalismo decimonónico, incumplidas por la dictadura de Díaz. Apunta en forma directa a la representatividad democrática, el Estado de derecho y la liberalización de las fuerzas productivas. Sin embargo, terminará creando estructuras de poder autoritarias, volverá a defender las comunidades orgánicas (pueblos, propiedad comunal de la tierra, grupos corporativos), limitará el ejercicio de la libertad económica incluyendo la propiedad privada, se inclinará hacia el modelo corporativo y un fuerte intervencionismo del Estado en materia económica, social y cultural, para configurar un “populismo” que se antoja similar en muchos aspectos al fascismo italiano. En los hechos, esto significa una superación del liberalismo decimonónico, transitando hacia un modelo con elementos socialistas, que perdura durante casi todo el siglo xx, hasta el giro neoliberal y “democrático” de los años noventa.

Estas diferencias ideológicas —junto con varias coincidencias— condicionaron el contacto entre los dos países durante los períodos más conflictivos en los años treinta, cuando México se pondrá del lado de la defensa del sistema internacional y del modelo político liberal democrático frente al “revisionismo” y “totalitarismo” italiano (rearme, tónica belicista, ocupación de Etiopía y Albania, intervención en España, alianza con Alemania y Japón, dictadura semitotalitaria). Después de la Segunda Guerra Mundial, una virtual alineación ideológica en el ámbito democrático-liberal hará desaparecer el elemento ideológico como factor específico en las relaciones entre los dos países.

Más aun que la ideología, es la *geopolítica* el telón de fondo esencial de las relaciones bilaterales: consiste en la colocación y evaluación de los dos países respecto a su geografía, posición política y características humanas. Para México, durante las primeras décadas del siglo xx Italia representa un país europeo marginado políticamente, pero sede de un experimento político novedoso —el fascismo—, que atrae en múltiples aspectos al mismo tiempo que suscita rechazo por su carácter totalitario y belicista, peligroso para el orden internacional durante la década de los años treinta. Para Italia, México es el “bastión latino” que frena el impulso imperialista de los Estados Unidos hacia el sur, una pieza clave en el tablero americano, un actor fundamental en ámbito latinoamericano y una fuente de recursos estratégicos importantes (petróleo, minerales, productos agropecuarios). Oreste Villa señala a México como la pieza fundamental de la “gran muralla” latina que frena la expansión imperialista anglosajona hacia el sur, un “muro

inquebrantable [...] contra el cual nada pudo y nada podrá la embestida [imperial] de los Estados Unidos” (Villa, 1933: 71).

Las ambiciones “revisionistas” italianas respecto al orden internacional existente tendrán repercusiones en América Latina, donde se extenderá una “política de latinidad” para atraer a los países latinos a apoyar a Roma, apuntando a crear un vínculo jerárquico neoimperial, en especial con los países latinoamericanos, sobrepasando a España y su “hispanidad”. Esta política cultural configurará un verdadero “eje latino” a mediados de los años treinta, pero también suscitará suspicacias y aversión por las acciones imperialistas de Italia en África y en el Mediterráneo, dañinas para la paz, el derecho internacional y la supervivencia de la Sociedad de las Naciones. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, Italia representa un país europeo “latino” con un vigoroso desarrollo industrial, formando parte —como México— del llamado “mundo libre” durante la Guerra Fría, con lo cual los dos países se colocan en situación estratégica en las dos esferas occidentales no comunistas: la americana y la europea.

Los aspectos políticos y geopolíticos son, sin duda, importantes, pero no se colocan por encima de las relaciones económicas, que tienen un desarrollo en gran medida independiente. Italia necesitaba exportar e importar: enviaba a México tecnología (maquinarias, armas...), manufacturas y productos “de lujo” (mármol, vinos, etc.), e importaba petróleo, minerales y productos agrícolas. Este tráfico comercial no se vio interrumpido nunca, incluso en los momentos más difíciles de las relaciones bilaterales por las crisis de Etiopía, España y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Cuando ocurrió la nacionalización de los recursos petroleros en México en 1938, incluso, a raíz del embargo que sufría el país, el gobierno de Lázaro Cárdenas intensificó el envío de petróleo a Italia y encargó a ésta la construcción de buques petroleros para reactivar las exportaciones. Este comercio se vio interrumpido solamente cuando Italia entró en guerra en 1940, por el bloqueo del tráfico marítimo por parte de la Gran Bretaña. Conviene precisar, además, que, al lado de una política “oficial” de relaciones económicas, siempre ha existido una red de contactos e intercambio entre grupos privados, alineada por lo general con la política “oficial”, aunque no en todo momento y en cada aspecto o sector de la actividad económica. Las relaciones económicas bilaterales evolucionaron conforme Italia se convirtió en una potencia industrial en la segunda mitad del siglo xx, intensificando las exportaciones de bienes manufacturados y tecnología hacia América Latina y la importación de productos agrícolas y mineros latinoamericanos.

Dos aspectos particulares de las relaciones entre los dos países son los contactos artísticos, literarios, científicos y estudiantiles, por un lado, y las relaciones eclesiásticas y religiosas por el otro. Particulares y especiales porque Italia es, aun hoy, “potencia” cultural y sede principal e histórica de la Iglesia católica, que tiene hoy el italiano como su lengua de uso corriente, al lado del latín. Con respecto a los primeros, cabe destacar la tradición de incluir Italia en el viaje a Europa que formaba parte del itinerario formativo de los hombres de cultura latinoamericanos de la élite durante el siglo xix y el xx. Las estancias en Italia de estos hombres dejaban siempre una impresión profunda, una gran admiración por la cultura italiana e influencias notables en las posteriores expresiones artísticas y literarias de los viajeros “latinos”. Además de las personas, “viajaban” las publicaciones y con ellas, las ideas, propagadas también por misiones y viajes académicos y científicos, donde se puede apreciar la difusión del pensamiento de autores italianos clásicos y modernos, de Maquiavelo a Cesare Lombroso y Benedetto Croce.

Por el otro lado, el interés cultural italiano hacia México crece desde finales del siglo xix, en paralelo a la popularización de los hallazgos arqueológicos, en primer lugar los de la cultura Maya, que a partir de los años veinte se corresponden a un interés similar en Italia por la arqueología romana durante el régimen fascista. No es casual que arqueólogos como Guido Callegari propusieran la fundación de una misión arqueológica italiana en México y que Mussolini presidiera la inauguración del XXII Congreso de Americanistas en Roma en 1926, dando más tarde visto bueno a la fundación de un Centro di Studi Americani (1932).

En cuanto a las relaciones religiosas, Italia —sede del papado y de un numerosísimo clero católico— era el punto de referencia de la Iglesia católica mundial, de suma importancia sobre todo para países históricamente católicos como México y los demás países latinoamericanos. Estas relaciones se concretan en la presencia física de estudiantes latinoamericanos en Roma (en el Colegio Pío Latinoamericano), en el vaivén de sacerdotes y obispos en la Santa Sede, en los delegados y nuncios apostólicos (conformando una diplomacia del Vaticano aun antes del reconocimiento como Estado independiente en 1929), en la presencia en América Latina de sacerdotes, misioneros, instituciones educativas católicas de origen italiano, destacando la orden salesiana. La distinción entre relaciones internacionales de Italia y de la Santa Sede es borrosa hasta mediados del siglo xx por el alto grado de “italianidad” de la Santa Sede misma (hasta el Concilio Vaticano II), reconocido en forma temprana por Mussolini desde 1921 como base para dar impulso a la normalización de las relaciones entre el Estado italiano y la Iglesia católica, que llevarán a firmar los Pactos de Letrán en 1929 y a una cohabitación un tanto amistosa entre la Institución eclesiástica y el régimen fascista (Savarino y Mutolo, 2007). En la posguerra, la influencia de la Iglesia católica en Italia será aún más grande en concomitancia con la posición dominante del partido católico, la Democrazia Cristiana, hasta finales del siglo xx, y continuará durante toda la centuria la presencia eclesiástica italiana en el vasto mundo católico, donde cobrará cada vez más importancia el catolicismo latinoamericano.

Las relaciones culturales, además, se vinculan de manera estrecha con un último aspecto de importancia central en los siglos xix y xx: la emigración italiana, un fenómeno de gran magnitud en América y de gran significación cultural, étnica, económica y política, aunque México recibiera relativamente pocos inmigrantes desde Italia. La migración, de todos modos, como veremos, no está ausente en la agenda oficial y no oficial italiana durante este período histórico.

LA MIGRACIÓN ITALIANA A MÉXICO

El tema de la migración italiana en América Latina ha capturado la atención de los investigadores italianos y latinoamericanos durante mucho tiempo. Incluso en México, donde fue un fenómeno un tanto marginal y de menor importancia. Hasta hace poco predominaba una virtual identificación entre relaciones bilaterales e inmigración italiana, incluyendo el desarrollo y trayectoria de los colonos e inmigrantes en el país.

Sobre la migración italiana a México disponemos de estudios distintos en sus enfoques, metodologías, estilos y temas tratados, publicados a partir de la década de 1980. Entre estos estudios cabe mencionar los de José Agustín Zago sobre Chipilo (Zago, 1982, 1998) y el de Salvatore Sabella sobre Monterrey (Sabella, 1997), que

tienen un carácter de rescate de memorias y documentos locales. Ezio Cusi rescata la memoria de su familia y en particular la de su padre Dante Cusi, famoso empresario italiano en Michoacán (Cusi, 1969). Sobre esta familia y sus haciendas de Lombardía y Nueva Italia existe también un estudio específico reciente (Pureco Ornelas, 2010). Antonio Peconi estudia la inmigración más antigua y brinda algunos datos de interés general, llegando hasta el siglo xix (Peconi, 1998). Carlotta Mapelli Mozzi se enfoca en la llegada de italianos durante el virreinato hasta la Independencia (Mapelli Mozzi, 2003). De corte más académico son las obras de José Benigno Zilli, enfocadas en particular a Veracruz, pero que aborda la inmigración italiana en general, y de Renzo Tommasi, quien aborda en particular la inmigración proveniente de Trentino (Zilli, 1981, 2000; Tommasi y Zilli, 2001). Marcela Martínez publicó un amplio estudio sobre la colonización italiana durante el porfiriato, que es la investigación reciente más amplia disponible hoy sobre el período hasta 1910 (Martínez, 2013); aún más reciente es el importante aporte de Octavio Spindola Zago a la historia de Chipilo en la perspectiva transnacional (2020, 2022). En este contexto, mis estudios, enfocados en la época posrevolucionaria, apuntan a la inmigración italiana sobre todo en la perspectiva de las relaciones diplomáticas y la organización política en ese período (Savarino, 2002, 2006, 2010, 2011, 2012, 2015).

Estas investigaciones tienen enfoques y matices distintos: algunas son de carácter histórico académico, otras son crónicas y recopilaciones de memorias no profesionales y, en una visión panorámica y general, dan la impresión de una falta de homogeneidad y continuidad. Esta carencia se refleja no sólo en los estilos, las metodologías y los temas elegidos, sino en la cobertura a nivel de contextos particulares y locales: algunos núcleos de italianos como Chipilo y Nueva Italia, los de Monterrey, de Veracruz y de San Luis Potosí, han recibido una atención destacada, pero otros, escasa o nula. Es poco lo que sabemos de los italianos en la península de Yucatán, en el sur y a lo largo de la costa del Pacífico, por ejemplo. Tampoco existen estudios específicos sobre categorías profesionales como los sacerdotes, los profesionales o los artesanos, aunque una aportación reciente comienza a iluminar el mundo de los arquitectos, ingenieros y artistas italianos en México (Checa-Artasu y Niglio, 2019). Destaca además la casi total falta de investigación sobre el ambiente empresarial italiano, con escasas excepciones como los estudios sobre Dante Cusi; además, son pocas las historias de familias específicas.

El impacto de los italianos en la arquitectura y el arte fue considerable, no solamente en relación con la actividad más conocida de Adamo Boari y Silvio Contri, sino en un campo más amplio que incluye, entre otros aspectos, la arquitectura industrial, la ingeniería, la escultura. Por ejemplo, la carrera artística de Leopoldo Tommasi López y la producción arquitectónica de Angelo Bacchini en Yucatán, o la actividad de talleres de escultura y marmolería en todas las ciudades importantes del país, desde el más conocido de Adolfo Ponzanelli en la capital, al de los hermanos Francesco y Gino Biagi en Tampico. Los estudios publicados en 2019 (Checa-Artasu y Niglio, 2019) abren un camino de investigaciones que, sin duda, aún falta explotar en forma adecuada. Tampoco debería descuidarse el vasto impacto que tuvo la literatura y la producción académica italiana en el campo cultural, científico y universitario a lo largo de todo el siglo xx. En suma, hay abundantes espacios donde dirigir y extender el campo de la investigación sobre italianos en México. Y considérese que, en general, en comparación con otros estudios de inmigración en México —como en el caso de la inmigración española, francesa y libanesa—, han sido hasta hoy más bien escasos.

Para comprender el alcance de la migración italiana hacia México, es preciso colocarla en su contexto. A diferencia de lo que ocurre hoy, México fue un país receptor de inmigración internacional desde la primera mitad del siglo xix hasta los años treinta del siglo pasado. Con su enorme territorio, escasa población y profundos rezagos en su desarrollo, fue considerado en ese tiempo como una meta “natural” para recibir inmigrantes, igual que Brasil y Argentina. La inmigración era buscada para poblar territorio, desarrollar la economía y “mejorar” racialmente la población en áreas donde fuera notoria la presencia de elementos no-europeos —considerados en ese entonces “inferiores” entre la élite y la clase dirigente—. México no fue una excepción: buscó atraer inmigrantes de Europa y el Mediterráneo —en particular españoles, franceses y otros europeos— y, además, estadounidenses y canadienses. También llegaron asiáticos: chinos, coreanos y árabes, aunque éstos fueran vistos con recelos y poco apreciados más allá de consideraciones prácticas.

En el contexto de esta inmigración extranjera deseada y menos deseada, la italiana tiene características singulares: fue minoritaria, fue vista en su época como “deseable”, duró poco en su etapa más significativa (1881-1926) y pasó por una fase de politización relacionada con los cambios políticos ocurrido en Italia de 1922 a 1943. Además, fue heterogénea por su proveniencia regional y por sus patrones de asentamiento (urbano o rural, comunitario o disperso). Los italianos formaban parte (junto con alemanes, irlandeses, ingleses, españoles, portugueses, etcétera) de la gran oleada de migrantes transatlánticos que abandonaron Europa entre la segunda mitad del siglo xix y las primeras décadas del xx, dirigiéndose en primer lugar hacia Brasil, Argentina, Estados Unidos y Canadá. México logró captar solamente 0.6% de este enorme desplazamiento humano (Buchenau, 2001: 23; González Navarro, 1993; Salazar Anaya, 2010).

Italia llegó a ser uno de los principales países expulsores de migrantes a partir de los años ochenta del siglo xix, y lo seguirá siendo hasta los años sesenta del siglo xx, debido a la crónica falta de tierras y empleos en la agricultura y al vigoroso crecimiento demográfico en la península. Durante este período emigraron alrededor de quince millones de italianos. Estos emigrantes, en una primera etapa, se dirigían de preferencia a Francia, Argentina, Brasil y Estados Unidos. Más tarde Bélgica, Alemania, Canadá, Australia y Venezuela fueron las metas preferidas. Los migrantes italianos primero provenían del norte: Piamonte, Lombardía, Liguria, Véneto y Trentino (que perteneció a Austria hasta 1919). Más tarde predominaron los emigrantes del sur: Sicilia, Calabria, Puglia, Basilicata, etcétera.

Los emigrantes italianos eran en su mayoría campesinos y buscaban ante todo tierras para cultivar o empleos en el sector agrícola. No faltaban, sin embargo, los artesanos, profesionales y comerciantes, que exportaban sus conocidos talentos como artistas, músicos, maestros, escultores, cocineros, comerciantes y empresarios. El siglo xix y el comienzo del xx es la época en que, por ejemplo, se vuelven populares en todo el mundo occidental la comida y la música italiana, exportadas por *chefs*, restauranteros y cantantes de ópera (el más famoso fue Enrico Caruso). La apreciación por estos talentos se acompañaba con la admiración por la cultura italiana en general, la del pasado y la contemporánea.

Cabe señalar que, a pesar de todo este aprecio, el emigrante italiano era rechazado con frecuencia, e incluso objeto de maltratos, en algunos países, sobre todo los de tradición protestante donde se desconfiaba de los “católicos”, sobre todo si eran “morenos” y provenían del Mediterráneo. Aun en medio de las dificultades, la emigración italiana

creció hasta niveles inimaginables hasta la Primera Guerra Mundial, por la presión generada por carencia de tierras y la pobreza rural, sumada a las escasas oportunidades de trabajo que ofrecía la incipiente industria nacional, amén de la falta de un imperio colonial extenso y rico en recursos (Eritrea, Somalia y Libia eran territorios semidesérticos e inhóspitos) (Franzina, 1976; Incisa di Camerana, 2003; Bevilacqua y Franzina, 2001). Mejores condiciones se presentaban en América Latina, donde las vastas regiones entre la frontera con Estados Unidos y Patagonia, escasamente pobladas, brindaban muchas oportunidades para emigrantes emprendedores, tanto en el campo como en las ciudades. Los italianos que llegaban se asimilaban con facilidad y aprendiendo el idioma español o portugués con rapidez, a veces pasando directamente del dialecto a estas lenguas, sin haber siquiera aprendido el italiano estándar. Aun así se presentaban problemas donde los italianos competían con los nativos por los recursos agrícolas locales.

Las élites latinoamericanas veían en forma favorable a los italianos al considerarlos fácilmente asimilables, siendo católicos y “latinos”, igual que los latinoamericanos. Los italianos reforzarían con su presencia el elemento europeo en el mosaico racial, ayudando a diluir los elementos étnicos que entonces se consideraban inferiores, facilitando así el desarrollo económico, civil y el avance general de la modernidad. Además, no representaban una potencial amenaza de convertirse en objeto de atención de una metrópolis ansiosa de extender su poderío en ultramar, como pasaba con Francia, Inglaterra o Alemania. Se sabía que Italia era la menor de las potencias europeas y su capacidad militar —especialmente después de la derrota de Adua en 1896— era considerada escasa, amén de su limitado alcance diplomático. Así que respecto a otros “latinos” europeos entonces disponibles (franceses y españoles), los italianos tenían algunas ventajas.

Entre los países americanos fueron los del sur (Brasil, Argentina, Uruguay), los que recibieron mayores caudales de emigrantes italianos. En los demás países hubo poca inmigración itálica y entre éstos se debe de contar México, cuya incapacidad de atraer a los colonos se explica en gran medida por las difíciles condiciones económicas y políticas del país. Faltaban industrias modernas, una economía dinámica y áreas de colonización agrícola abiertas a la inmigración en masa de colonos extranjeros. Además, hay que considerar la crónica inestabilidad política con revoluciones, cuartelazos, pronunciamientos, guerras internacionales y guerras civiles. A la falta de recursos disponibles y la inseguridad se sumaba la presencia de una numerosa población pobre, mestiza e indígena, que hacía competencia a los trabajadores europeos en el sentido de ofrecer mano de obra en condiciones de trabajo imposibles de aceptar por los más exigentes emigrantes del viejo mundo. Así, lejos de convertirse en una “tierra prometida” para inmigrantes y refugiados, México siguió siendo “un lugar hostil para muchos de los que llegaban, donde había oportunidades sólo con dinero o [...] mediante casuales lazos familiares” (Buchenau, 2001: 28).

La élite mexicana durante la era liberal clásica y su continuación en el porfiriato, como todas las élites latinoamericanas, buscaba atraer inmigrantes y colonos europeos.¹ El objetivo era aprovechar tierras desiertas u ociosas y poblarlas con colonos extranjeros que con el tiempo se integraran a la sociedad mexicana. Además, se esperaba que con la

¹ “Inmigrante” es un término genérico que incluye la llegada individual de extranjeros a urbes o pueblos, mientras “colono” indica en forma específica el asentamiento de grupos de extranjeros en colonias compactas en un territorio determinado, generalmente en un contexto rural. En México, sin embargo, aun los núcleos extranjeros urbanos eran denominados “colonias”.

creación de nuevos núcleos de desarrollo económico México fuera capaz de competir en el mercado internacional (Martínez Rodríguez, 2010: 18). Así la Italia liberal, “proletaria” y latina podría ser la indicada para enviar huestes de trabajadores industriales, blancos y católicos, que ayudarían sin duda a aumentar la producción agrícola y, más en general, mejorar las posibilidades del país de alcanzar el progreso, liberándose del lastre representado por la atrasada y escasa población nativa. La simpatía hacia Italia era muy significativa entre las élites liberales, que veían afinidades entre el liberalismo cabal de la monarquía de Saboya y el de la República mexicana.

Así, desde la segunda mitad del siglo xix y hasta las primeras décadas del siglo xx, en México los italianos fueron incluidos entre los inmigrantes “deseables”, no sólo bienvenidos sino incluso buscados con frecuencia. De ellos se destacaba su laboriosidad y su compatibilidad con la población mexicana al ser blancos, cristianos y latinos, con lo que se volvían un “ingrediente” benéfico para dar una orientación positiva al mestizaje y fomentar el desarrollo del país. Significativo y típico al respecto es el comentario del presidente Álvaro Obregón sobre una propuesta de colonización italiana en 1924:

Mucho me satisface saber que usted está en vías de llevar a cabo una regular corriente de inmigración italiana y ojalá que sus planes en este sentido encuentren un fácil desarrollo, pues en México los colonos italianos son altamente estimados, primero, por su laboriosidad indiscutible y segundo, porque es una raza que se asimila con suma facilidad a la nuestra.²

Los italianos no eran una presencia nueva en México, ya habían formado parte de aquel “goteo” de emigrantes europeos no-españoles que buscaban fortuna en la próspera Nueva España, por lo cual existía ya una modesta presencia de italianos y de descendientes de italianos en este territorio desde el siglo xvi. Éstos fueron conquistadores, encomenderos, comerciantes, ingenieros, misioneros y artistas, entre ellos algunos muy conocidos como el Padre Kino (Eusebio Francesco Chini), explorador y evangelizador de Sonora y Baja California, y el artista y litógrafo Claudio Linati, quien fundó la primera prensa litográfica en México (Mapelli Mozzi, 2003; Peconi, 1998: 77-115).

Después de la Independencia, se observa la llegada de italianos que se asientan en forma dispersa y en pequeños números en las principales ciudades del país y en algunas regiones agrícolas y mineras. Entre éstos había aventureros y exiliados políticos garibaldinos, anarquistas o republicanos (como Luigi Ghilardi), atraídos por la fama de país “avanzado” que tenía México después del triunfo de los liberales en la Guerra de Reforma y la Intervención francesa. Asimismo, había artistas, ingenieros, arquitectos, maestros, técnicos industriales, empresarios y sacerdotes. El caudal mayor de emigrantes llega en las dos décadas finales del siglo, cuando comienza la gran oleada migratoria italiana hacia América y aprovechando la estabilidad y el progreso económico impulsado por el gobierno de Porfirio Díaz, que le brindan a México una buena reputación internacional hasta 1910.

En el siglo xix, por lo general, los italianos llegaban de manera individual o en grupos pequeños, asentándose en diversas ciudades y pueblos de la República, pero hubo también algunos proyectos de colonización que involucraron contingentes importantes.

² Álvaro Obregón a Delbert J. Haff, Hermosillo (6 de junio de 1924). Ramo Presidentes, fondo Obregón-Calles, 823-I-1. Archivo General de la Nación (AGN).

Entre éstos, destacan Tecolutla (Veracruz) (1858) cuyos colonos se trasladaron posteriormente a Papantla y a otros lugares (Zilli Manica, 1997). Años después la colonización cobró impulso durante el gobierno de Manuel González, cuyo ministro de Fomento, Carlos Pacheco, logró atraer diversos contingentes de colonos del norte de Italia, quienes se establecieron en Zentla-Huatusco (Manuel González), Veracruz (1881), Barreto, Morelos (1882), Aldana, Distrito Federal (1882), Díaz Gutiérrez, San Luis Potosí (1882) y Chipilo (Fernández Leal), Puebla (1882). Fue el experimento de colonización oficial más importante en esa época y tuvo éxito conforme llegaba al mercado la producción de estas colonias: maíz, tabaco, caña de azúcar, trigo, café, fruta y ganadería (Centurione, 1894: 1-23).

En esta época en total llegaron 2 581 inmigrantes italianos, pero la mayoría de ellos se dispersaron o abandonaron después el país porque las condiciones de asentamiento en las colonias no eran adecuadas. Las colonias de Barreto y Aldana se dispersaron por completo, la de Díaz Gutiérrez tuvo una suerte incierta, pero Zentla y Chipilo prosperaron y perduraron, impulsando las actividades agrícolas en esas regiones y estableciendo relaciones cordiales con la población local. No era un resultado satisfactorio, ya que los planes de Pacheco preveían una colonización masiva, atrayendo hasta 200 000 colonos, inspirándose sobre todo en la experiencia exitosa de Uruguay (Tommasi y Zilli, 2001: 18-28). Luego llegarían grupos más pequeños, familias e individuos, con la notable excepción de un contingente de 525 italianos llegados a Veracruz en 1900 para trabajar en el trazo de una línea de ferrocarril en la región de Córdoba, quienes, al no cumplirse las condiciones de su contrato terminarían esparciéndose por el territorio nacional o se dirigirían hacia Estados Unidos (Zilli, 1986).

Sin embargo, la que prevalece es la inmigración individual y “a granel”, muchas veces difícil de rastrear, con la excepción de unos cuantos emigrantes que sobresalieron más tarde en sus negocios o profesiones. Destaca en este período Dante Cusi, llegado en 1887, quien fundará en 1903-1909 dos prósperas haciendas en Michoacán: Nueva Italia y Lombardía, dedicadas sobre todo al cultivo del arroz. Convertidas con el tiempo en asentamientos, pero pobladas por mexicanos, nunca tuvieron una población importante de origen italiano (Cusi, 1969; Pureco Ornelas, 2010). Según los censos de población, las personas originarias de Italia entre 1895 y 1930 no eran más de 2 500 en todo el país. La Legación italiana, incluyendo también los nacidos de padres italianos y los naturalizados, subía la cantidad hasta siete mil y diez mil en la década de 1920, pero estas cifras variaban en función de los observadores y del criterio adoptado. Según Guido Callegari, distinguido arqueólogo americanista, “los italianos en México, que no superan los seis mil, son bien vistos por la población y por las autoridades, más que cualquier otra nacionalidad” (Callegari, 1923: 29).

La buena acogida de los colonos italianos es generalizada. Las autoridades y las élites aclaman la llegada de estos trabajadores; por ejemplo, en un diario se describe así la llegada de los colonos en Veracruz en 1900:

Los súbditos del Rey Humberto [...] parecen ser gente conocedora y habituada a las labores del campo y esta es la clase de gente que verdaderamente necesitamos para dar impulso a la agricultura del país, y como aquéllos serían muy apropiados también los de otras nacionalidades latinas, pues experimentado está, según los inteligentes, que los de procedencia sajona no llenan satisfactoriamente las exigencias que tienen nuestros cultivos. Por esto aplaudimos la entrada de los trabajadores italianos [...] siendo de desear

que se realice pronto la otra inmigración que está organizándose en Génova (*El Tiempo*, 6 de mayo de 1900, *cit.* en Zilli Manica, 1986: 12).

Los italianos son admirados por su laboriosidad y actitud progresista, y también por su buen parecido físico. Los colonos de Chipilo, por ejemplos, son denominados *cuah'tata-rame* por los indígenas del sur de Puebla, lo que significa “gente grande” o “personas importantes”. Los colonos no tardan en brindar oportunidades de trabajo a los nativos y dar a conocer su cultura en los alrededores. Entre los varios rasgos de la cultura de Italia del norte, se establece en las colonias un régimen alimenticio con una fuerte presencia de productos lácteos y de la famosa *polenta* de maíz. Durante este período se consolidan y prosperan las colonias agrícolas de Chipilo y Zentla-Huatusco, se forman y expanden grandes haciendas privadas, como las ya mencionadas de la familia Cusi en Michoacán. En Monterrey destaca la industria siderúrgica con la Compañía Fundidora de Fierro y Acero, fundada en 1900 por Vincenzo Ferrara. En la industria de alimentos sobresale La Suiza, fundada en 1902 en la Ciudad de México por los hermanos Lodigiani.

Además de la agricultura, la ganadería y el sector alimenticio, en esta época muchos emigrantes se dedican a la minería y la fundición de metales o a la marmolería. En una publicación italiana de 1931 los italianos son descritos como una pequeña colonia de “no más de 7000, hoteleros, artistas del mármol, comerciantes, ingenieros-arquitectos” (Callegari, 1931: 62). Otros italianos se dedican a los comercios y las profesiones liberales en los principales centros urbanos, sobre todo en la Ciudad de México y en Monterrey, Guadalajara y Veracruz. Aquí sobresalen los conocidos arquitectos Adamo Boari y Silvio Contri, además del escultor Adolfo Ponzanelli (Lancia y Trentin, 1903). A pesar de sus capacidades y su laboriosidad, a pesar de la influencia que ejercían a través de su cultura muy admirada y estimada, los italianos en México no alcanzaron posiciones importantes dentro de la sociedad mexicana, aunque los residentes urbanos se incluyeran en la clase media y media-alta. En 1902, los capitales que poseían los italianos en México se calculaban en 20 millones de pesos, aumentados a 50 millones en 1912 (Alliotti, 1912: 425-459). Por lo general, los italianos —con la excepción de algunas colonias rurales— no lograron agruparse o mantenerse unidos en comunidades étnicamente compactas.

En la Ciudad de México, igual que otras “colonias” extranjeras, los italianos buscan organizarse y crear estructuras comunitarias, aunque los resultados de sus esfuerzos no sean destacados, comparados con los logros de otras colonias extranjeras. A finales del siglo xix se funda una Sociedad Italiana de Beneficencia, en 1902 la Sociedad Dante Alighieri y la Cámara de Comercio Italo-mexicana. En este período aparecen también dos periódicos: *La Gazzetta Coloniale* y *El Correo de Italia*. Pero no se forman clubes ni escuelas italianas en la capital, aunque las órdenes religiosas italianas fundan y mantienen varios institutos educativos abiertos a la población en general.

En los años treinta, la situación de los italianos en el medio urbano se puede detectar a través de una publicación que se enfoca en las actividades profesionales, comerciales e industriales de las colonias extranjeras. Ahí encontramos un catálogo de italianos destacados en diversos sectores de la economía, ante todo en la Ciudad de México y sus alrededores: ingenieros, empresarios, hoteleros, pasteleros y rancheros (Salazar Silva, 1937: 73-96). Entre éstos destaca, por ejemplo, Humberto Tazzer, propietario del rancho El Renacimiento, cuya actividad agrícola fue iniciada por su padre Attilio en 1893,

en un área cercana a la Ciudad de México. Sobrevivió a la revolución con grandes dificultades, pues el rancho fue saqueado por los zapatistas, revivió el negocio en los años veinte, pero fue afectado por los repartos de tierras, perdiendo la mitad de su extensión en 1927 a favor de un ejido. A pesar de todo, a principios de los años treinta el rancho alcanzó una gran prosperidad, dedicándose a la producción de leche y huevo.

También cabe destacar al más conocido Adolfo Ponzanelli, escultor, propietario de un afamado taller con 30 empleados, sucursal de una firma con sede en Carrara. En activo desde los primeros años del siglo xx, Ponzanelli se había hecho una notable reputación como artista en la capital del país, alcanzando una posición eminente en la comunidad italiana en México. Su taller es descrito de manera entusiasta por un visitante:

Al penetrar a los salones de la mencionada casa comercial [Ponzanelli], templo del arte y del trabajo, se siente desde luego una agradable impresión: por todos lados se ve uno rodeado de figuras, unas comenzadas a cincelar, y otras por acabar; la obra terminada es digna de la fama que los italianos se han conquistado para empuñar el cincel y dar forma artística y bella a sus trabajos de escultura. No hay un ejemplar que no lleve un rasgo, un detalle en donde el arte exquisito, el sello inconfundible del arte italiano no quede manifiesto desde luego, aun en las obras más insignificantes (Salazar Silva, 1937: 87).

Los resultados modestos de la colonización italiana contrastaban con la notable mejora en la reputación internacional del país, que por fin había superado las guerras interminables de mediados del siglo y se encaminaba a un desarrollo ordenado y civil. Durante el porfiriato, la paz interna y el lento pero visible progreso de una economía y una administración moderna, deberían haber creado un foco de atracción para los emigrantes, alternativo a Estados Unidos o Sudamérica. Sin embargo, la esperada inmigración masiva no ocurrió, ya sea por la fuerte competencia que representaban otros países en esa época, ya sea por la mala planeación de la colonización. Cabe destacar también el débil apoyo del gobierno italiano, mediante diversas instituciones y la red diplomático-consular.

Pero la escasez de inmigrantes no fue específica de los italianos: llegaron relativamente pocos extranjeros al país en un período de grandes migraciones internacionales. Las motivaciones fueron, como ya fue dicho antes, diversas y no resumibles en un solo factor. Guido Callegari señala al respecto:

El escaso número de extranjeros en México se explica por muchas causas. Primero, el clima, que no es muy favorable a personas venidas desde fuera, que encuentran buenas condiciones físicas en la meseta central, pero tienen dificultad en aclimatarse en las tierras calientes de la costa. Además, las condiciones mismas [...] que producen la emigración no son las más aptas para atraer las corrientes migratorias. Agréguese que, para los trabajos agrícolas, mineros e industriales, hay una fuerte competencia por parte de los mestizos y, como mano de obra, por los mismos indios que, en general, son buenos agricultores con pocas necesidades y poco exigentes (Callegari, 1931: 62-63).

En resumen, había diversos factores que confluían para desalentar y dificultar el asentamiento de inmigrantes extranjeros en grandes cantidades. La colonización extranjera, según Moisés González Navarro (1960), fue una “gran ilusión” del México independiente hasta la Revolución y terminó en una “gran decepción”.

A la desilusión por los escasos resultados de la colonización se suma en 1910 la preocupación por la pérdida de colonos, ahuyentados por el estallido de la Revolución mexicana. A partir de esta fecha y hasta finales de la década, México recuperó la imagen de guerra civil y conflicto endémico que predominó a mediados del siglo XIX, perdiendo así la reputación de paz y progreso ganada durante el porfiriato.

La súbita difusión de una imagen violenta y caótica de México altera la visión que hasta entonces se tenía del país en Italia. En Italia, México era vagamente conocido como un país lejano, exótico y pintoresco, enfrascado desde 1910 en una guerra civil revolucionaria que resultaba incomprensible. Luigi Barzini, periodista y observador directo de la Revolución mexicana, en 1914 señaló: “No hay que olvidar que México, bajo su apariencia moderna, tiene una población semisalvaje dominada por una clase con un alma medieval” (Barzini, 1923: 245). En una publicación de 1922, se lee: “México [...] es casi por completo desconocido para los italianos, y aquéllos que lo nombran y que saben que existe, lo tienen en poca monta, y a veces y con gusto hacen de él el punto de comparación con todo lo que hay que desacreditar, de rehusarse, de olvidarse” (“Due parole per intenderci”, 1922: 1-6 (1-2)).³

En este contexto, los elementos clave para México son su colocación geográfica (extremo norte de América Latina y frontera con Estados Unidos) y sus grandes recursos naturales, agrícolas y mineros, sobre todo el petróleo (siendo el segundo productor mundial desde 1921), lo que le daba al país una posición geopolítica especial (Savarino, 2006: 39-54). En Italia también llaman mucho la atención el auge de la arqueología y la etnología mesoamericanista, además del convulso proceso revolucionario iniciado en 1910. Así, el país se vuelve meta de un peregrinaje heterogéneo de arqueólogos, artistas, escritores, periodistas, viajeros y aventureros atraídos por su vitalidad y dinamismo político y cultural, para inspirarse, documentar y relatar lo que estaba ocurriendo (Savarino, 2011: 203-220). La relativa apertura y pacificación de la década de los años veinte atrae de nuevo a los migrantes, a pesar de que el nacionalismo exaltado por la revolución adquiere a menudo rasgos xenofóbicos que afectan a las colonias extranjeras.

La masiva emigración italiana se reanuda al finalizar la Primera Guerra Mundial. La corriente emigratoria se dirige ahora hacia Francia, Estados Unidos, Argentina y Brasil, principalmente. En su conjunto el continente americano recibe casi la totalidad de esta emigración, reforzando el mito popular surgido en el siglo XIX de “América” como sinónimo de abundancia, fortuna y bienestar (Incisa di Camerana, 2003). México, por supuesto, comparte en gran medida este mito, junto con todos los países americanos.

Pero la utopía mexicana de los emigrantes es ensombrecida de pronto por la revolución. En los años que van de 1911 a 1919, suspendido el flujo migratorio y distraída la madre patria en la guerra contra los imperios centrales, los emigrados en México se encuentran en una situación de virtual aislamiento y sufren el embate de la guerra civil. Robos, agresiones y asesinatos de italianos son reportados por la Legación de Italia en todo el país. En algunos casos, los italianos logran ampararse manifestando su nacionalidad, pues solían ser más respetados por los combatientes regulares de los diversos bandos. Por ejemplo, en Villa de Santiago (Monterrey), la familia Bacco, propietaria de

³ “Due parole per intenderci”, *“Italia e Messico”*. *Rivista bilingue illustrata di commercio e cultura*, anno I, núm. 1, marzo, pp. 1-6, aquí p. 1-2, 1922. Este artículo (en italiano y en español) está firmado por la redacción de la revista.

una fundidora, “tenía izada una bandera del Reino de Italia [...] y tanto los villistas como los carrancistas siempre respetaron ese lugar como si fuera una embajada extranjera” (Sabella, 1997: 106).

Sin embargo, la colonia de Chipilo, que estaba situada en una zona muy conflictiva y atraía miradas codiciosas por su prosperidad y por el atractivo de sus bellas mujeres rubias, sufrió diversos intentos de saqueo entre 1914 y 1917, logrando rechazar a los agresores sólo con sus propias fuerzas (Savarino, 2006: 277-291). El mismo presidente Carranza les brindó armas y suministros, reconociendo el esfuerzo de autodefensa de los colonos italianos, a los cuales apreciaba y veía como un reducto capaz de contener la presión zapatista en el sur de Puebla. El enfrentamiento más grave ocurrió el 25 de enero de 1917, cuando una numerosa partida de bandoleros asaltó el pueblo para saquearlo, pero fue repelida por la población organizada, que había cavado trincheras y organizado la resistencia. El combate fue tan clamoroso, que Carranza mandó llamar al jefe de la resistencia chipileña, Jacobo Berra, para felicitarlo en forma personal y lo nombró general (Zago, 1998: 160-166).

Las pérdidas económicas de los italianos durante la Revolución fueron cuantiosas, como sucedió en otras colonias extranjeras. Por esta razón Italia se sumó a las reclamaciones internacionales hacia el gobierno mexicano y en 1913 envió cajas con armas y municiones para defender la Legación y la “colonia” de la capital. El ejemplo de los riesgos corridos por los colonos fue desalentador y el embajador Giovanni Giuriati, después de su visita en 1924, recomendó “evitar los experimentos de colonización en México”.⁴ Se debe de señalar, sin embargo, que algunos italianos combatieron de forma individual en las huestes revolucionarias, destacando entre éstos Giuseppe (Peppino) Garibaldi, nieto homónimo del héroe del siglo xix.

La comunidad italiana en México se movilizó entonces para contribuir a la causa nacional en la “Gran guerra”. Una media docena de jóvenes partieron como voluntarios para combatir, algunos en Francia en 1914, los más en el frente italiano, entre 1915 y 1916. A su regreso, fundaron una pequeña asociación de excombatientes que incorporó los sucesivos emigrantes que habían participado en el conflicto.

LOS ÚLTIMOS PLANES DE COLONIZACIÓN Y EL CIERRE DEL CAPÍTULO MIGRATORIO

Al finalizar la guerra, se reactiva un modesto flujo migratorio que perdura hasta mediados de la década de los años veinte (1921-1926), interrumpiéndose por el cambio de política migratoria por parte del nuevo régimen fascista. Los italianos que llegan en este período, huyendo de la crisis económica y la agitación política de la posguerra, no buscan o no logran en su mayoría asentarse en colonias compactas, entonces buscan fortuna o intentan cruzar el territorio mexicano rumbo a Estados Unidos.⁵ Los auspicios para

⁴ “Studio sui paesi dell’America Latina, Parte II (Riservata)”, 1926: 630. Biblioteca del Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri (ASMAE). Esta extensa relación fue escrita por Giovanni Giuriati, después de su misión en América Latina de 1924.

⁵ La mayoría de los que llegaban en este período eran emigrantes de escasos recursos que huían de la crisis económica italiana de la posguerra, como relataba el ministro de Italia: “a pesar de mis recomendaciones, los vapores que hacen escala en los puertos mexicanos siguen desembarcando emigrantes clandestinos en condiciones de extrema indigencia. Todos buscan trabajo que no pueden encontrar, sufren hambre y piden limosna. La mayoría de estos miserables viene

emigrar a México parecían haber mejorado con el fin del conflicto armado. Por ello, se vuelven a plantear los proyectos de colonización desde Italia, esta vez en la forma de cooperativas. En 1924 Silvino Pontalti (presidente de la Federación de las Cooperativas Trentinas de Emigración Agrícola), quien había investigado por cinco meses las condiciones en México, envió un informe en extremo optimista al primer ministro Benito Mussolini, señalando que:

Diez millones de agricultores italianos serios y hábiles con el capital necesario que colonizaran México en comunidades fuertes y cercanas [entre sí] encontrarían todos un cómodo lugar en México, y con su trabajo crearían un jardín parecido a California en las tierras de riego que ocuparan. Transformarían además el rostro de la Meseta central y otras regiones.⁶

Igual optimismo fue expresado también por la Cámara de Comercio Italo-mexicana, cuyo presidente escribió para

explicar que ahora no se trata, como sucedía hace años, de experimentos vagos y peligrosos, sino de ocupar grandes extensiones de tierras muy fértiles, cedidas bajo condiciones ventajosas por el Gobierno Mexicano, y de crear así colonias grandes y redituables de tipo italiano, donde la obra lucrativa [de explotación agrícola] se desarrolle en condiciones óptimas de higiene y de finanzas, con un clima agradable y saludable.⁷

Este entusiasmo se fundamentaba sobre ideas muy difusas, vagas y exageradas, alrededor de los enormes potenciales de México para recibir inmigrantes, debido a su extenso territorio rico en recursos naturales y escasamente poblado y, además, sobre la preferencia de los mexicanos hacia los inmigrantes italianos (real, pero a menudo exagerada por algunos observadores). En 1922 el senador Angelo Salmoiraghi (empresario en el ramo de la óptica) comentó: “México merecería, por parte de los italianos, más consideración como país apto para desarrollar sus calidades de agricultores, de comerciantes, de industriales, de artistas. Ya se ha dicho que ya hay muchos italianos allá [en México], y tal vez no está equivocado decir que conforman la colonia preferida por aquellas poblaciones” (Salmoiraghi, 1922: 7).⁸

Sin embargo, la realidad era diferente: una presencia italiana escasa en un medio que aun presentaba graves dificultades, comparado con las condiciones más favorables que existían en otros países latinoamericanos. En 1925 el periodista Enrico Carrara resume así la situación:

Aún muy escasa y sin duda menor que en muchas repúblicas del Sur [de América] es la influencia italiana en este gran Estado de América Central [sic]. Los italianos son en

todos los días a la Real Legación pidiendo subsidios”. Nani Mocenigo a Ministero degli Affari Esteri () (México, 8 de febrero de 1924), ASMAE, Affari Commerciali (AC) 1924-26, Messico, f. 48-4.

⁶ Silvino Pontalti (Presidente della Federazione delle Cooperative Trentine di Emigrazione Agricola) a Benito Mussolini y a Giuseppe Demicheli. Messico, 16 de septiembre de 1924. ASMAE, AC, 1924-26, Messico, f. 48-3.

⁷ Carlo Bagalini, “Camera di Commercio Italo-Messicana. Relazione”. Milano, 6 de marzo de 1923. ASMAE, AC, 1924-26, Messico, f. 168-9.

⁸ El senador Salmoiraghi, junto con el senador Cesare Nava y el diputado Antonio Benni, fue el promotor de la *Camera di Commercio Italo-Messicana*, fundada en Milán en enero de 1923.

total 10 000 desparramados entre una población de 16 millones. En general aún no han alcanzado altas posiciones en el comercio y la industria: no existe y no se siente una tradición migratoria ni del brazo ni del pensamiento. Se cuenta (y es cierta) la historia de aquel campesino italiano que quería ir a México, pero fue llevado a Buenos Aires. De aquí logró alcanzar su familia sólo después de largos meses de recorrido [a través del Continente] (Carrara, 1925: 88).

Además de estos factores económicos, estaban los problemas políticos. Es verdad que el fin del conflicto armado había traído más estabilidad, pero las turbulencias y la inseguridad seguían afectando a muchas regiones de México, amén de las políticas radicales implementadas por el gobierno nacional y por algunos gobiernos regionales. Giovanni Giuriati, en su relación sobre México en 1926, después de hacer un recuento poco halagüeño de las condiciones del país, concluye que sería mejor para Italia abandonar los proyectos de colonización:

Después de lo que expuse antes, considero superfluo extenderme sobre las posibilidades de colonización. Estas se presentarían sólo en un ambiente político tranquilo, que dé garantías de trabajo, y de existir empresas surgidas para la colonización de varias zonas de México con el consenso cabal y la colaboración del Commissariato Generale dell'Emigrazione. Bien, yo deseo de todo corazón para Italia que proyectos descabellados como éstos no tengan nunca un comienzo efectivo, porque fatalmente estarían destinados al fracaso y a futuras decepciones.⁹

Por su lado el gobierno mexicano seguía con sus planes para atraer colonos italianos. Durante el gobierno de Álvaro Obregón especialmente, se formulan proyectos para poblar con agricultores italianos la costa norte del Pacífico, Baja California y la frontera con Estados Unidos. En efecto, entre 1921 y 1926 se registra la llegada de colonos italianos. En particular, se detecta la llegada de dos grandes contingentes de colonos por un total de unos 350 emigrantes, dirigidos a Navolato y Yebavito (Sinaloa) y a San Lorenzo de la Estanzuela (Jalisco), los cuales no encontraron condiciones propicias para asentarse y se dispersaron a lo largo de la costa. Algunos de estos excolonos se dirigen después a Baja California y serán los fundadores pioneros de las prósperas haciendas vinícolas del Valle de Guadalupe, una de ella muy conocida, L. A. CETTO, fundada por Angelo Cetto.¹⁰

Los fracasos de las colonias se debían a las malas condiciones climáticas y logísticas, como en San Lorenzo, donde el clima caliente y la falta de agua y casas desalentó a los colonos. Hubo también conflictos con ejidatarios, como fue el caso de Yebavito (donde se suscitó una controversia con el ejido de San Pedro), cuando tuvo que intervenir el mismo Obregón para defender a los colonos italianos, quienes estaban asentados en una propiedad suya.¹¹ Los proyectos fueron diversos y ambiciosos, contando con

⁹ "Studio sui paesi dell'America Latina, Parte II (Riservata)". 1926, p. 627. Biblioteca del ASMAE.

¹⁰ Testimonio de historia familiar presentado por Luís F. Cetto en la "Prima Conferenza Nazionale degli Italiani in Messico", México, 13 de noviembre de 2000. En este documento, entregado por escrito con el título "A los italianos que viven en México", el autor proporciona datos y anécdotas curiosas, por ejemplo, cuenta que Angelo Cetto, en su recorrido hacia Baja California "sin dinero y sin zapatos" fue ayudado en Tijuana por el paisano César Cardini propietario de un hotel-restaurant e inventor de la famosa "ensalada César".

¹¹ Almada a Obregón, Navolato. 13 junio 1924. AGN, Presidentes, Obregón-Calles, 823-I-1.

el respaldo oficial en Italia por parte del gobierno de Mussolini y del cónsul general de México, Arturo Pani. También en México había un franco apoyo, tanto por parte de la Legación italiana como del gobierno mexicano, y en particular de Obregón durante su presidencia y en los años sucesivos, cuando se dedicó a la agricultura en Sonora y Sinaloa. Obregón buscaba una masiva inmigración italiana para dirigirla especialmente hacia la frontera norte y la costa del Pacífico, donde darían impulso a la agricultura y ayudarían a poblar y defender el territorio de las ambiciones estadounidenses. Se entrevistó personalmente con emisarios, comisionados, periodistas y agentes de inmigración, manifestando sus buenos deseos para que se generara una corriente inmigratoria desde Italia y se desarrollaran fuertes relaciones comerciales con este país. Cuando recibió a Ezio Garibaldi en enero de 1924, le expresó su confianza en Italia “como madre de toda la Latinidad”.¹²

Un caso destacado de este respaldo oficial fue el del senador estadounidense Delbert J. Haff, quien le agradeció a Obregón su apoyo a su proyecto para enviar colonos italianos en sus vastas propiedades en Baja California, señalando que había presentado el proyecto al mismo Mussolini:

tuve el honor de recibir en Roma, Italia, la carta personal de Usted de fecha el primero de octubre próximo pasado [...]. Tuve una recepción muy cordial del Señor Presidente del Consejo de Ministros de Italia, Su Excelencia Benito Mussolini, quien me prometió toda la ayuda moral del Gobierno italiano en llevar a cabo el proyecto de traer colonos italianos de la mejor clase a México.¹³

En otro caso que cabe mencionar, unos agentes italianos quienes planeaban una fuerte inmigración italiana en la región del lago de Chapala (Jalisco), augurando el “principio [de un] gran movimiento inmigración italiana y poderoso acercamiento material y espiritual de nuestras dos fraternales naciones”, recibieron una acogida favorable por parte de Obregón, quien comentó mediante un telegrama: “Con positiva satisfacción entérome de su atento mensaje ayer. Hago votos, porque realícese una fuerte corriente inmigración italiana, para beneficio ambos pueblos. Afectuosamente. Pr. Rep. A. Obr.”.¹⁴

Cabe destacar que ni el proyecto de Baja California ni el del Lago Chapala prosperaron. Tampoco otros proyectos, como el que organizó Publio Treppiedi Messi en la primavera de 1923, anunciado con mucha exageración en las páginas de *Excelsior* (1° de marzo 1923) En 1923 y 1924, las misiones oficiales de Ezio Garibaldi (Savarino, 2009: 15-35), Arturo Norcia y Giovanni Giuriati incluyeron el tema de la colonización en los contactos y conversaciones con el gobierno mexicano, siendo éste un punto presente en la agenda de todos los diplomáticos italianos acreditados en el país. Pero, a pesar de todos los esfuerzos y la buena voluntad, esta nueva oleada de colonos italianos fue un

¹² Ezio Garibaldi a Benito Mussolini. México, 2 de enero de 1924. ASMAE, AC 1924-1926, Messico, f. 3, 2 de enero de 1924.

¹³ Delbert J. Haff a Obregón, sin fecha y respuesta de Obregón a Delbert J. Haff, Hermosillo, 6 de junio de 1924. AGN, Presidentes, Obregón-Calles, 823-I-1. Delbert J. Haff (1859-1943) fue un empresario de Kansas City y senador por el estado de Missouri. Era propietario de más de un millón de hectáreas en Llanos de Magdalena, en el sur de Baja California, que le fueron expropiadas en 1933.

¹⁴ Fernando Ricci, Domenico Brandinelli, Pio Cavalli y Enrico Martelli a Obregón. México, D.F., marzo de 1923, y respuesta de Obregón, Cuernavaca, 16 de marzo de 1923. AGN, Presidentes, Obregón-Calles, 823-I-1.

fracaso, considerando que los proyectos más ambiciosos preveían la llegada de decenas o incluso cientos de miles de colonos, sobre todo en el occidente y el norte del país.

¿Por qué fracasan estos proyectos tardíos de colonización? Se puede apuntar, sin duda, a la mala planeación y las mediocres perspectivas del contexto local (geográfico, económico y social) con respecto a metas emigratorias más atractivas. Pero en los años veinte se agregan tres factores: los conflictos agrarios generados por las dotaciones ejidales, la disminución histórica del flujo migratorio italiano en general (que se reanuda sólo en los años cincuenta) y la creciente cautela y recelo del gobierno fascista hacia la emigración del territorio italiano. En este período, la estabilización política y la reactivación económica, junto con los planes de colonización interna, permiten que los italianos se queden en el suelo patrio, en lugar de buscar fortuna cruzando los Alpes o el mar. El gobierno fascista veía con recelo la emigración y comenzó a restringirla en forma gradual, al mismo tiempo que actuaba para atender a los emigrantes y organizar mejor los flujos emigratorios residuales en países selectos. De 1926 en adelante, la emigración será vista más claramente como un factor negativo, un lastre y una vergüenza nacional, y se harán esfuerzos para controlarla, apuntando más bien a flujos temporales y a mantener la “italianidad” de los emigrados. A pesar de que México quizá fuera una excepción por el significado geopolítico de la emigración italiana (reforzar el carácter “latino” del país en la frontera con la América anglosajona), ya no estaban disponibles las grandes cantidades de colonos itálicos de antaño y no existían condiciones favorables para un asentamiento masivo en el país.¹⁵

Así, en lugar de ser meta de emigrantes, México se convierte en territorio de llegada y tránsito de viajeros, empresarios, periodistas, profesores invitados, enviados en misión oficial o exiliados para visitar o establecerse en este país, en relación con la nueva situación política que experimentaban ambas naciones: la consolidación del régimen nacionalista revolucionario en México y del régimen fascista en Italia. Pese a la falta de flujos importantes, se mantiene un “goteo” de inmigrantes y personas en tránsito o que realizan estancias cortas en México. Son escritores y periodistas como Mario Appellius (1928), en misión semioficial, o profesores como Francesco Cosentini, afamado jurista, invitado *ex profeso* por la UNAM para impartir cátedra entre 1929 y 1932.

Los resultados de la inmigración italiana en México fueron, por lo general, positivos, aunque a México no llegaron gran cantidad de italianos. Se formaron algunos asentamientos rurales prósperos que mejoraron el panorama económico local, en las ciudades se asentaron italianos que aportaron su experiencia profesional y cultura, abonando al crisol mestizo mexicano, aunque fueran solamente gotas en un mar. Destacaron los empresarios, artista, arquitectos, educadores y sacerdotes quienes aportaron al país en aspectos económicos y culturales importantes que, sin duda, constituyen un componente fundamental de las relaciones entre los dos países.

CAMBIOS POLÍTICOS Y RELACIONES AMBIGUAS

Conforme va desenfocándose el tema de la migración, cobran importancia otros aspectos de las relaciones bilaterales: políticos, culturales y económicos. El cambio político

¹⁵ Registros migratorios de italianos se pueden encontrar en AGN, Galería 5, Fondo Secretaría de Gobernación, Sección Departamento de Migración, Serie Italianos, Cajas 1 a la 7, período 1922-1939.

experimentado por Italia entre 1922 y 1925 —la formación de un régimen dictatorial nacionalista— impacta en las relaciones con México, que por su lado también experimenta la formación de un régimen autoritario nacionalista. En principio se produce un revuelo al conocerse en México que se ha formado un gobierno fascista en Roma: la noticia se propaga y la prensa mexicana lanza la alarma de que también en México se podría difundir el fascismo (e incluso “dominar” el panorama político nacional). En noviembre de 1922, Gustavo Sáenz de Sicilia funda el Partido Fascista Mexicano, la figura dictatorial de Benito Mussolini es ensalzada desde la derecha y atacada desde la izquierda. En los ambientes de izquierda, se teme una rápida propagación del fenómeno y en las esferas gubernamentales se prospecta, incluso, un peligro para la estabilidad de las instituciones posrevolucionarias. Una víctima de este alarmismo exagerado es el delegado apostólico Ernesto Filippi, acusado por la prensa de ser el patrocinador del fascismo mexicano y expulsado por Obregón a principios de 1923 (Savarino, 2002a: 123-147).

El Partido Fascista dura poco y ya se disuelve en 1924, pero el estilo político, la iconografía, el lenguaje y la parafernalia del fascismo italiano dejan huella en diversos grupos y contextos. Son experimentos políticos regionales como el de Tomás Garrido Canabal en Tabasco (donde se forman los famosos “camisas rojas”) y el de Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, donde el gobernador socialista usa el pasado maya para movilizar a la población, como lo estaba haciendo Mussolini con el Imperio romano en Italia; también hay otros gobernadores con un talante populista y autoritario, como Román Yocupicio en Sonora y Saturnino Cedillo en San Luis Potosí. En 1934, en el contexto de una radicalización política nacional, se forman los camisas doradas, con una referencia explícita a las camisas negras italianas y pardas alemanas, aunque los representantes oficiales de Italia recelan de este movimiento y rechazan que pueda definirse como la versión mexicana del fascismo. Para las relaciones entre los dos países, es más importante detectar la ósmosis de elementos icónicos, simbólicos, retóricos y políticos, desde Italia hacia México. Como señaló un informe de la Legación Mexicana en Roma el 31 de enero 1925, el fascismo era “una corriente enteramente nueva en la historia mundial”, por lo cual había que observarlo y estudiarlo atentamente. Se puede detectar el persistente interés de altos funcionarios del Estado y del aparato diplomático-consular para recopilar y enviar información a México sobre el régimen fascista, en particular, realizaciones como el Dopolavoro, la reforma agraria, la asistencia social, la organización de los jóvenes, la política cultural, la autarquía económica. Esta información llega a México y se envía a las diversas ramas del Estado y al Partido Nacional Revolucionario para ser estudiada y, en cierta medida, imitada. El Partido Nacional Revolucionario mexicano encuentra una de sus fuentes de inspiración en el Partito Nazionale Fascista italiano (Savarino, 2003).

El interés por la Italia fascista se difunde también en el medio intelectual. La cultura italiana, en general, ya tenía impacto en algunos intelectuales mexicanos antes de 1914. D’Annunzio tuvo influencia notable, así como el futurismo italiano, introducido después de la guerra especialmente por el arquitecto Alfonso Pallares. Con el ascenso al poder de Mussolini y la formación de la dictadura fascista, las miradas se ponen sobre el régimen fascista, con sus implicaciones culturales y políticas. Entre los intelectuales que más se acercan al fascismo italiano, Gerardo Murillo (Dr. Atl) pasa de una tendencia ideológica socialista a una fascista y se vuelve apologeta de Mussolini; José Vasconcelos, por su parte, comienza a reconocer afinidades entre su visión

culturalista y populista “latina” y el fascismo, además expresa admiración por el *Duce* como un caudillo capaz de enfrentarse a las potencias anglosajonas.

Por su lado, en Italia se mira hacia México con recelo por las tendencias hacia el socialismo (ejidos, nacionalizaciones, auge de sindicatos izquierdistas, anticlericalismo radical-masónico y educación socialista) y se rechazarán explícitamente —incluso en ambientes oficiales— algunas políticas como la reforma agraria, el indigenismo y la persecución anticatólica (aunque el fascismo laico vea con cierta simpatía el esfuerzo del país por sacudirse el yugo de una Iglesia arcaica y reaccionaria; en lo cultural se aprecia también el esfuerzo para forjar una nueva nación sobre la base de un gran pasado ancestral). Italia incluye a México en sus planes de expansión en América Latina, utilizando dos de sus cartas más importantes en este período: la novedad y utilidad del modelo político fascista en cuanto proyecto de construcción de naciones y estados modernos alternativo al liberalismo y al socialismo; la idea de *latinidad*: el legado civilizatorio de Roma, por encima del ibérico y renovado por el fascismo en una tónica modernista y dinámica. La tercera carta, la migratoria, juega un papel secundario en el caso de México, donde la influencia del modelo político fascista y el reconocimiento de la filiación latina se tornaba aún más importante que en otros países para reforzar el rol de México como “bastión latino” contra el panamericanismo anglosajón y para contrarrestar las tendencias socialistas e indigenistas del estado pos-revolucionario (Savarino, 2020a).

A pesar de las densas implicaciones políticas, las relaciones diplomáticas entre los dos países se desarrollan con normalidad, excepto en tres momentos donde crece la tensión: la Cristiada en 1926-29 (que coincide con la preparación de los Pactos de Letrán en Italia); la invasión italiana de Etiopía en 1934-35; la Segunda Guerra Mundial, de 1939 a 1945: antes de esta última, la controversia más seria es por Etiopía, ya que México toma parte activa en las sanciones aplicadas por la Sociedad de las Naciones, que castiga a Italia por su aventura militar en África. El rechazo a la invasión de Etiopía causa una huelga general en México en 1935, organizada por los sindicatos, y un enfriamiento de las relaciones bilaterales con críticas a Italia de parte de México, y críticas a México —país del “frente sancionista”— de la parte italiana. México también se decepciona en 1931 por el fallo a favor de Francia de la controversia por la soberanía sobre la isla de Clipperton, en la cual el rey de Italia, Víctor Manuel III, era árbitro. La Legación de Italia en México no llegaba al rango de embajada, en América Latina sólo Buenos Aires tenía el estatus más alto en la red diplomática. Los diplomáticos italianos pertenecían al servicio profesional del Ministero degli Affari Esteri (MAE), eran casi todos de origen aristocrático y se unieron sin problemas al nuevo régimen cuando ocurrió la transición de la etapa liberal a la fascista.

Durante este período se siguen manteniendo relaciones culturales (visitas de estudiantes, delegaciones oficiales, celebraciones, participación en eventos, envío de publicaciones, etc.) y económicas (importaciones y exportaciones: petróleo y materias primas hacia Italia, productos manufacturados hacia México). En este ámbito hay que destacar la actividad de sociedades italo-mexicanas en Italia y en México (la de Italia, fundada en Milán en 1923, fue patrocinada por Gabriele D’Annunzio). Es significativa la actividad de información y propaganda económica de los cónsules mexicanos en Italia (en Milán y en Génova) y la de la Legación y consulado italiano en la Ciudad de México. Ambos países estaban interesados en intensificar las relaciones comerciales. Italia se orientó sobre todo hacia el petróleo, patrocinó la fundación de una compañía

petrolera en Tampico (la Itamex Oil Co., propietaria de cuatro pozos petroleros, activos en sus 15 000 hectáreas de la zona petrolera) y apoyó la importación de petróleo mexicano. En los años veinte, dos misiones oficiales italianas en México se encargaron de explorar posibilidades y extender las operaciones comerciales italianas en el país: la de Ezio Garibaldi y la de Arturo Norcia, la primera patrocinada por el mismo Mussolini y la segunda por D'Annunzio. En 1924 la misión naval de la *Nave Italia* llegó a Veracruz con el mismo propósito: estrechar relaciones, explorar recursos para la importación y promover las exportaciones de productos industriales y de lujo italianos. En una publicación italiana de 1924 se resume la situación con respecto a las relaciones económicas:

México puede proveer a la más desarrollada industria italiana y comprar sus productos [...]. En fin, el gobierno mexicano ha entendido muy bien que Italia y México son dos países que por las circunstancias ya señaladas se pueden considerar como complementarios y que un acercamiento y una intensificación de las relaciones, ante todo comerciales, sería recíprocamente ventajosa (D'Arpi, 1924: 158-159).

Estas relaciones económicas van disminuyendo a finales de los años veinte, llegando a un mínimo durante la *gran depresión*. Se reactivaron más tarde, a mediados de los años treinta. La exportación de petróleo a Italia tuvo un repunte importante en 1938, a raíz del embargo internacional aplicado a México por los países afectados por la expropiación petrolera, durante el cual Italia se ve beneficiada por el aumento de la importación de oro negro mexicano.

Mientras tanto, los italianos y descendientes de italianos en México se organizan respondiendo al cambio de régimen en la madre patria. Se formaron *fasci* en la Ciudad de México, Guadalajara, Tampico, Monterrey, Puebla, Orizaba, Córdoba, Veracruz y Mérida. Los de la capital y de Puebla-Chipilo son los más importantes, se integran con organizaciones juveniles ("balilla" y "piccole italiane"), actividades culturales y rituales. Los *fasci* se hospedan en las llamadas *Casas de Italia*, donde se realizan diversas actividades comunitarias, en gran parte no explícitamente políticas. Además, se impulsa la educación mediante la fundación y reorganización de escuelas para italianos ajustadas a las normas del nuevo régimen. Las visitas de delegaciones italianas, destacando la de la *Nave Italia* en 1924 y la de Mario Appellius en 1928, llevan a impulsar esta actividad organizativa que implica una "fascistización" de la comunidad italiana en el país. Chipilo, en particular, desarrolla una identificación "patriótica" casi integral con Roma, reconocida y alabada por todos los visitantes italianos, que perdurará sin sobresaltos hasta 1945. La "fascistización" de la comunidad italiana en México forma parte de un esfuerzo a escala mundial del régimen fascista, ante todo en áreas como América Latina donde se había dirigido un caudal importante de la emigración itálica. En toda América Latina se crearon o reforzaron lazos con la madre patria, se ayudó a agrupar comunidades, se organizaron viajes a Italia, se enviaron maestros, conferencistas, estudiosos, recursos y material didáctico e informativo. La "fascistización" hizo hincapié en el orgullo ancestral itálico, en la fama y prestigio internacional del régimen de Mussolini y se basaba en la identificación entre patriotismo y fascismo, por la cual el segundo se confundía con el primero. En esta obra de difusión ideológica—consciente o inconsciente— fueron protagonistas los diplomáticos, los miembros de sociedades como la Dante Alighieri, profesores universitarios y enviados *ad hoc*, pero también sacerdotes y monjas dedicados a la asistencia y la educación, como ocu-

rrió en Chipilo con las hermanas salesianas (Hijas de María Auxiliadora) (Spindola Zago, 2020).

Al lado de la mayoría participante o conforme con el régimen fascista, existe en México una presencia minoritaria de disidentes y exiliados (*fuoriusciti* en el lenguaje oficial). Destacan, entre otros, Tina Modotti, modelo y fotógrafa de afiliación comunista, y Nanni Leone Castelli, anarquista y “futurista”; además, militantes socialistas y comunistas vinculados con la emigración antifascista, como Francesco Fro-la y Vittorio Vidali. Pero existen también otros que —sin manifestar abiertamente su rechazo o dudas sobre el régimen— mantienen una actitud distante y crítica. Estos inconformes serán cada vez más explícitos y afirmativos con el estallido de la guerra mundial y coinciden con un interés creciente por México en Italia conforme se va enfriando el entusiasmo por el régimen fascista y aumenta, en cambio, el atractivo de los regímenes “democráticos” y “socialistas”, como *grosso modo* lo era el México posrevolucionario.

Existen, en fin, relaciones que se desarrollan en ámbitos diversos: deportivas, estudiantiles, turísticas y de entretenimiento. Son todos aspectos poco estudiados que ameritarían conocerse más. En 1934, por ejemplo, el equipo mexicano de fútbol se desplazó a Italia para competir por la participación en el Campeonato Mundial, perdiendo ante el equipo de Estados Unidos. Hubo delegaciones de estudiantes mexicanos que se fueron a Italia durante esos años, el turismo fue constante, interrumpiéndose sólo durante la guerra. Algunos mexicanos cursaron estudios en Italia, entre ellos oficiales del ejército en escuelas militares en Piamonte. En los cines mexicanos circulaban películas de producción italiana, una de ellas *Scipione l'Africano*, proyectada en 1938, suscitó controversias por el boicot por parte de militantes comunistas, porque la obra exaltaba al imperialismo italiano a través de la glorificación de la antigua Roma. Entre las películas de ambientación mexicana que se veían en Italia, Juárez (1939) llamó la atención del público por la representación de la historia de Maximiliano de Habsburgo, personaje histórico bien conocido en Italia por su vinculación con el *Risorgimento*.

EPÍLOGO: LA GUERRA, LA RECONSTRUCCIÓN Y EL FINAL DEL SIGLO XX

La entrada de Italia en la guerra en 1940 lleva a un progresivo deterioro de las relaciones entre los dos países, ya que por entonces se estaban delineando dos bloques enfrentados: el Eje, por un lado, las potencias occidentales “democráticas”, por el otro. México optó por el bloque occidental desde la presidencia de Cárdenas (1934-40) y de manera más explícita con la presidencia de Ávila Camacho (1940-46). Durante la presidencia de este último se procedió a incautar bienes italianos, entre ellos ocho barcos anclados en el puerto de Tampico, que no habían podido regresar a tiempo a Italia por el estallido de la guerra. Dos de ellos, los buques petroleros *Genoano* y *Lucifero*, rebautizados *Faja de Oro* y *Potrero del Llano*, y hundidos después por submarinos alemanes en el Golfo de México, convirtiéndose en el *casus belli* para la declaración de guerra mexicana al Eje. Durante la guerra, los italianos fueron vigilados y restringidas sus actividades, varios terminaron reclusos en el campo de concentración de Perote, entre ellos, los marinos de los buques incautados en Tampico. Antes de cerrar en 1941 (por la ruptura de las relaciones), la Legación italiana dio la orden de disolver todos los *fasci* en territo-

rio mexicano. De todos modos, las actividades políticas fascistas fueron prohibidas durante el desarrollo del conflicto.

Con la derrota de Italia en 1943, se establecen de nuevo condiciones favorables para las relaciones entre los dos países. En 1946 se reanudan las relaciones diplomáticas. En las difíciles condiciones en que se encuentra Italia en ese momento —derrotada, hundida en la crisis económica, sumida en la incertidumbre política— México apoya los esfuerzos italianos para restablecer relaciones con los países latinoamericanos que Italia considera de suma importancia para reintegrarse en el sistema internacional posbélico. En ese mismo año ocurre la transición entre monarquía y república, con lo cual Italia y México comparten ahora regímenes republicanos y democráticos, y además una posición en el campo occidental en la incipiente *guerra fría*, sumándose al sistema de alianzas militares dominado por los Estados Unidos. Hasta 1949, Italia sigue manteniendo un fuerte interés por América Latina para recobrar fuerzas y establecer (o más bien restablecer) contactos y lazos internacionales; la emigración italiana a América Latina se reanuda y prosigue durante la década de 1950, aunque México ya no sea tocado por esta última oleada migratoria.

Con la reconstrucción y el despegue (*miracolo economico*) de la economía italiana en los años sesenta, se intensifican los intercambios económicos, a pesar de que México opte en ese entonces por el proteccionismo e Italia por el librecambismo. La industria y el *design* italiano se hacen más presentes que nunca en México, como el cine y la literatura italiana reciente. Los años sesenta son dorados para la economía y la cultura italiana y reverberan en las relaciones con México.

Como novedad, el turismo masivo comienza a cobrar importancia, impulsado por los viajes baratos y el creciente poder adquisitivo de la clase media en ambos países. Cesado el flujo migratorio italiano, los italianos y descendientes de italianos en México aceleran su integración en el crisol mexicano, incluso la comunidad de Chipilo, que prospera económicamente a partir de su agricultura intensiva.

Con el turismo y a través del cine, las series televisivas, los *cartoons*, la publicidad y la literatura, los italianos comienzan a conocer más México. Los llamados *spaghetti western* y, en general, la producción cinematográfica ambientada en el *far west* o en el México revolucionario difunden una imagen estereotipada de México entre el público italiano, así como las populares películas de la serie *Zorro*. El *cartoon* *Speedy González* —basado en un estereotipo mexicano— es también muy conocido en Italia. Más tarde, a partir de los años ochenta, algunas telenovelas mexicanas encuentran el favor del público italiano, actores como Anthony Quinn, Verónica Castro y Cantinflas llegan a tener notoriedad en Italia, y la publicidad de algunos productos (café, dulces y golosinas) a menudo echan mano a estereotipos mexicanos. Entre los escritores que escriben sobre México, destacan Italo Calvino y más tarde Pino Cacucci.

En la segunda mitad del siglo xx se observa un creciente interés —que ya existía antes— por las realizaciones de la cultura italiana en el campo de la literatura, la música y las ciencias sociales y políticas, observándose la popularidad de muchos autores italianos traducidos al castellano. En la antropología se puede destacar, por ejemplo, la influencia de autores como Ernesto De Martino; en las ciencias políticas destaca la difusión del pensamiento de intelectuales como Antonio Gramsci, Benedetto Croce y Norberto Bobbio (Berra, 1992). En las décadas setenta y ochenta, años de auge del pensamiento marxista, el “gramscismo” así como el desarrollo del marxismo italiano

en general, es objeto de estudio y aplicación en diversos ámbitos de la vida académica y social. Más tarde lo será el pensamiento posmoderno, con intelectuales como Gianni Vattimo. Cabe destacar que, a partir de 1965, se firman acuerdos bilaterales entre los dos países, que suponen el comienzo de una relación oficial de “diplomacia cultural”, lo que llevará a una regularización e intensificación de los intercambios y comunicación en ámbito académico y cultural, además de político y económico, mediante convenios, intercambios, becas, publicaciones, proyectos específicos y la actividad permanente de los institutos de cultura. En la estipulación de estos acuerdos se quiso remarcar nuevamente las “numerosas y fundamentales afinidades que existen entre México e Italia” que, más allá de la retórica y el protocolo, denotan la percepción persistente de que entre los dos países existe un conjunto de factores comunes, históricos y culturales, que son de suma importancia para corroborar y dar un sentido a las relaciones bilaterales (Branciforte, 2005: 287-288).

En fin, Italia siguió reverberando en México su cultura refinada, compleja y dinámica a lo largo de todo el siglo xx, siendo éste quizás su “artículo de exportación” más significativo, por encima de los productos industriales, el *design*, el estilo de vida, la producción cinematográfica, la ópera y la gastronomía. La popularización de “lo italiano” en México, sin embargo, se debe justamente a elementos como las películas, la comida, la canción, el deporte (sobre todo el fútbol) y los recuerdos de viaje de los cada vez más numerosos mexicanos de clase media que pueden permitirse un viaje a Europa. Las relaciones entre los dos países se han “democratizado”, por así decirlo, y pasan por una cantidad muy grande de actores grandes y pequeños, una multitud que ha aprendido a apreciar y conocer al “otro” dando consistencia y reconociendo, finalmente, esa afinidad “latina” que por mucho tiempo fue confinada en el ámbito de la retórica y del discurso oficial elitista.

REFERENCIAS

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación (AGN). Ciudad de México.

Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri (ASMAE). Roma.

BIBLIOGRAFÍA

Albonico, A. y G. Rosoli (1994). *Italia y América*. Madrid: MAPFRE.

Aliotti, C. (1912). *Le relazioni commerciali tra l'Italia e il Messico*. Suplemento del *Bollettino del Ministero degli Affari Esteri*, septiembre (pp. 425-459). Roma: Ministero degli Affari Esteri.

Barzini, L. (1925). *Sul mare dei Caraibi*. Milán: Fratelli Treves.

Berra, M. (1992). Sociologia e scienza politica in Messico. Le influenze culturali italiane. En F. Barbano et al. (1992). *Sociologia, storia e positivismo. Messico, Brasile, Argentina e l'Italia*. Milán: Franco Angeli.

Bevilacqua, P. A. De Clementi, E. Franzina (Coords.). (2001). *Storia dell'emigrazione italiana*, 2 tt. Roma: Donzelli Editore.

Branciforte, L. (2005). Las relaciones culturales y diplomáticas entre México e Italia (del siglo xvi al presente). *Studia Historica* 23: 269-296.

- Buchenau, J. (2001). Small Number, Great Impact: Mexico and Its Immigrants, 1821-1973. *Journal of American Ethnic History Spring*: 23-49.
- Callegari, G. (1923). *La mia escursione archeologica al Messico*. Verona: La Tipografica Veronese.
- (1931). Messico. En *Terra e nazioni*. Messico. *America Centrale e Arcipelago Colombiano*. Milán: Vallardi.
- Carrara, E. (1925). *Ventotto porti dell'America Latina fra Atlantico e Pacifico con la Regia Nave Italia*. Turín: Alberto Giani.
- Centurione, E. (1884). Il Messico, le sue colonie agricole e la coltura del caffè. Rapporto del R. Ministro Residente in Messico Marchese Enrico Centurione. *Bollettino del Ministero degli Affari Esteri* 23 (serie 1, agosto): 1-23.
- Cusi, E. (1969). *Memorias de un colono*. México: Editorial Jus.
- Checa-Artasu, M. M. y O. Niglio (Coords.) (2019). *Italianos en México. Arquitectos, ingenieros, artistas entre los siglos XIX y XX*. Roma: Aracne Editrice.
- D'Arpi, M. (1924). *Messico*. Bérgamo: Istituto Italiano d'Arti Grafiche, 1924.
- De Donno, F. (2019). *Italian Orientalism. Nationhood, Cosmopolitanism and the Cultural Politics of Identity*. Oxford: Peter Lang.
- Excelsior, (1 de marzo de 1923). Millares de italianos que vienen a colonizar el País. *Excelsior*.
- Franzina, E. (1976). *La grande emigrazione*. Venecia: Marsilio.
- González Navarro, M. (1960). *La colonización en México 1877-1910*. México: Talleres de Impresión de Estampillas y Valores.
- (1993). *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero, 1821-1970*, 3 vols. México: El Colegio de México.
- Incisa di Camerana, L. (2003). *Il grande esodo. Storia delle migrazioni italiane nel mondo*, 2 tomos. Milán: Corbaccio.
- Lancia, A. y F. Trentin (1903). *Patria*. México: Edición de la Colonia Italiana.
- Mapelli Mozzi, C. (2003). *Los italianos en México. Desde la conquista hasta la independencia*. México: Sociedad Dante Alighieri.
- Maranini, G. (1985). *Historia del poder en Italia, 1848-1967*. México: UNAM.
- Martínez Rodríguez, M. (2010). El proyecto colonizador de México a finales del siglo XIX: algunas perspectivas comparativas en Latinoamérica. *Secuencia* 76: 101-132.
- (2013). *Colonizzazione al Messico! Las colonias agrícolas de italianos en México, 1881-1910*. México: El Colegio de San Luis.
- Mitchell, J. M. (1986). *International Cultural Relations*. Londres: Allen & Unwin.
- Peconi, A. (1998). *Italiani in Messico: l'emigrazione attraverso i secoli*. México: Instituto Italiano di Cultura.
- Pureco Ornelas, A. (2010). *Empresarios lombardos en Michoacán. La familia Cusi entre el porfiriato y la posrevolución (1884-1938)*. Zamora: El Colegio de Michoacán / Instituto Mora.
- Romano, S. (1991). La cultura della politica estera italiana. En R.J. B. Bosworth y S. (Coords.). *La politica estera italiana, 1880-1985* (pp. 17-34). Bolonia: Il Mulino.
- Sabella, S. (1997). *IV Siglos de presencia italiana en Monterrey*. Monterrey: Ayuntamiento de Monterrey.
- Salazar Anaya, D. (2010). *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales, 1880-1914*. México: Centro de Estudios Migratorios-Instituto Nacional de Migración-Secretaría de Gobernación / INAH.
- Salazar Silva, E. (1937). *Las colonias extranjeras en México*. México: edición del autor.
- Salmoiraghi, A. (1922). Gli italiani a Messico, Italia e Messico. *Rivista bilingue illustrata di commercio e cultura* I(1): 7-9.

- Savarino, F. (2002a). Italia y el conflicto religioso en México (1926-1929). *Historia y Grafía* 18: 123-147.
- ____ (2002b). Bajo el signo del "Littorio". La comunidad italiana en México y el fascismo (1924-1941). *Revista Mexicana de Sociología* LXIV(2): 113-139.
- ____ (2003). *México e Italia. Política y diplomacia en la época del fascismo, 1922-1942*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- ____ (2006). En busca de un "eje" latino: la política latinoamericana de Italia entre las dos guerras mundiales. *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos A. Segreti* 6(6): 239-261.
- ____ (2006). Un pueblo entre dos patrias. Mito, historia e identidad en Chipilo, Puebla (1912-1943). *Cuicuilco* 13(34): 277-291.
- ____ (2009). El otro Garibaldi. Un emisario de Mussolini en México. En F. Savarino y A. Pinet (Coords.). *Movimientos sociales, Estado y religión en América Latina, siglos XIX y XX* (pp. 15-35). México: ENAH-INAH / SEP / Promep / AHCALC.
- ____ (2010). Fascismo en América Latina: la perspectiva italiana (1922-1943). *Diálogos* 14(1): 39-81.
- ____ (2011). Exilio y emigración italiana en México (1919-1945). En G. Di Stefano y M. Peters (Coords.), *México como punto de fuga real o imaginario: El exilio europeo en la víspera de la Segunda Guerra Mundial* (203-220). Múnich: Martin Meidenbauer.
- ____ (2012). Nacionalismo en la distancia: los italianos emigrados y el fascismo en México (1922-1943). *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea* 11: 41-70.
- ____ (2013a). El amanecer del fascismo: el periplo continental de la "Nave Italia" (1924). En F. Savarino y J. F. Bertonha (Coords.). *El fascismo en Brasil y América Latina: ecos europeos y desarrollos autóctonos* (pp. 69-75). México: INAH.
- ____ (2013b). Apuntes para una lectura paralela de dos revoluciones: México e Italia, 1911-1925. En F. Savarino y J. Chávez (Coords.). *Visiones históricas de la frontera. Cruce de caminos. Revoluciones y cambios culturales en México* (pp. 303-335). Ciudad Juárez: El Colegio de Chihuahua.
- ____ (2015). Apuntes sobre la inmigración italiana en México, 1881-1926. En P. Serrano Álvarez (Coord.). *Inmigrantes y diversidad cultural en México, siglos XIX y XX* (pp. 241-261). Pachuca: SEP-Conaculta / El Colegio del Estado de Hidalgo / Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo.
- ____ (2020a). Latinidad versus hispanidad: ¿otro referente cultural para el nacionalismo católico? En T. Hernández et al. (Coords.). *Activismo católico, acuerdos de paz y modus vivendi en México* (pp. 33-53). México: UAM Xochimilco.
- Savarino, F. y A. Mutolo (2007). *Los orígenes de la Ciudad del Vaticano. Estado e Iglesia en Italia, 1913-1943*. México: IMDOSOC.
- Savarino, F. y B. Zuccala (2020). Orienting the Occident Italian Travel and Migrant Writing in Mexico (1890-1932). *Annali di Ca' Foscari. Serie occidentale* 54: 87-120.
- Scarzanella, E. (Comp.) (2007). *Fascistas en América del Sur*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Spindola Zago, O. (2020). Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer a los italianos. El aparato educativo transnacional del régimen fascista italiano, 1922-1945. *Historia Mexicana* LXIX (3): 1189-1246.
- ____ (2022). *Labor omnia vincit. Chipilo, entre el fascismo transnacional y el estado posrevolucionario, 1907-1982*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores / BUAP.
- Trento, A. (1994). Il Brasile, gli immigrati e il fenomeno fascista. En Blengino Vanni (Ed.). *La riscoperta delle Americhe. Lavoratori e sindacato nell'emigrazione italiana in America Latina, 1870-1970* (pp. 250-264). Milán: Teti Editore.

- Zago, J. A. (1982). *Breve historia de Chipilo*. Chipilo: s. e.
- ____ (1998). *Los Cuah'tatarame de Chipíloc*. Puebla: s. e.
- ____ (2002). *Chipilo. 120° aniversario*. Chipilo: s. e.
- Zilli Manica, J. B. (1981). *Italianos en México. Documentos para la historia de los colonos italianos en México*. Xalapa: Ediciones Concilio.
- ____ (1986). *Braceros italianos para México. La historia olvidada de la huelga de 1900*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- ____ (1997). *La Villa Luisa de los italianos. Un proyecto liberal*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Villa, O. (1933). *L'America Latina problema fascista*. Roma: Nuova Europa.

ARTEFACTOS MESOAMERICANOS EN LA ITALIA DE LA PRIMERA EDAD MODERNA

—●—
Davide Domenici

Dipartimento di Storia Culture Civiltà, Università di Bologna

INTRODUCCIÓN

Italia tuvo un papel peculiar en la colonización de las Américas. Todos solemos asociar los nombres de exploradores italianos como Cristóbal Colón, Américo Vespucio o Juan de Verrazano al “descubrimiento” del “Nuevo Mundo”. Sin embargo, aun siendo italianos, todos ellos viajaron al servicio de otras potencias europeas. De hecho, a lo largo de la edad moderna las numerosas entidades políticas italianas —no obstante su florecimiento artístico y cultural— eran demasiado pequeñas para poder competir con las grandes formaciones imperiales de España, Portugal, Inglaterra y Francia en el escenario político global. El fracaso del único plan de colonización de una región de Suramérica por parte de los Medici de Florencia en 1608-1609 es un ejemplo de esta debilidad intrínseca de los señoríos italianos y de su marginalidad en la experiencia colonial en las Américas.

Por otro lado, el importante desarrollo cultural italiano en el Renacimiento y la presencia en la península de la urbe capital del catolicismo hicieron que Italia jugara un papel clave en términos de recepción y circulación europea de las noticias sobre el Nuevo Mundo. Roma, de hecho, fue un verdadero catalizador para misioneros y viajeros que habían estado en las Américas y los intelectuales italianos se empeñaron constantemente en coleccionar y publicar informaciones procedentes de las lejanas tierras americanas, como atestigua la intensa actividad editorial que se dio en ciudades como Roma y Venecia. El hecho de que textos clave como el *Itinerario* de Juan Díaz (1520) o la *Relación* del llamado Conquistador Anónimo (1556) se conozcan solamente en sus tempranas versiones italianas es prueba de la vitalidad y relevancia del panorama editorial italiano en el siglo xvi.¹

Un aspecto menos conocido del peculiar papel jugado por la península italiana —o, cuando menos, sólo marginalmente estudiado hasta hace unos años— es lo que se refiere a la temprana llegada a Europa de artefactos indígenas mesoamericanos. A este tema dedicaremos las líneas que siguen, sintetizando los resultados de investigaciones

¹ Sobre Italia y el Nuevo Mundo en la primera edad moderna véase Horodowich y Markey (2017), en donde el lector podrá encontrar referencias a la abundante literatura previa sobre el tema. Sobre las relaciones culturales entre Italia y México, véase Benzoni (2004).

recientes y tratando de demostrar que sus implicaciones van mucho más allá del ámbito de la historia de las colecciones, llegando a esclarecer aspectos relativos a la producción de cultura material en los contextos indígenas originarios.

LOS ENVÍOS DE LOS CONQUISTADORES Y LAS ESFERAS DE CIRCULACIÓN EUROPEA DE ARTEFACTOS MESOAMERICANOS

Cuando pensamos en el temprano envío de artefactos mesoamericanos a Europa, lo primero que por necesidad nos viene a la mente son los ricos presentes que conquistadores como Juan de Grijalva y Hernán Cortés enviaron a España, detalladamente registrados en una gran cantidad de documentos de la época.² Dichos envíos activaron una esfera de circulación que, desde España, se amplió hacia otros dominios europeos de la casa de Austria (Bruselas, Viena, etc.) y, si bien de manera marginal, a Italia. El efecto que los maravillosos artefactos mesoamericanos tuvieron sobre los observadores europeos, registrado en textos como los de Pedro Mártir de Angleria (otro italiano que tuvo un papel clave en la difusión de las noticias sobre América), de los embajadores venecianos en la corte de España, o del artista Alberto Durero, se ha vuelto proverbial. Sin embargo, y por desgracia, una cantidad mínima de los artefactos enviados por los conquistadores se ha preservado hasta hoy en día en países como Austria y Alemania, mientras que ni un solo objeto existe en colecciones españolas.³

Por otro lado, abundantes (y cualitativamente extraordinarios) fueron los artefactos mesoamericanos atesorados en colecciones italianas de la primera edad moderna,⁴ muchos de los cuales se preservan hasta hoy en día en museos de Italia, Gran Bretaña, Dinamarca y Alemania. Como ejemplo de ello baste pensar que cuando menos cinco de los doce o trece códices prehispánicos hoy conocidos estuvieron en Italia, así como la gran mayoría de los mosaicos de turquesa que se han vuelto piezas icónicas del arte mesoamericano.

Hasta hace algunos años, no se tenía idea de cómo una tal cantidad de “tesoros” mesoamericanos había llegado a la península italiana, así que los investigadores a menudo han avanzado hipótesis que en la mayoría de los casos suponían —sin algún respaldo documental— una procedencia española (y, por lo tanto, ultimadamente, de los envíos de los conquistadores), a través de los nexos que familias italianas, como los Medici, tuvieron con la corte de España.

Si bien los debatibles intentos de hacer remontar a los envíos cortesianos los objetos de las antiguas colecciones italianas siguen a veces vigentes (Cabello Carro, 2018),

² Las fuentes primarias sobre los envíos de los conquistadores son demasiadas para ser enumeradas aquí en detalle, así que remitimos a algunos trabajos recientes en donde dichas fuentes se enumeran y discuten. Sobre el envío de Juan de Grijalva véase Escutia Sánchez (2020: 113-134). Sobre los envíos cortesianos, véase Russo, “Cortés’s objects and the idea of New Spain. Inventories as spatial narratives”, *Journal of the History of Collections*, 23(2): 11-24. Para un análisis general de la esfera de circulación iniciada por los envíos de los conquistadores, véase Domenici (en prensa a).

³ La literatura sobre los objetos americanos en las antiguas colecciones de Europa central y oriental es abundante. Véanse, entre otros: Bleichmar (2011, 2012, 2021); Bujok (2009); Feest (1990, 1995, 2012, 2015); Heikman (1970); Keating y Markey (2011) MacDonald (2002); Meadow, 2009; Nowotny (1960); Shelton (1994); Yaya (2008).

⁴ Sobre artefactos americanos en antiguas colecciones italianas, véase: Aimi (2022: 127); Domenici (2017: 336-337; 2022: 86-91; en prensa a, en prensa b; Heikamp, 1972, 1976; Laurencich Minelli, 1985: 17-23; 1992, 2006: 117-130; Markey, 2016; Turpin, 1994: 83-117). Para ulteriores referencias sobre los objetos de procedencia dominica, véase más abajo.

en años recientes la reconsideración de fuentes del siglo xvi —empezada en un fundamental trabajo de Massimo Donattini, seguida por Laura Laurencich Minelli y quien escribe— ha llevado a un nuevo entendimiento de los procesos de recepción europea de artefactos mesoamericanos y a la definición de por lo menos dos esferas de circulación, a veces interconectadas pero sustancialmente distintas.

En cuanto a la mencionada esfera de circulación “cortesiana”, los eventos históricos registrados, que pudieron haber ocasionado la llegada a Italia de artefactos mesoamericanos procedentes de los envíos de los conquistadores, son pocos y escasamente conocidos. El primero es el supuesto regalo del códice mixteco conocido como *Codex Vindobonensis*, que el rey de Portugal, Manuel I, hubiera hecho al cardenal Giulio de’ Medici (futuro papa Clemente VII) antes de 1521, año de muerte del monarca portugués: sin embargo, la fecha extremadamente temprana del evento, registrada en una tardía nota manuscrita, ha suscitado muchas sospechas y según varios investigadores (incluyendo quien escribe) pudiera tratarse de un error (Domenici, en prensa a). Un segundo evento fue la embajada que Hernán Cortés envió a Roma en 1529, durante la cual se entregaron al papa Clemente VII unos artefactos descritos en las fuentes, de manera muy somera, como “piedras ricas e joyas de oro” (Díaz del Castillo, 1991) y como “pequeñas imágenes de oro” (Giovio, 1551: 307). El humanista italiano Paolo Giovio, quien presenció la llegada de la embajada en 1529, más tarde escribió haber obtenido de Cortés (en cuando menos dos ocasiones desconocidas, una probablemente fechada entre 1533 y 1535 y la segunda quizás posterior a 1542) un códice y un corazón de jade; el mismo Giovio poseía “dos cobijas de plumas y una sonaja indiana”, de procedencia desconocida (Domenici, en prensa a).

Dada la relación de los eventos que acabamos de mencionar con las actividades de Cortés, es probable que la gran mayoría de los artefactos llevados a Italia en aquellas ocasiones procedieran de la Cuenca de México y quizás de la región de Tlaxcala.

Si bien no relacionados con la esfera de circulación cortesiana, también de la Cuenca de México fueron probablemente los mosaicos de pluma, las piedras preciosas y el “ídolo” de Tezcatlipoca que frailes franciscanos enviaron a Bolonia, así como atestigua una carta de 1541-42 escrita por Francisco de Bolonia o Francesco Allé (1991; Donattini, 2017).

Finalmente, vale la pena mencionar que Gonzalo Fernández de Oviedo parece haber enviado a Venecia, quizás alrededor de 1546, dos códices de procedencia desconocida, regalándolos a Girolamo Fracastoro y Giovanni Battista Ramusio (1565: 11-12). Lo escueto de la mención textual de este evento impide cualquier hipótesis sobre su relación con las esferas de circulación que aquí se discuten.

LOS DONES DOMINICOS

El panorama de los eventos arriba descritos ha sido enriquecido en fecha reciente gracias al estudio de fuentes dominicas, en donde se registran dos acontecimientos de importancia fundamental para definir una segunda esfera de circulación de artefactos mesoamericanos en el siglo xvi, centrada en la península italiana y justamente ocasionada por dones llevados por frailes dominicos.

El primer acontecimiento fue revelado por el historiador italiano Massimo Donattini, quien por primera vez se dio cuenta de la relevancia de lo relatado por el historiador

dominico Leandro Alberti en su *Historie di Bologna*, en donde registró en detalle la llegada en Bolonia, el 3 de marzo de 1533, de un anónimo dominico quien trajo a Clemente VII un rico regalo de artefactos del Nuevo Mundo, el cual incluía cobijas y vestimentas de plumas, máscaras cubiertas de mosaico, cuchillos sacrificiales con mangos incrustados de turquesa, cuchillos con “navajas para afeitar” (navajas de obsidiana) y manuscritos pintados (Donattini, 2008). Estudios sucesivos de quien escribe permitieron identificar al anónimo dominico como Domingo de Betanzos y averiguar que el mismo fraile ya se había encontrado con Clemente VII en Roma en 1532, cuando le ofreció otro rico presente de artefactos indígenas, someramente descrito por el dominico Agustín Dávila Padilla en 1596 (Domenici, 2014; Domenici y Laurencich Minelli, 2014).

El segundo evento, quizá fechado hacia 1564, fue la llegada a Roma de otro sacerdote dominico quien trajo un grupo de artefactos detalladamente descritos en una anónima fuente italiana de la época, titulada *Descrittione dell’India occidentale* (Domenici, 2017). Entre los objetos llevados a Roma en esta ocasión, hubo un instrumento musical realizado con un fémur humano (del tipo conocido en náhuatl como *omichichuaxtli* y hoy preservado en el Museo delle Civiltà di Roma) y un cráneo cubierto de mosaico, ambos procedentes del reino mixteco de Tututepec (Domenici, 2016a, en prensa c). Es posible que a este segundo evento se relacione también la llegada a Italia del manuscrito colonial conocido como Códice Vaticano A (Ms. Vat. Lat. 3738, Biblioteca Apostolica Vaticana) (Domenici, 2018).

Los registros de los dones dominicos resultan de extrema relevancia por una serie de razones. En primer lugar, atestiguan —como se dijo— la existencia de una esfera de circulación de artefactos mesoamericanos independiente de la iniciada por los conquistadores y centrada en la península italiana, donde residían los pontífices y cardenales a quienes los dones dominicos estaban destinados. En segundo lugar, dejan entrever la progresiva elaboración de un discurso teológico dominico sobre la cultura material indígena, inspirado por los escritos de Bartolomé de Las Casas, el cual veía en la complejidad técnica de los artefactos la prueba del hecho de que los indígenas estaban dotados de ingenio y, por lo tanto, racionales y convertibles (Domenici, 2017, 2020, 2021). En tercer lugar, la tipología de los artefactos mencionados en las fuentes corresponde de manera muy precisa con aquella de los objetos preservados hasta hoy en día, demostrando así que los afamados “tesoros” de arte mesoamericana que mencionamos al principio de este texto derivan precisamente de esta esfera de circulación dominica. Antes de profundizar lo que el análisis tipológico y estilístico de los objetos llevados a Italia por los dominicos, conjugado con el estudio de su distribución en las colecciones de la península, nos puede decir sobre sus orígenes y formas de apropiación, es preciso resumir lo que sabemos de sus posteriores biografías culturales.

LA VIDA ITALIANA DE LOS ARTEFACTOS MESOAMERICANOS Y SU TARDÍA DISPERSIÓN EN EUROPA

El hecho de que en España se hayan perdido todos los artefactos enviados por Cortés, mientras que en Italia se hayan conservado muchos de los objetos llevados por los dominicos se debe probablemente a una multiplicidad de factores. Sin duda, un factor de gran relevancia fue la existencia, en la Italia de los siglos XVI y XVII de una red de mu-

seos de arte —surgidos como consecuencia del “redescubrimiento de la antigüedad” que se dio en el marco cultural del humanismo renacentista—, así como de colecciones de historia natural creadas por médicos e investigadores que se dedicaban a estudiar especímenes naturales y artificiales procedentes de todas las regiones del mundo entonces conocido. En Bolonia, por ejemplo, algunos de los artefactos llevados por Betanzos acabaron en las colecciones de arte de Giovanni Achillini y de las familias Paleotti y Zani, mientras que otros entraron en extraordinarios museos creados por Antonio Giganti y por el naturalista Ulisse Aldrovandi, quien poseyó por lo menos trece artefactos mesoamericanos, la gran mayoría de ellos heredados de la colección Giganti. Ya entrado el siglo xvii, otros de los objetos llevados por Betanzos aparecieron en el museo del tipo “cámara de las maravillas” creado por el marqués Ferdinando Cospi. En Florencia, otros objetos de procedencia dominica se atesoraron en las extraordinarias colecciones de la familia Medici, mientras que en Roma algunos de ellos estaban en posesión del coleccionista de arte Tommaso de’ Cavalieri y en el acervo de la Biblioteca Apostolica Vaticana. Siempre en Roma, en el siglo xvii, los artefactos de procedencia dominica se preservaron en colecciones de arte como la de la familia Giustiniani o en museos de “cosas raras y extranjeras” como el organizado por el cardenal Flavio Chigi. Esta compleja red de coleccionistas y museos hizo que se dieran las condiciones para que los objetos mesoamericanos se preservaran a lo largo de los siglos, muchas veces quedando en las mismas colecciones hasta entrado el siglo xix. Especial fue el caso boloñés, ya que los museos Aldrovandi y Cospi (donados a la ciudad por sus creadores) fueron trasladados en 1742-43 al Istituto dell’Accademia delle Scienze, institución que protegió el carácter público de sus colecciones hasta principios del siglo xix. Si en el caso de Bolonia los artefactos quedaron después en otras colecciones públicas de la ciudad hasta finales del siglo xix, cuando fueron trasladados al recién creado Real Museo Nazionale Preistorico ed Etnografico en Roma (hoy Museo delle Civiltà), el destino de las colecciones privadas de Florencia y Roma fue diferente. Solamente una máscara de la colección Medici fue trasladada al mismo museo romano, mientras que muchos otros objetos fueron vendidos al extranjero después de la invasión francesa y de las consecuentes reformas jurídicas que permitieron la alienación de los bienes de conventos y familias nobles. Fue así como códices y mosaicos acabaron en Inglaterra (Colección Christy/ British Museum), en Dinamarca (Museo Nacional de Dinamarca en Copenhague) y en Alemania (Castillo de Friedenstein, Gotha), donde hoy se preservan (Domenici, 2016b, 2016a, 2017, 2018, 2022, en prensa d, en prensa e, Domenici y Laurencich Minelli, 2014; Domenici y Nielsen, 2018; Domenici y Dupey García, 2021).

ESTILO, DISTRIBUCIÓN Y AFILIACIÓN CULTURAL DE LOS OBJETOS LLEVADOS POR LOS DOMINICOS

Como se comentó al principio del texto, muchos de los artefactos mesoamericanos llevados a Italia por los dominicos son testimonios de enorme relevancia, cuya fama trasciende por mucho los límites del ámbito académico: códices como el Borgia o el Cospi, el mosaico en forma de serpiente bicéfala hoy en el British Museum o las máscaras hoy en el Museo delle Civiltà di Roma se han vuelto íconos del arte mesoamericano a nivel global. Sin embargo, su exacta procedencia y afiliación cultural es desconocida, objeto de debate entre los mesoamericanistas desde hace siglos, como comprueban

fórmulas como “azteca/mixteca” o “Mixteca-Puebla”, comúnmente empleadas en textos académicos y catálogos de exposiciones.

En un trabajo reciente (Domenici, 2022) he observado que, de los 24 mosaicos mesoamericanos atesorados en antiguas colecciones europeas, 16 estuvieron seguramente en Italia y dos más (cuya historia anterior al siglo xix es desconocida) quizá tienen el mismo origen; a estas 18 piezas debemos añadir por lo menos un cuchillo con mango incrustado que fue reproducido en una xilografía en el siglo xvii, hoy perdido. Analizando en detalle los rasgos estilísticos y materiales de las 19 piezas fue posible distinguir tres grupos distintos y bien diferenciados:

Grupo 1: se compone de mosaicos realizados con una gran variedad de materiales como son turquesa, malaquita, *Spondylus*, *Strombus*, concha nácar (*Pinctada mazatlanica*), lignita y quizás oro, lo cual otorga a los mosaicos una notable policromía. Los mosaicos del grupo se caracterizan por emplear unos elementos codificados como grupos de teselas circulares de diferentes colores o un distintivo motivo que alterna bandas verticales blancas y negras, quizás empleados para significar propiedades materiales como preciosidad y brillo. Desde el punto de vista iconográfico, los mosaicos representan entidades divinas que —cuando reconocibles— se asocian con el culto a Quetzalcóatl, como son el dios del viento Ehécatl, el dios cándido Xólotl o el dios de los mercaderes Yacatecuhtli. En varios casos se observan notables semejanzas con rasgos presentes en códices del llamado Grupo Borgia, como son el epónimo Códice Borgia, el Cospi y el Fejérváry-Mayer. Los mosaicos que pertenecen a este grupo son: Máscara de Yacatecuhtli (MUCIV, Roma); cabeza de pájaro (Friedenstein Schloss, Gotha); cabeza de Xólotl (Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague) (Figura 1); cabeza animal con cara humana en el hocico (Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague); mango de cuchillo antropomorfo (MUCIV, Roma); mango de cuchillo zoomorfo (MUCIV, Roma); cuchillo con mango antropomorfo (British Museum, Londres); cuchillo con mango antropomorfo (perdido, antiguamente en posesión de Jacob Gaffarel); jaguar bicéfalo (Berlin Ethnologisches Museum, hoy perdido); tocado con “cuernos” (British Museum); jaguar con “copa” en la espalda (British Museum, Londres). En cuanto a su distribución en antiguas colecciones italianas, los mosaicos del Grupo 1 se encontraban originalmente en Roma (colecciones Giustiniani), Bolonia (colecciones Giganti, Aldrovandi, Zani y Cospi) y Venecia (colección Gaffarel y otra desconocida).

Grupo 2: los mosaicos pertenecientes al segundo grupo se caracterizan por el uso de un menor número de materiales (turquesa, *Spondylus*, *Strombus*, concha nácar y oro), con una clara prevalencia de la turquesa que los torna a veces casi “monocromos”. Todos los mosaicos del grupo utilizan unos nódulos de turquesa, pulidos pero no cortados, que emergen de la superficie plana del mosaico, quizás para incrementar el dinamismo visual de la superficie cuando interactúa con la luz. Desde el punto de vista iconográfico, por lo menos uno de los mosaicos parece representar a la diosa mixteca 9 Caña (también representada, de forma idéntica, en una máscara encontrada en Santa Ana Teloxtoc, Puebla, junto con materiales mixtecos). En la misma máscara se observa otro elemento (la cola de la serpiente de fuego en forma de cuchillo sacrificial) que apunta claramente hacia la iconografía mixteca. Los mosaicos pertenecientes a este grupo son: serpiente bicéfala (British Museum, Londres); máscara antropomorfa (British Museum, Londres); máscara con serpientes (British Museum, Londres); máscara antropomorfa (MUCIV, Roma); escudo (British Museum, Londres); cabeza de jaguar (Berlin Ethnologisches Museum, hoy perdida). En cuanto a su distribución en antiguas



Figura 1. Cabeza del dios Xolotl. Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague.
Fotografía de Roberto Fortuna. ©Nationalmuseet, Copenhague.

colecciones italianas, los mosaicos del Grupo 1 se encontraban originalmente en Roma (colección Massimo) y Florencia (colecciones Medici, Demidoff y por lo menos otra desconocida).

Grupo 3. Este grupo se compone de un solo objeto, mencionado en la *Descrittione dell'India occidentale* y procedente de Tututepec (Mixteca de la Costa), es decir, el fémur / instrumento musical hoy en el Museo delle Civiltà. Recientemente pudimos encontrar una descripción de otro objeto mencionado en la misma fuente, esto es, un cráneo cortado en su parte superior y cubierto de mosaico (Domenici, en prensa c). Por desgracia, el mosaico que originalmente cubría la cabeza del fémur se ha perdido casi por completo, ya que sólo quedan unas cuantas teselas de *Spondylus* y obsidiana. En cambio, en la descripción que Ulisse Aldrovandi hizo del cráneo que pudo observar en Roma en 1577 se mencionan teselas verdes, rojas, amarillas (quizás turquesa, *Spondylus* y concha nácar). Estos datos escuetos representan todo lo que sabemos de mosaicos procedentes de la Mixteca de la Costa. Ambas piezas del Grupo 3 se encontraban en antiguas colecciones romanas: el cráneo en la colección de Tommaso de' Cavalieri (1577) y el fémur en la colección de Flavio Chigi (segunda mitad del siglo xvii).

En síntesis, el análisis de los tres grupos de mosaicos ha llevado a las siguientes conclusiones: el Grupo 1, originalmente conservado en colecciones de Roma, Bolonia y Venecia, por sus afinidades con los códices del Grupo Borgia puede adscribirse a grupos nahuas orientales del Valle de Puebla; el Grupo 2, conservado en colecciones de Roma y Florencia, por razones iconográficas puede interpretarse como procedente de la Mixteca (quizás Mixteca Baja por la afinidad con una máscara de Santa Ana Teloxtoc); el Grupo 3, conservado en colecciones romanas, procede seguramente de la Mixteca de la Costa. Si observamos la distribución de los cinco códices prehispánicos que estuvieron en colecciones italianas, podemos observar un patrón de sumo interés: los códices del Grupo Borgia (Borgia, Vaticano A y Cospi) estuvieron (y están todavía) en colecciones de Roma y Bolonia (así como los mosaicos del Grupo 1), mientras que los códices mixtecos (Vindobonensis y Nuttall) se preservaban en colecciones de Roma y Florencia (como los mosaicos del Grupo 2). Esta significativa distribución geográfica me ha llevado a proponer que:

- Los mosaicos del Grupo 1 y los códices del Grupo Borgia fueron llevados a Roma y Bolonia por Domingo de Betanzos en 1531-33. Su posible procedencia del Valle de Puebla es coherente con el hecho de que se trata de un área en donde fue intensa la actividad misionera dominica a principio de la década de 1530.
- Los mosaicos del Grupo 2 y los códices mixtecos fueron llevados a Italia en una ocasión desconocida, quizás por el mismo Betanzos o por otro dominico cuyo viaje no está registrado en la documentación conocida. La procedencia dominica es sugerida por el hecho de que el Códice Nuttall se conservaba en el convento dominico de San Marco en Florencia. Otra vez, una procedencia de Oaxaca sería coherente con el hecho de que fue una región de intensa actividad dominica.
- El Grupo 3 fue llevado en Roma, probablemente en 1564, por un dominico que había estado en la Mixteca de la Costa (tentativamente identificado con Juan de Córdova).

La hipótesis que acabamos de avanzar es, por supuesto, provisional y en cierta medida especulativa; sin embargo, es evidente que el estudio conjunto de aspectos estilísticos,

iconográficos y de historia de las colecciones proporciona datos de sumo interés para tratar de contestar preguntas fundamentales sobre la procedencia y adscripción cultural de artefactos icónicos como son los mosaicos y los códices.

CONCLUSIÓN

El estudio de la circulación transatlántica de artefactos indígenas mesoamericanos en la primera edad moderna —que, vale la pena remarcarlo, se inscribe en el más amplio fenómeno de la violenta apropiación de múltiples productos de las culturas indígenas en el contexto colonial— nos ha llevado a identificar una específica esfera de circulación, iniciada por los dominicos a partir de la década de 1530 y centrada en la península italiana. La comparación con la mejor conocida esfera de circulación cortesiana nos ha llevado a identificar especificidades y características de cada una en términos de extensión geográfica, cronología y tipología de artefactos. Se ha visto, por ejemplo, cómo objetos mexicanos y/o de la Cuenca de México predominaron en la esfera de circulación cortesiana, mientras que estaban totalmente ausentes en la esfera de circulación dominica, dominada por materiales nahuas orientales y mixtecos.

Entrando en el contexto de los círculos de los coleccionistas italianos, muchos de los artefactos mesoamericanos fueron estudiados y preservados hasta hoy en día, cosa que muy raramente sucedió con los objetos enviados por Cortés a España y, de allí, a otros países europeos.

Con esta síntesis de las investigaciones recientes sobre el tema de la circulación de artefactos, espero haber demostrado la relevancia de las “relaciones materiales” entre Italia y México en la primera edad moderna, así como de sus efectos sobre la siguiente tradición de estudios académicos. Se trata de un tema que merece ulteriores investigaciones y cuyo desarrollo nos permitirá ahondar todavía más en la variedad y complejidad de las relaciones que desde el siglo xvi unieron a nuestros dos países.

REFERENCIAS

- Allé, F. (da Bologna, F.) (1991). Lettera del reverendo padre Francesco da Bologna... En P. Collo y P. L. Crovetto (Eds.). *Nuovo Mondo. Gli italiani* (pp. 436-438). Turín: Einaudi.
- Aimi, A. (2022). América en las colecciones de Italia septentrional de los siglos xvi-xvii y el problema de la evaluación de las colecciones. *HISTOIRE(S) de l'Amérique latine*, 15: art 2.
- Benzoni, M. M. (2004). *La cultura italiana e il Messico. Storia di un'immagine da Temistitan all'indipendenza (1519-1821)*. Milán: Unicopli.
- Bleichmar, D. (2011). Seeing the World in a Room: Looking at Exotica in Early Modern Collections. En D. Bleichmar y P. C. Mancall (Eds.). *Collecting across Cultures: Material Exchanges in the Early Modern Atlantic* (pp. 15-30). Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- (2021). The Cabinet and the World: Non-European Objects in Early Modern European Collections. *Journal of the History of Collections* 33(3): 435-445.
- Bujok, E. (2009). Ethnographica in early modern Kunstkammern and their perception. *Journal of the History of Collections* 21(1): 17-32.
- Cabello Carro, P. (2018). Las colecciones perdidas de Cortés y Pizarro. Descubriendo un Museo Real desaparecido. En A. Carretero Pérez, C. Papí Rodes y G. Ruiz Zapatero (Eds.). *Arqueo-*

- logía de los museos: 150 años de la creación del Museo Arqueológico Nacional* (pp. 977-996). Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.
- Díaz del Castillo, B. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Madrid: Alianza Editorial.
- Domenici, D. (2014). Cose dell'altro mondo: nuovi dati sul collezionismo italiano di oggetti messicani tra xvi e xvii secolo. En S. de Maria y M. Parada López de Corselas (Eds.). *L'Impero e le Hispaniae. Da Traiano a Carlo V. Classicismo e potere nell'arte spagnola* (pp. 471-483). Bologna, Bononia University Press.
- (2016a). The wandering “Leg of an Indian King”. The cultural biography of a friction idiophone now in the Pigorini Museum in Rome, Italy. *Journal de la Société des Américanistes* 102: 79-104.
- (2016b). Nuovi dati per una storia dei codici messicani della Biblioteca Apostolica Vaticana. *Miscellanea Bibliothecae Apostolicae Vaticanae*, XXII: 341-362.
- (2017a). The Descrittione dell'India occidentale, a Sixteenth-Century Source on the Italian Reception of Mesoamerican Material Culture. *Ethnohistory* 64: 497-527.
- (2017b). Missionary Gift Records of Mexican Objects in Early Modern Italy. En E. Horodowich y L. Markey (Eds.). *The New World in Early Modern Italy, 1492-1750* (pp. 86-102). Cambridge: Cambridge University Press.
- (2017c). Maschera litica da Teotihuacan (Messico). En V. Conticelli, R. Gennaioli, M. Sframeli (Eds.). *Leopoldo de' Medici, principe dei collezionisti* (pp. 336-339). Florencia: Gallerie degli Uffizi / Sillabe.
- (2018). Códices mesoamericanos en la Italia de la primera edad moderna: historia y recepción. En J. J. Batalla Rosado, J. L. de Rojas, L. Pérez Lugones (Eds.). *Códices y cultura indígena en México. Homenaje a Alfonso Lacadena García-Gallo* (pp. 351-375). Madrid: Distinta Tinta Ediciones.
- (2020). Otros ingenios. Propiedades materiales de artefactos mesoamericanos en textos dominicos del siglo xvi. En M. Parada López de Corselas y L. M. Palacios Méndez (Eds.). *Arte y globalización en el mundo hispánico de los siglos xv al xvii* (pp. 389-406). Granada: Universidad de Granada.
- (2021). The Dominicans as Conveyors of Mesoamerican Objects to Italy and Europe. *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*. doi: <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199366439.013.967>.
- (2022a). I mondi extraeuropei nelle collezioni Farnese. En S. Verde (Ed.). *I Farnese. Architettura, arte e potere* (pp. 86-91). Milán: Electa.
- (2022b). Rediscovery of a Mesoamerican greenstone sculpture from the collection of Ulisse Aldrovandi. *Journal of the History of Collections* 34(1): 1-21.
- (2022c). Mesoamerican Mosaics in Early European collections. Style, Provenance and Provenience. *Estudios de Cultura Náhuatl* 59: 8-65.
- (En prensa a). The Transatlantic Journeys of pre-Hispanic Mesoamerican Things: Sixteenth-Century Italian Circulation Spheres and Their Implications in Terms of Style, Typology and Provenience. En Sanja Savkić Šebek y Rex Koontz (Eds.). *The Challenge of Mobile Images and Objects in Mesoamerica*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut.
- (En prensa b). The Grand History of a Small Collection. American Objects from the Farnese and Borgia collections at the Museo Nazionale di Capodimonte (Naples, Italy). En V. Solanilla (Ed). *Functions of European Museums with American Collections*. Cracovia: Contributions to New World Archeology.
- (En prensa c). Mixtec Social Memory in Late Renaissance Rome. Ulisse Aldrovandi, Tommaso de' Cavalieri, and the “Skull of an Indian King”. *Ethnohistory*.

- (En prensa d). Handling sacrifice. Reception and perception of Mesoamerican knives in early modern Italy. En S. Brevaglieri (Ed.). *Missionary objects and collecting (16th-20th centuries)*. *Quaderni Storici*.
- (En prensa e). From the market to the museum. Nineteenth-century circulation, display and scholarly study of Mesoamerican artifacts in Italy and beyond. En A. D. Turner, M. E. O'Neil y M. H. Robb (Eds.). *Collecting Mesoamerican Art Before 1940*. Los Angeles: Getty Research Institute.
- Domenici, D. y L. Laurencich Minelli (2014). Domingo de Betanzos' Gifts to Pope Clement VII in 1532-1533: Tracking the Early History of Some Mexican Objects and Codices in Italy. *Estudios de Cultura Náhuatl* 47: 169-209.
- Domenici, D. y J. Nielsen (2018). The Face of Xolotl: A Unique Mosaic-covered Object in the National Museum of Denmark. *Mexicon* XL(5): 122-134.
- Domenici, D. y É. Dupey García. (2021). The Wind God and the Descent of the Tzitzimitl. New Insights on the Iconography and Provenance of the Mosaic-Encrusted Bird Head at the Friedenstein Palace, Gotha (Germany). *Ancient Mesoamerica* 33(3): 474-499.
- Donattini, M. (2008). Il mondo portato a Bologna: viaggiatori, collezionisti, missionari. En R. Zangheri (Ed.). *Storia di Bologna*, vol. III, Adriano Prosperi (Ed.). *Bologna nell'Età Moderna*, t. 2, *Cultura, istituzioni culturali, Chiesa e vita religiosa* (pp. 537-682). Bologna: Bologna University Press.
- (2017). Three Bolognese Franciscan Missionaries in the New World in the Early Sixteenth Century. En E. Horodowich y L. Markey (Eds.). *The New World in Early Modern Italy, 1492-1750* (pp. 63-85). Cambridge: Cambridge University Press.
- Escutia Sánchez, E. (2020). Antes de Cortés: la historia de los primeros objetos preciosos de Motecuzoma que llegaron al rey Carlos I de España. En F. Quiles, P. F. Amador y M. Fernández (Eds.). *Tornaviaje. Tránsito artístico entre los virreinos americanos y la metrópolis* (pp. 111-134). Santiago de Compostela: Andavira.
- Feest, Ch. (1990). Vienna's Mexican Treasures. Aztec, Mixtec, and Tarascan Works from 16th Century Austrian Collections. *Archiv für Völkerkunde* 45: 1-64
- (1995). The Collecting of American Indian Artifacts in Europe, 1493-1750. En Karen O. Kupperman (Ed.). *America in European Consciousness, 1493-1750* (pp. 324-360). Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- (2012). Mexican Turquoise Mosaics in Vienna. En J. C. H. King et al. (Eds.). *Turquoise in Mexico and North America* (pp. 103-116). Londres: Archetype.
- (2015). Mexican Featherwork in Austrian Habsburg Collections. En A. Russo, G. Wolf y D. Fane (Eds.). *Images Take Flight. Feather Art in Mexico and Europe, 1400-1700* (pp. 291-297). Múnich: Hirmer.
- Giovio, P. (1551). *Elogia virorum bellica virtute illustrium veris imaginibus supposita, quae apud Musaeum spectantur*. Florencia: Lorenzo Torrentini.
- Heikamp, D. (1970). Mexikanische Altertümer aus süddeutschen Kunstkammern. *Pantheon* 28: 205-220.
- (1972). *Mexico and the Medici*. Florence: Edam.
- (1976). American Objects in Italian Collections of the Renaissance and Baroque: A Survey. En F. Chiappelli (Ed.). *First Images of America. The Impact of the New World on the Old* (pp. 455-482). Berkeley: University of California Press.
- Horodowich, E. y L. Markey (Eds.). (2017). *The New World in Early Modern Italy, 1492-1750*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Keating, J. y L. Markey (2011). "Indian" objects in Medici and Austrian-Habsburg inventories. A case-study of the sixteenth-century term. *Journal of the History of Collections* 23(2): 283-300.

- Laurencich Minelli, L. (1985). "Museography and ethnographical collections in Bologna during the sixteenth and seventeenth centuries". En Oliver Impey y Arthur MacGregor (Eds.). *The Origin of Museums. The Cabinet of Curiosity in Sixteenth and Seventeenth Century Europe* (pp. 17-23). Oxford: Clarendon Press.
- ____ (Ed.) (1992). *Bologna e il Nuovo Mondo*. Bologna: Grafis.
- ____ (2006). Bologna e gli Aztechi fra i secoli XVI e XVII. En A. Lupo, L. López Luján y L. Migliorati (Eds.). *Gli Aztechi tra passato e presente. Grandezza e vitalità di una civiltà messicana* (pp. 117-130). Roma: Carocci.
- MacDonald, D. (2002). Collecting a New World: The Ethnographic Collections of Margaret of Austria. *Sixteenth Century Journal* 33(3): 649-63.
- Meadow, M. A. (2009). The Aztecs at Ambras, Social Networks and The Transfer of Cultural Knowledge of the New World. En M. North (Ed.). *Kultureller Austausch, Bilanz und Perspektiven der frühnezeitforschung* (pp. 349-368). Viena: Böhlau-Verlag.
- Markey, L. (2016). *Imagining the Americas in Medici Florence*. Pensilvania: The Pennsylvania State University Press.
- Nowotny, K. A. *Mexikanische Kostbarkeiten aus Kunstkammern der Renaissance*. Viena: Museum für Völkerkunde.
- Ramusio, G. B. (1565). Discorso di M. Gio. Ramusio sopra il terzo volume delle Navigazioni et Viaggi. En G.B. Ramusio, *Navigazioni et Viaggi*, vol. III. Venecia: Giunti.
- Russo, A. (2011). Cortés' objects and the idea of New Spain. Inventories as spatial narratives. *Journal of the History of Collections* 23(2): 11-24.
- Shelton, A. A. (1994). Cabinets of Transgression: Renaissance Collections and the Incorporation of the New World. En J. Elsner y R. Cardinal (Eds.). *The Cultures of Collecting* (pp. 177-203). Londres: Reaktion Books.
- Turpin, A. (1994). The Display of Exotica in the Uffizi Tribuna. En S. Bracken, A.M. Gáldy y A. Turpin (Eds.). *Collecting East and West* (pp. 83-117). Cambridge: Cambridge Scholars Publishing.
- Yaya, I. (2008). Wonders of America. The Curiosity Cabinet as a Site of Representation and Knowledge. *Journal of the History of Collections* 20(2): 173-188.

MÚSICA Y MÚSICOS DEL SIGLO XVIII DE VIAJE ENTRE ITALIA Y MÉXICO

—●—
Fabrizio Ammetto
Universidad de Guanajuato

Los primeros documentos escritos de viajeros italianos que testimonian apreciaciones sonoras registradas en México se remontan a la primera mitad del siglo xvi. El boloñés Francesco Allé, de la orden de los Frailes Menores Observantes, fue uno de los pocos misioneros no españoles enviado a la Nueva España poco después de la conquista. Escribió dos cartas: la primera dirigida a su madre y sus hermanos, fechada el 23 de julio de 1534; la segunda, más importante para nuestros fines, fue dirigida “al reverendo padre Clemente de Moneglia, provincial de Boloña, y a todos los reverendos padres de aquella provincia”,¹ de fecha incierta, aunque en el encabezado de la carta se hace referencia a Paolo III, papa de 1534 hasta 1549. En esta segunda carta, enviada desde la Ciudad de México, Francesco Allé evidencia —entre otras cosas— las notables habilidades mnemotécnicas de los nativos y sus prácticas musicales, vocales e instrumentales: “tienen mucha memoria y facilidad; todas las noches se levantan con los religiosos para cantar maitines”.² Al cantar la misa todos los días, después de que el sacerdote la entona, “estos jóvenes cantan el resto en música y se acompañan con órganos, flautas y otros instrumentos, de tal manera que [...] creo que ningún cristiano ha escuchado jamás una armonía tan hermosa. Al oír la armonía de esas voces y estos instrumentos, creemos estar en el Cielo escuchando la música de los Ángeles”.³ Sobre los “paisajes sonoros” en la Nueva España en las décadas de 1520 hasta 1540, escribí un ensayo incluido en el volumen *Por una historia de pueblos sin notas*, publicado en Boloña en 2010 (Ammetto, 2010: 301-308).

Pasando al período histórico que nos interesa en este contexto, es decir el siglo xviii, las relaciones musicales entre Italia y México son indudablemente intensas e interesantes.

¹ “Lettera del reverendo padre Francesco da Bologna, scritta dalla città di Messico, nell’India o Nuova Spagna, al reverendo padre Clemente da Moneglia, provinciale di Bologna, ed a tutti i reverendi padri di quella provincia, tradotta in lingua volgare da un frate dello stesso Ordine dell’osservanza, nella quale si fa conoscere la moltitudine delle persone che furono convertite alla fede, il ricco dono mandato al nostro papa Paolo III, la natura del clima del Nuovo Mondo, la grandezza del paese, l’oro, l’argento e le pietre preziose, la bontà delle acque, le usanze, il vino, le montagne, i boschi, gli animali, la grande abbondanza del frumento ed altri grani, la costituzione degli uomini e delle donne, gli eserciti, la religione e la rovina de’ loro idoli e delle loro antiche pratiche, e molte altre cose assai piacevoli a sapersi”, citada en Collo y Crovetto (1991: 429-440).

² Texto original: “hanno molta memoria e facilità; tutte le notti si alzano coi religiosi per cantare il mattutino”.

³ Texto original: “questi giovani cantano il restante in musica e si accompagnano con organi, arpe, flauti e altri strumenti, di guisa che [...] credo che nessun cristiano abbia mai inteso armonia così bella. Vedendo l’armonia di quelle voci e di questi strumenti crediamo di essere in Paradiso ad ascoltare la musica degli Angeli”.

Para empezar, no hay que olvidar que el 1º de mayo de 1711, en el Teatro del Palacio Virreinal de la Ciudad de México, se estrenó la ópera en tres actos *La Parténope* del compositor mexicano Manuel de Sumaya (1678-1755); se trata de la primera ópera escrita en México (y en América del Norte). Sumaya utilizó una traducción al castellano del libreto originalmente escrito en italiano por Silvio Stampiglia (1664-1725); el mismo libreto ya había sido utilizado por un compositor italiano, Luigi Mancia, en la ópera homónima que se estrenó en el Teatro de San Bartolomé de Nápoles, en enero de 1699.

En varios archivos y bibliotecas de México están resguardadas numerosas fuentes primarias —manuscritas e impresas— de composiciones del Barroco europeo, muchas de las cuales son de autores italianos; podría citar algunas de las sonatas para violín y bajo continuo, *op. V* de Arcangelo Corelli contenidas en el “Manuscrito 1560” de la Biblioteca Nacional de la Ciudad de México, o la colección de las doce sonatas para flauta travesera y bajo continuo de Pietro Antonio Locatelli incluida en un manuscrito de 1759 de la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología e Historia, o varias composiciones vocales e instrumentales de distintos autores italianos presentes en el Colegio de las Rosas en Morelia.

Sólo hasta hace treinta años eran muy precarios nuestros conocimientos sobre la circulación en México de música y músicos italianos del siglo XVIII: para darnos una idea, es suficiente considerar que en 1980 en uno de los diccionarios musicales más importantes a nivel internacional, *The New Grove* (1980), no aparecía ninguna sigla del RISM (*Répertoire International des Sources Musicales*) referente a los archivos musicales de México, e incluso en 2006 las ciudades registradas en dicho repertorio eran solamente dos, la Ciudad de México y Puebla, con apenas cinco archivos musicales mencionados —a la fecha el RISM en línea tiene el registro de treinta y ocho bibliotecas de México—. Hoy en día existen algunos proyectos de rescate de la música de los siglos pasados resguardada en México; podría mencionar el trabajo de la Asociación Regional para América Latina y el Caribe de la International Musicological Society (www.musicology.org/networks/ra/arlac), o el *Musicat*, el “Seminario de Música en la Nueva España y el México Independiente” (www.musicat.unam.mx), que desde hace más de veinte años está catalogando y digitalizando muchos documentos relacionados con las músicas que sonaron en las catedrales de México, Durango, Guadalajara, Mérida, Morelia, Oaxaca y Puebla. Haciendo una búsqueda sencilla en el catálogo en línea de *Musicat* se pueden encontrar muchos nombres de músicos italianos relacionados con México, algunos famosos, otros menos conocidos: el napolitano Antonio Aurisicchio, el paduano Giovanni Battista Bassani, Gaetano Carpani (del cual se desconoce su ciudad natal), Ignazio Gerusalemme (originario de Lecce), el veneciano Benedetto Marcello, Giuseppe Ottavio Pitoni (originario de Rieti), el romano Giacomo Rust, entre otros.

Otro compositor italiano cuya música se encontró también en México es Giacomo Facco, nacido en 1676 en Marsango (una fracción de Campo San Martino, en la región de Véneto) y fallecido en 1753 en Madrid. Sus composiciones instrumentales más famosas son los doce *Conciertos a cinco*, *op. I*, recopilados en una colección titulada *Pensieri Adriarmonici*, publicada en dos partes en Ámsterdam en 1720 y 1721:⁴ los primeros

⁴ PENSIERI ADRIARMONICI | O vero | *Concerti à cinque, Tre violini, Alto Viola, | Violoncello, e Basso per il Cembalo* | Consecrati [sic] | ALL'ECCELLENZA | Del Signor | DON CARLO FILIPPO ANTONIO SPINOLA | Colonna | [...] | Dà | GIACOMO FACCO | Musico Veneto, e Servitore attuale | DI SUA ECCELLENZA | OPERA PRIMA | *Libro Primo* [Secondo] | A AMSTERDAM | Chez Estienne Roger & Le Cene | N° 469 [477].

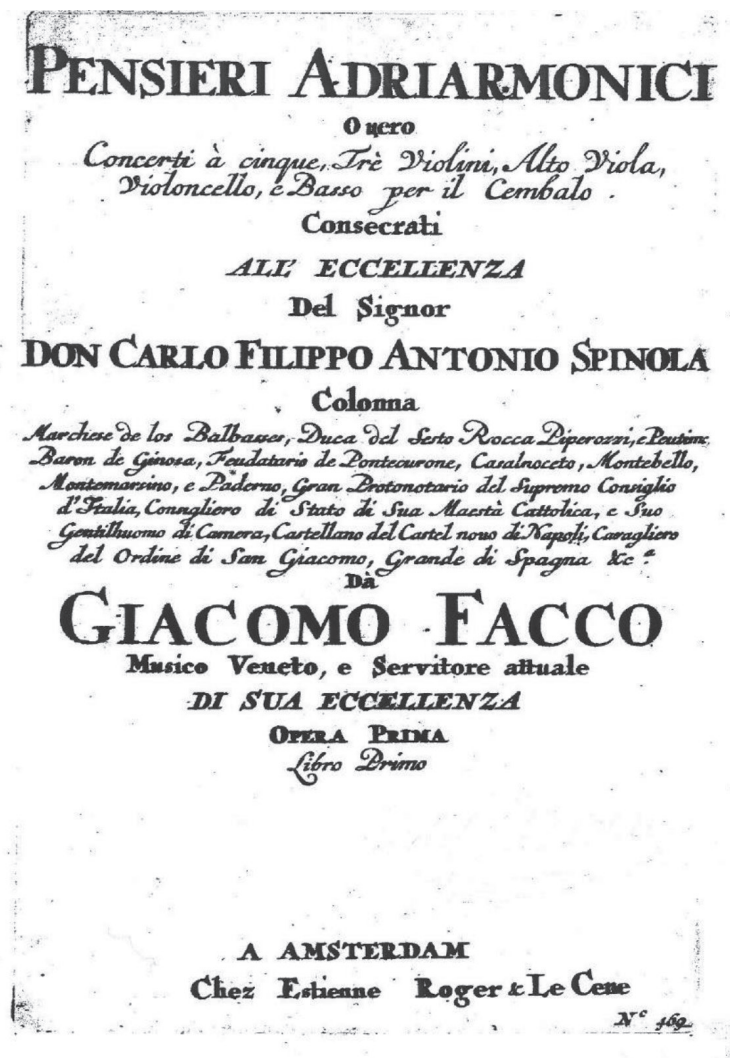


Figura 1. Giacomo Facco, *Pensieri Adriarmonici*, *Conciertos a cinco*, op. 1, libro primero [nos. 1-6], portada.
(Imagen de dominio público, disponible en línea: <[https://imslp.org/wiki/12_Concerti_'Pensieri_Adiarmonici'%2C_Op.1_\(Facco%2C_Giacomo\)>](https://imslp.org/wiki/12_Concerti_'Pensieri_Adiarmonici'%2C_Op.1_(Facco%2C_Giacomo)>)>).

seis fueron impresos por el famoso editor Estienne Roger y los otros seis por su yerno Michel-Charles Le Cène.

Una fuente de esta impresión del siglo XVIII fue descubierta hace más de 60 años en el Colegio de las Vizcaínas en la Ciudad de México. En 1962 el músico y musicólogo italiano, naturalizado mexicano, Uberto Zanolli (1917-1994) realizó el estreno mundial de toda la colección en el Castillo de Chapultepec. En 1965 la colección fue publicada integralmente por el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA), y reimpressa en 1995 y en 1997.

La peculiaridad de la fuente resguardada en México de los conciertos de Facco, que ha llamado la atención de los especialistas de ediciones musicales holandeses del siglo XVIII, es que representa una de las pocas conocidas en el mundo cuya portada menciona a ambos editores —Roger y Le Cène—, en lugar de uno u otro (Figura 1).

En 2010, en el marco del Congreso Internacional de Musicología —organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) en colaboración con la Sociedad Internacional de Musicología—, presenté una ponencia sobre esta colección de Giacomo Facco, cuyo texto se puede leer en el primer número de la revista *ArteConCiencia* de la Universidad de Guanajuato (Ammetto, 2011). Hoy en día los conciertos del *op. I* de Facco han sido grabados en varias ocasiones y se pueden escuchar cómodamente en YouTube.⁵

Otro compositor italiano del siglo XVIII, muy conocido en México, es el ya mencionado Ignazio Gerusalemme (Ignacio Jerusalem), que nació en la región de Pulla en 1707 y falleció en la Ciudad de México en 1769. Jerusalem, considerado como el precursor del clasicismo en la Nueva España, es uno de los músicos italianos cuya estancia en México adquiere una especial importancia en la historiografía musical de este país, gracias a significativas aportaciones que hizo a la música. Fue violinista y compositor, estuvo a cargo de la Capilla Catedralicia y de la Escuela de Infantes. Aunque en algunas ocasiones es recordado por el brillante desempeño que tuvo en su examen de oposición para la obtención del cargo como maestro de capilla en la catedral de la Ciudad de México —en el cual dio visos de su talento pero también de su carácter altivo—, su faceta como maestro es un aspecto en ocasiones poco abordado, ya que de manera natural se tiende a prestar mayor atención a su trabajo compositivo, y no al material pedagógico elaborado por él en vida y al legado que dejó a México en la educación musical. Ejemplo de ello es la existencia del *Vezzerro de Lecciones*; este documento cobra relevancia porque permite visualizar cómo era la enseñanza musical durante el siglo XVIII en la Nueva España y la influencia italiana en los métodos educativos. Cabe subrayar que el interés de Ignacio Jerusalem en proseguir con la tradición educativa italiana en música trascendió incluso en su núcleo familiar, al ser dos de sus hijas alumnas y posteriormente maestras en el Colegio de Belem.

En un trabajo de investigación en equipo, que realicé junto con otra profesora del Departamento de Música y Artes Escénicas de la Universidad de Guanajuato y tres (ex) estudiantes de la Maestría y el Doctorado en Artes de la misma universidad,⁶ descubrimos y estudiamos en una composición de Ignacio Jerusalem un nuevo caso de ‘contrafactum’, es decir, la sustitución de un texto verbal profano original (*O golpe suave*) con otro devocional (*O bien amable*), sin cambios sustanciales en la música. Los resultados de esta investigación se publicaron (Ammetto *et al.*, 2017) en la revista arbitrada e indexada *Vórtex* (Figura 2).

No pueden pasar desapercibidos los acontecimientos relacionados con una composición de Antonio Vivaldi (1678-1741), cuyo título es paradigmático para ejemplificar las relaciones entre Italia y México: se trata de la ópera *Motexuma*, RV 723, estrenada en el Teatro San Ángelo de Venecia en el otoño de 1733 (Talbot, 2008). *Motexuma* de Vivaldi —una de las primeras óperas sobre un tema mexicano— fue compuesta sobre un fascinante libreto del abogado veneciano Alvise Giusti (1709-1766),⁷ que evidencia un raro grado de simpatía por el gobernante azteca y la reina Mitrena.

⁵ Por ejemplo, el núm. 5 (<www.youtube.com/watch?v=_N69vYVWyB0>) o el núm. 6 (<www.youtube.com/watch?v=R27TAUTmuyE>).

⁶ La Dra. Alejandra Béjar Bartolo (SNI 1), Berenice Arnold Hernández y Alberto Jordán Valdez Villar (Doctorado en Artes), Jhoana Daniela Vásquez Reyes (Maestría en Artes).

⁷ Aun cuando se haya propuesto también el nombre de Girolamo Giusti (tío de Alvise), la autoría del libreto ha sido confirmada por Michael Talbot (Talbot, 2014: 68-69).

La composición se conoce a través de una única partitura descubierta en 2003, cuando la colección musical de la Sing-Akademie de Berlín fue devuelta de Kiev, donde se había quedado como botín de guerra desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Lamentablemente la partitura vivaldiana de *Motezuma* está incompleta: de los tres actos originales tan sólo el segundo está completo, mientras que del primer y tercer acto faltan grandes porciones (Figura 3).

En tiempos recientes han sido numerosas las colaboraciones musicales relacionadas con el repertorio instrumental del siglo XVIII, en las cuales he estado directamente involucrado; incluyen giras de conciertos de músicos mexicanos en Italia y de italianos en

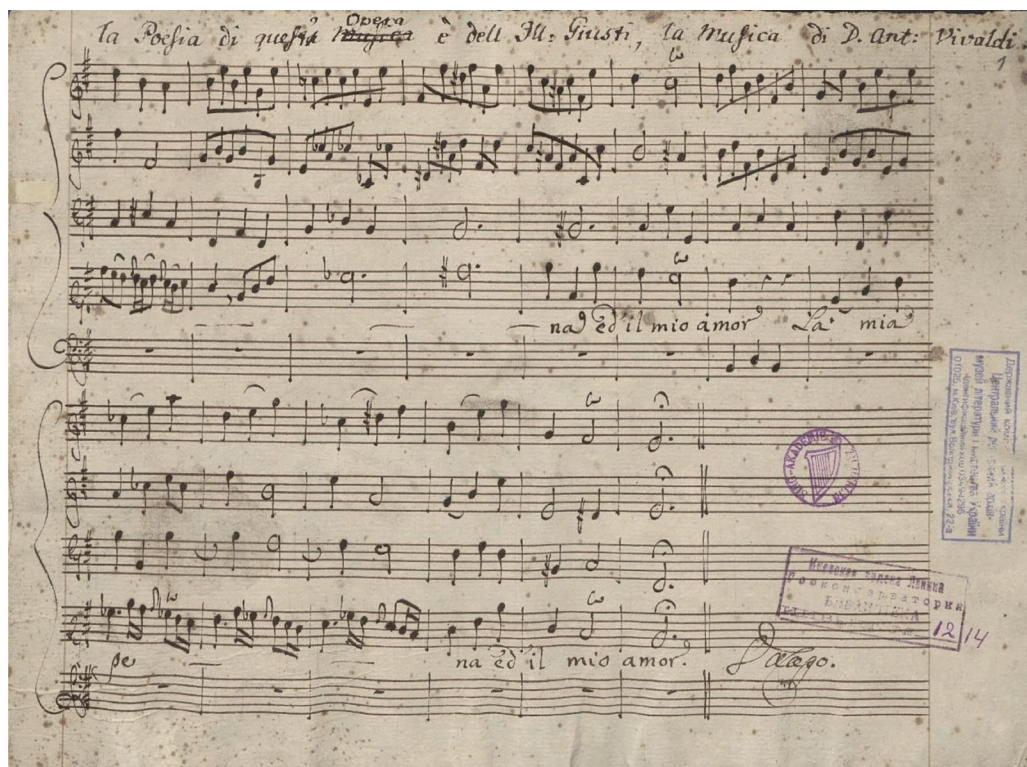


Figura 3. Antonio Vivaldi, Motezuma, RV 723, acto I, escena VII (parte final).
(Imagen de dominio público, en línea: <[https://imslp.org/wiki/Motezuma,_RV_723_\(Vivaldi,_Antonio\)>](https://imslp.org/wiki/Motezuma,_RV_723_(Vivaldi,_Antonio)>)).

México, la realización de grabaciones discográficas de música barroca con la participación de intérpretes de ambos países (Telemann, 2008), así como cursos sobre la teoría y la praxis ejecutiva del repertorio del siglo XVIII. Todas estas actividades culturales —realizadas en particular entre 2003 y 2006— están documentadas en el pequeño volumen *Umbría-México, Perugia-UNAM: fragmentos de una larga amistad*, publicado en 2007, con presentación de un ex consejero cultural de la Embajada de Italia en México y exdirector del Instituto Italiano de Cultura de la Ciudad de México (Brumana, 207: 25-28).

Para concluir, me gustaría mencionar algunas acciones institucionales que actualmente se están realizando entre musicólogos de diferentes universidades de Italia y México: como miembro de la ADUIM (Asociación de Docentes Universitarios Italianos de Música, en línea <www.aduim.com>) y de su Comisión para las Relaciones Internacionales, he empezado a trabajar con algunos colegas de universidades italianas para la realización de actividades docentes intercontinentales; algunos de mis estudiantes del Doctorado en Artes de la Universidad de Guanajuato —residentes en México o en Europa— están realizando investigaciones científicas relacionadas con música y músicos italianos del siglo XVIII, y ya han tenido la oportunidad de recibir asesorías académicas por parte de colegas musicólogos de Italia.

En abril de 2021 un par de profesores del Departamento de Filosofía, Comunicación y Espectáculo de la Universidad de Roma III realizaron actividades de asesoría académica con los estudiantes del Posgrado en Artes (Línea de investigación 1: Historia y lenguajes de la música) de la Universidad de Guanajuato, y en agosto del mismo

año otro profesor de la Universidad de Génova ha participado como sinodal externo en un examen de defensa doctoral en el mismo programa educativo.

REFERENCIAS

BIBLIOGRAFÍA

- Ammetto, F. (2011). Fuentes musicales en México del Barroco italiano: aspectos filológicos para la realización de nuevas ediciones críticas. *Arteconciencia* 1(1): 77-99.
- Ammetto, F. (2010). “Paesaggi sonori” nella Nuova Spagna (1520-1540). En P. Dessì (Coord.). *Per una storia dei popoli senza note* (pp. 301-308). Atti dell’Atelier del Dottorato di ricerca in Musicologia e Beni musicali (F. A. Gallo), Ravenna, 15-17 ottobre 2007. Bologna: CLUEB.
- Ammetto, F. et al. (2017). ¿Flecha propicia o perfección indecible? Un nuevo caso de “contrafactum” en una composición de Ignacio Jerusalem. *Vórtex* 5(1): 1-31.
- Brumana, B. (2007). Una lunga amicizia con Guanajuato. En Livio Rossetti (Coord.). *Umbria-Messico, Perugia-UNAM: frammenti di una lunga amicizia* (pp. 25-28), presentazione di Pier Augusto Petacco (Consigliere Culturale dell’Ambasciata d’Italia e Direttore dell’Istituto Italiano di Cultura). Perugia: Morlacchi Editore.
- Collo, P. y P. L. Crovetto (Coords.) (1991). *Nuovo Mondo. Gli italiani (1492-1565)*. Turín: Einaudi.
- Máynez Champion, S. C. (2014). *Reelaboración y relectura del dramma per musica Motecuhzoma II de Antonio Vivaldi. Una visión desde Mesoamérica que confronta al eurocentrismo* [tesis de doctorado en Estudios Mesoamericanos]. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Talbot, M. (2014). Miscellanea. *Studi vivaldiani* 14: 68-69.
- Talbot, M. (Coord.) (2008). *Vivaldi, Motezuma and the Opera Seria. Essays on a Newly Discovered Work and its Background*. Turnhout: Brepols.
- Telemann, G. P. (2008). *Seis Conciertos TWV 42, para violín, órgano y bajo continuo*, CD (edición integral - GB 5151-2), Fabrizio Ammetto, violín, Rodolfo Ponce Montero, órgano, Angelo Silvio Rosati, clavecín. Folleto con textos en español, italiano e inglés a cargo de Biancamaria Brumana. Bologna: Bongiovanni.
- The New Grove Dictionary of Music and Musicians* (1980). S. Sadie (Ed.), 20 vols. Londres: Macmillan Publishers.

SITIOS WEB

- ADUIM - Asociación de Docentes Universitarios Italianos de Música (<www.aduim.eu>).
- IMS - Regional Association for Latin America and the Caribbean (<www.musicology.org/networks/ra/arlac>).
- MUSICAT - (<www.musicat.unam.mx>).
- RISM - Répertoire International des Sources Musicales (<<https://rism.info>>).

¿UN QUINCUNCE EN EL ANTIGUO PAISAJE VIVENCIAL* DE YAXKUKUL? ANÁLISIS HISTÓRICO-ANTROPOLÓGICO DE UN DOCUMENTO COLONIAL TEMPRANO



Enrico Straffi

Posgrado en Ciencias Antropológicas de la
Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH**

RESUMEN

En este artículo se realiza un análisis histórico-antropológico comparativo de dos títulos de tierra yucatecos del periodo colonial, el “Documento del deslinde de tierra de Yaxkukul, Núm. 1” y el “Documento del Deslinde de las Tierras de Yaxkukul, Núm. 2”. Para llevarlo a cabo, en primer lugar, se presentan los datos antropológicos y lingüísticos necesarios para contextualizar el tema del quincunce y, de tal manera, aclarar nuestra novedosa interpretación. En segundo lugar, se reportan los datos históricos sobre la comunidad de Yaxkukul encontrados en otras fuentes del periodo colonial temprano y en textos de reconocidos historiadores coloniales del mundo maya. Luego, se analizan de manera detallada los dos documentos que relatan el deslinde de Yaxkukul con la intención de mostrar sus similitudes, diferencias, incongruencias y resaltar los elementos que consideramos significativos para nuestra argumentación. Finalmente, se realiza una lectura de los dos documentos, con base en el uso en su interior de la palabra *tüitz* (esquina). Si en el primer documento el uso de este concepto expresa todavía la visión prehispánica del paisaje, es decir como ángulos fundacionales del pueblo de Yaxkukul, en el segundo hay una pérdida de la expresión clara de esta relación y su sustitución con una visión de la esquina como representación de un lugar en el que hay un marcado cambio de dirección en la frontera tanto que se usa de manera casual y como sinónimo de la palabra *sicina*.

* Por paisaje vivencial entiendo “el espacio de referencia primario de una comunidad, con el cual ésta se relaciona cíclicamente para fortalecer su identidad colectiva y mantener el mayor grado de seguridad ontológica. Como producto de la cultura, el paisaje vivencial es el resultado de la conversión de los espacios físicos en lugares significativos que las comunidades humanas realizan por medio de actividades relacionales ‘espacial-temporalmente’ cíclicas, e interpretaciones y creencias compartidas sobre los mismos. Este paisaje es relacional, identitario y ancestral; coexiste con los humanos que lo viven” (Straffi, 2019: 34).

** Este artículo es producto de una investigación posdoctoral en curso en el Posgrado en Ciencias Antropológicas de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), con el apoyo económico del CONACYT. Se agradece a ambas instituciones el apoyo logístico y económico para el proyecto.

INTRODUCCIÓN

Los mayistas traducen con el término quincunce¹ una de las características fundamentales de la concepción espacial maya. Múltiples estudiosos en el curso del tiempo debatieron largamente sobre la orientación de cuatro de los cinco puntos que componen esta disposición: ¿hacia los puntos cardinales, intercardinales o solsticiales?

Hasta ahora no se logró llegar a una respuesta definitiva. Este artículo se considera el primer paso, de dos, para responder de manera convincente este dilema para el periodo Posclásico entre los mayas.

Antes de contestar la demanda susodicha, en este primer artículo se responderán las que siguen: ¿Los mayas yucatecos coloniales tuvieron una visión del mundo quincuncial? ¿Dieron importancia a las esquinas?

Para contestar a ambas nos basaremos en un minucioso análisis histórico-antropológico de dos títulos de tierra que se refieren al pueblo de Yaxkukul (Yucatán, México), dos documentos bien conocidos entre los historiadores coloniales. En particular, la respuesta se basará sobre una lectura original del uso de la categoría *tiitz* en el texto en lengua maya del Documento Núm. 1.

Posteriormente, en un segundo artículo, se presentarán los datos del trabajo de campo etnográfico que se está realizando en Yaxkukul, y que podrían contestar la pregunta inicial en relación con la orientación quincuncial en el Posclásico entre los mayas de Yucatán.

Por lo tanto, en este primer escrito se presentarán: *a)* datos etnográficos y lingüísticos sobre el quincunce en el área maya, para que el lector pueda entender cuál fue el punto de arranque para proponer nuestra novedosa interpretación; *b)* datos cronológicos y culturales sobre la comunidad de Yaxkukul que se consideran relevantes para contextualizar la historia de este municipio al interior de la crónica de la conquista y colonización de Yucatán; *c)* datos históricos relevantes acerca de los dos documentos y un análisis comparativo para mostrar sus similitudes, diferencias e incongruencias, con el objetivo de resaltar los elementos que consideramos significativos para nuestra argumentación; *d)* una lectura analítica del uso al interior de ambos de la palabra *tiitz* (esquina); *e)* conclusiones sobre la distinción del uso, que según mi interpretación, expresan claramente una visión quincuncial del espacio (Documento Núm. 1) y su pérdida (Documento Núm. 2).

LA CONCEPCIÓN QUINCUNCIAL DEL ESPACIO EN ÁREA MAYA: EJEMPLOS ETNOGRÁFICOS

Los mayistas usan el término quincunce para expresar aquella concepción espacial que los etnógrafos que trabajan con los mayas suelen traducir en castellano como el “centro” y las “cuatro esquinas”.

Esta idea se registró de manera contundente en los Altos de Chiapas, donde los habitantes de distintos municipios relatan cómo su comunidad posee un “omblico” y “cua-

¹ Esta categoría se deriva de la voz latina quincunx y significa: “Disposición semejante a la figura de un cinco de dados, con cuatro puntos que forman rectángulo o cuadrado y otro punto en el centro”. Diccionario de la RAE, “Quincunce” (en línea), disponible en <<http://dle.rae.es/?id=UtPhfkO>> consultada el 12/12/2021.

tro esquinas”. El antropólogo que más claramente reportó su existencia fue Evon Z. Vogt, quien trabajó más de 30 años con los tzotziles de Zinacantán:

El escabroso terreno calizo y volcánico que en los altos de Chiapas llega hasta las nubes es la superficie visible del mundo (*Balamil*) zinacanteco, concebido como un *quincunce*. El centro de esa superficie es “el ombligo del mundo” (Figura 1), un pequeño montículo redondeado ubicado en el centro ceremonial de Zinacantán. El mundo se extiende desde ese centro hacia el exterior [...] reposa sobre los hombros de los *Waxak-Men*, versión local de los dioses de las cuatro esquinas del mundo, o cargadores del cielo [...] (Vogt, 1988: 31).²



Figura 1. El “ombligo” de Zinacantán.

Otros antropólogos que ofrecen narraciones similares sobre municipios tzotziles son Holland (1963: 69)³ y Ochiai (2003: 206),⁴ quienes realizaron sus investigaciones en San Andrés Larrainzar, además de Ulrich Köhler (1995: 13, 35, 87-88),⁵ quien trabajó en San Pablo Chalchihuitán.

² Evon Z. Vogt, *Ofrendas para los dioses. Análisis simbólico de rituales zinacantecos*, México, FCE, 1988: 31.

³ William R. Holland, *Medicina maya en los Altos de Chiapas*. México: Instituto Nacional Indigenista, Dirección de Publicaciones, 1963: 69.

⁴ Kazuyasu Ochiai, “Los mayas paisajistas: transmisión de ‘la cultura de lo percedero’ a través de los siglos” en Davide Domenici, Carolina Orsini y Sofia Venturoli (eds.), *Il sacro e il paesaggio dell’America indígena*, Bolonia, Clueb, 2003: 206.

⁵ Ulrich Köhler, *Chombilal Ch’ulal-Alma vendida. Elementos fundamentales de la cosmología y religión mesoamericanas en una oración maya-tzotzil*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1995: 13, 35, 87-88.

La misma concepción del espacio fue recopilada por el autor de este artículo⁶ entre los habitantes de ascendencia tzeltal de La Trinitaria (Straffi, 2022: 254-259 y 388-391). A través de largas conversaciones con el más anciano rezador tradicional local logré entender cómo los lugares llamados centro y “esquineros” se relacionen, en particular, con la ritualidad asociada con la fundación de esta comunidad.

Al apasionarme con el tema quincuncial me fui a investigar si esta particular concepción espacial había sido señalada por los etnógrafos que habían trabajado entre los mayas yucatecos.

Entre los distintos autores que la evidencian está Alfonso Villa Rojas, quien informa sobre las esquinas y el modelo cuadrangular en su etnografía clásica realizada en la aldea de Chan Kom (Yucatán) entre 1927 y 1931:

la aldea [...] es concebida como un cuadrilátero que contiene cuatro entradas principales dispuestas en los cuatro puntos cardinales. En cada una de ellas se encuentran dos montones de piedras, uno frente al otro, con su cruz respectiva. Estas cuatro entradas se consideran “las cuatro esquinas del pueblo”. En ellas se instalan al llegar la noche cuatro seres sobrenaturales llamados *Balames*, los cuales tienen por función cuidar el cuadrilátero que forma el pueblo, impidiendo que entren a él espíritus nocivos que alteren el bienestar de sus pobladores. En el centro de la aldea se instala un quinto *Balam*, conocido como *thup* (pequeño) al que, no obstante su tamaño diminuto, se le considera el de más poder. A estos 5 protectores sobrenaturales se les da el nombre de *balam-cahoob* o guardianes del pueblo (Villa Rojas, 1968: 132).⁷

Sucesivamente, Villa Rojas⁸ aporta más información sobre el centro y las esquinas en un artículo de 1968 que habla de X-Cacal (Villa Rojas, 1968: 133-136). En esta comunidad hay un recinto de forma cuadrangular, con cuatro cruces colocadas sobre pequeños montículos de piedra en las esquinas, que protege un templo mayor ubicado en el centro. Pero en este caso las posiciones de las esquinas “correspondían a los puntos intermedios del compás”. Este descubrimiento impulsó a Villa Rojas a rectificar su anterior conclusión y a interpretar la posición de las esquinas como relacionada con los puntos de salida y puesta del sol en los días solsticiales.⁹

Años después, John Sosa ofrece más datos sobre las esquinas en su trabajo en la comunidad de Yalcobá (Valladolid), entre mayo de 1982 y julio de 1983:

Este mundo, que los mayas llaman *u yóo'kolkàab'*, es descrito por el pueblo en general de forma cuadrada, con sus cuatro esquinas o *kan tu'uk'* correspondientes a los que podríamos llamar puntos intercardinales. [...]

[Para el *hmèen*] las esquinas o *kan tu'uk'* no son sólo los puntos intercardinales, sino que representan los extremos solsticiales de las salidas y puestas del Sol sobre el hori-

⁶ Enrico Straffi, *Ofrendas para la lluvia: transformaciones en los recorridos rituales en el sur de Chiapas*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2022: 254-259 y 388-391.

⁷ Alfonso Villa Rojas, “Los conceptos de espacio y tiempo entre los grupos mayances contemporáneos”, en Miguel León-Portilla (ed.), *Tiempo y realidad en el pensamiento maya: ensayo de acercamiento*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1968: 132.

⁸ Alfonso Villa Rojas, *op. cit.*, pp. 133-136.

⁹ Según Villa Rojas (1968:133), esta misma concepción espacial se reflejaría en la forma de la milpa y del altar que se emplea para realizar el ritual del *Chac-Chaac*.

zonte. [...] Las cuatro esquinas, o *kan tu'uk'* también funcionan para estructurar conceptos de algunas deidades como los *căăko'ob'* y los *báalamo'ob'* que el pueblo cree que existen en cada una de las esquinas (Sosa, 1991:195).¹⁰

En un rezo, recopilado y traducido por Christian H. Rasmussen y Silvia Terán en Xocen (Yucatán) pronunciado por *jmeeno'ob* durante una la ceremonia de *ch'a'cháak* que se llevó a cabo el 1° de julio de 1990, quedamos impactados por la oración *tu kanti'is lu'um, tu kanti'is yóok'o kaab*, “las cuatro esquinas de la tierra, los cuatro ángulos del mundo”:

In ki'ichkelen taata Yuum Jesukristo, in ki'ichkelen taata Dios Padre Eterno tu'ux tu wa'akuntaje u krusifikado te' monte kalbario kaj yanchaj u lojbe'ent'antik way yok'ol kaab, kaj yanchaj u náajat ku sieloi u gloriai ts'ook u orapaja kwa'akuntik u nojoch suluch u ki'ichkelmi, k'ala' k'áat tun way tu joole jump'ée taan noj meesa, way tu joole jump'ée tan noj luuch u chikuli u jaaji tu k'aaba in taata Yuum San Miguel Arkanjel tumen ka' wa'alak xane' u k'am to'one sujuy suluch tu anjel u ki'ichkelmi ka' yanak u su'utu jump'e bendision tu k'ab in ki'ichkelen taata Yuum Kanti'is K'uj Aj Jooyaob tu'ux wa'alakbalo'ob tu kanti'is lu'um, tu kanti'is yóok'o kaab;

[Excelentísimo Señor Jesucristo, nuestro Amadísimo Señor Padre Eterno que permitiste la crucifixión en el Monte Calvario para salvar al mundo, y con ello se mereció el cielo de tu gloria, ahora llega el momento de asentar en tu presencia un *Nojoch Suluch*, cubre con tus manos esta gran mesa, esta enorme jícara, imagen de un sentimiento verdadero, en nombre de nuestro Padre Señor San Miguel Arcángel que nos reciba el *Sujuy Suluch*, que es el ángel del Todopoderoso para que se otorgue los poderes a nuestros padres señores *Kanti'is K'uj Aj Jooyaob* desde sus lugares en las *cuatro esquinas de la tierra, los cuatro ángulos del mundo*] (Rasmussen y Terán, 1990).¹¹

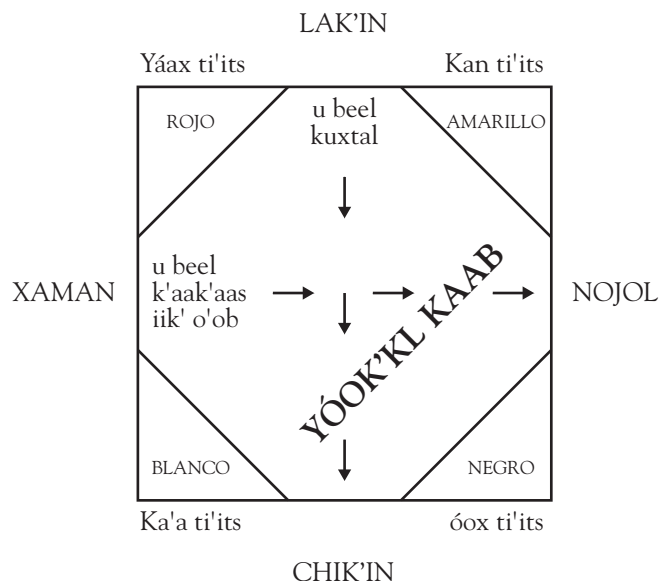
Para concluir, informaciones etnográficas similares sobre el cosmos maya y las esquinas las encontramos en un texto de Ella F. Quintal *et al.*:

[Según la cosmovisión de los mayas yucatecos] existen [...] tres grandes regiones: 1) el cielo o *ka'an*, 2) la faz de la tierra o *yóok'olkab* [figura 2] y 3) el inframundo [...]. Esta idea, si bien no siempre se encuentra de manera explícita en los conocimientos que manejan los *jmeeno'ob* [...], se halla de forma implícita en el contenido de los rezos de invocación a deidades y “vientos” (*üik'*) que habitan los planos celestial y terrenal, especialmente en sus “lugares”, rumbos o *esquinas*: *kan ti'its ka'an* (*cuatro esquinas del cielo*), *kan ti'its lu'um* (*cuatro esquinas de la tierra*), de donde el sacerdote maya lo atrae para hacerlos descender sobre la mesa o altar al inicio de las ceremonias que oficia (Quintal Avilés *et al.*, 2003: 280).¹²

¹⁰ John Robert Sosa, “Las cuatro esquinas del mundo: un análisis simbólico de la cosmología maya yucateca”, en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé (eds.), *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, UNAM, 1991: 195.

¹¹ Ch.H. Rasmussen y Silvia Terán, *Rezo en ceremonia de ch'a' cháak*, 1990, http://www.mayas.uady.mx/exposiciones/exp_05555.html; consultado el 19/12/2021.

¹² Ella Fanny Quintal Avilés, Juan Ramón Bastarrachea, Fidencio Briceño Chel, Martha Medina, Renée Petrich, Lourdes Rejón, Beatriz Repetto y Margarita Rosales, “U lu'umil maaya wfiniko'ob: la tierra de los mayas” en Alicia



Los puntos cardinales:

Lak'in (U láa' k'iin = otro sol, día)

Xaman (Xan u máan = de andar lento)

Chik'in (U chi' K'iin = final de sol, día)

Nojol (No'ojol = lado derecho)

Las esquinas del mundo:

Yáax ti'its = primera esquina

Ka'a ti'its = segunda esquina

Óox ti'its = tercera esquina

Kan ti'its = cuarta esquina

Figura 2. Lados y esquinas del mundo yucateco (imagen elaborada por Fidencio Briseño Cel).
Imagen tomada de: Ella Fanny Quintal Avilés et al., "U lu'umil maaya w'iniko'ob: la tierra de los mayas"
en Alicia Barabas (coord.), *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio
en las culturas indígenas de México. Tomo I, México, INAH, 2003: 279.*

Lo anterior se corrobora en la siguiente oración:

U tia'al ku s'is óoltko'ob xan
Tumen tin pèeksik le saanto múuyalo'ob
Ti u kan ti'its lu'um
Ti u kan ti'its lu'um muukuj

Para que se refresquen también
Porque yo muevo a las santas nubes
A las cuatro esquinas de la tierra
A las cuatro esquinas del inframundo
(Quintal Avilés et al., 2003: 280)¹³

En relación con la ubicación del centro en el plano terrestre los mismos autores afirman que: "[...] El quinto punto de referencia (el centro) se encuentra en la intersección de los ejes formados por los puntos cardinales (*chíúmuklu'um*, *chíúmukkab*)" (Quintal Avilés et al., 2003: 281).¹⁴

Los datos de Rasmussen y Terán, junto con los del texto coordinado por Quintal Avilés al mostrar el uso de la categoría *ti'its*, fueron lo que más pistas aportaron para la interpretación original de los documentos coloniales del cual hablaremos después.

Barabas (coord.), *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México. Tomo I, México, INAH, 2003: 280.*

¹³ *Id.*

¹⁴ *Ibid.*, p. 281.

EL CONCEPTO DE ESQUINA A NIVEL LINGÜÍSTICO ENTRE LOS MAYAS
YUCATECOS ACTUALES Y DEL PERIODO COLONIAL

En este apartado vamos a profundizar en el significado de la categoría *ti'its* entre los mayas yucatecos actuales y del periodo colonial, con base en informes que proceden de diccionarios de estos periodos históricos, para confirmar si esta categoría tuvo el mismo significado de “esquina” en ambas épocas. Seleccionamos la voz *ti'its*, ya que, como vimos, hasta la fecha es utilizada en oraciones realizadas en distintos rituales.

En el *Diccionario introductorio Español-Maya y Maya-Español* (2009) realizado por Javier Abelardo Gómez Navarrete, encontramos que esquina se traduce, *ti'its*, *tu'uk'il*, ángulo, *ti'its*, *tu'uk'* y rincón, *tu'uk'*, *xu'uk'il*, *ti'itsil* (Gómez Navarrete, 2009: 61, 32, 97).¹⁵

Al pasar a investigar los diccionarios del periodo colonial nos dimos cuenta de que la voz *ti'its* asumía la forma *titz* o *tiitz*.

En efecto, en el *Calepino de Motul / Diccionario Maya-Español*, de fray Antonio de Ciudad Real [1551-1617] encontramos que la voz *titz* se usa para traducir esquina, cornijal, punta de cerro o sierra (Marín Arzápalo, 1995: 715).¹⁶

Además, en el tercer tomo del *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial*, realizado por Álvarez,¹⁷ encontramos estas traducciones relacionadas con las voces *titz* o *tiitz*:

Tiitz: / esquina / Esquina, ángulo (4).

Titz: / esquina / Esquina o cornizal o punta de cerro o sierra (1, 3); Esquina, ángulo saliente (4).

Can-tiitz: / cuatro-esquinas / cuadrado, esquinado con cuatro puntas (1, 4)

Tzitz-il: / esquina-de / Esquina (5).

Can-tzitz-il: / cuatro-esquinas-de / Cuadratura, lo cuadrado (4)

(Álvarez, 1997: 416-417).¹⁸

Muy interesante nos parece otro significado asociado a *titz*, el de “punta de cerro o sierra”. Si consideramos sólo el territorio yucateco, principalmente plano, este significado nos parecería raro. Si tenemos en cuenta que en muchas partes de este territorio los cerros coinciden con estructuras arqueológicas, este significado nos impulsaría a buscar su razón. Pero al ampliar la mirada este significado es del todo coherente con los resultados de los estudios etnográficos en los Altos de Chiapas, donde, en muchos casos, las esquinas de las comunidades coinciden con estos elementos significativos del paisaje.

¹⁵ Javier Abelardo Gómez Navarrete, *Diccionario introductorio español-maya y maya-español*, Chetumal, Universidad de Quintana Roo, 2009: 61, 32, 97. <http://www.uqroo.mx/libros/maya/diccionario.pdf>; consultado el 11/12/2021.

¹⁶ Ramón Marín Arzápalo, *Calepino de Motul/ Diccionario Maya-Español. Tomo I*, México, UNAM, 1995: 715.

¹⁷ Esta obra reúne datos de seis diccionarios coloniales: “(1) Diccionario de Motul atribuido a Fray Antonio de Ciudad Real. Editado por Domingo Paredes, 1929, Mérida, Yucatán, México; (2) Diccionario de Motul español-maya. De la colección John Carter Brown. Copia Xerox; (3) Diccionario de Motul maya-español. De la colección John Carter Brown. Copia Xerox; (4) Diccionario de la lengua maya. Juan Pío Pérez, 1866-1877, Mérida, Yucatán, México. (5) Diccionario de Viena, español-maya. Copia Xerox; (6) Ethno-Botany of the Maya. Ralph L. Roys. 1931. The Tulane University of Louisiana, New Orleans, USA” (Álvarez, 1980: 15-16).

¹⁸ Cristina Álvarez, *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial. Tomo III*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, 1997: 416-417.

Por lo tanto, comprobamos que las categorías *titz* o *tüitz* existieron en el periodo colonial con el mismo significado de la categoría actual, aunque con una transcripción distinta. Además, nos parece interesante que *titz* tuvo en el periodo colonial el significado de “punta de cerro o sierra”.

BREVE HISTORIA COLONIAL DE YAXKUKUL (DE LA CONQUISTA A 1688)

Importantes estudiosos (Roys, 1957; Quezada, 1993, 2014; Restall, 1991; Hanks, 1992, 2010) de la historia colonial de Yucatán citan a Yaxkukul en algunos de sus textos sobre la historia general de la península cuando hablan del linaje de los Pech, o cuando se enfocan en el análisis de los documentos que llevan su nombre (Crónica de Yaxkukul, Deslinde de tierra de Yaxkukul).

No conocemos nada de la historia de Yaxkukul antes de la caída de Mayapan, ni tenemos informes directos sobre el periodo posterior, que se considera acabado con la llegada de los conquistadores.

Lo único que sabemos sobre el periodo anterior a la Conquista tiene que ver con Motul, la capital del *cúuchcabal* de los Pech, del cual Yaxkukul formaba parte a la llegada de los españoles (Quezada, 2014: 31).¹⁹

En efecto, en la relación de Motul que nos dejó Martín de Palomar se relata como esta capital llegó a ser gobernada por los Pech,²⁰ después de un periodo de abandono:

El primer señor de este pueblo de Mutul tienen noticia los naturales de él que fue un Capitán que se llamaba Zamutul [Sac Mutul], que quiere decir hombre blanco, como tengo referido. Este vino con gente de hacia la parte de oriente a buscar donde poblar, y no saben de dónde salió, pero que era indio. Este llegó al asiento donde este pueblo está y le pobló con su gente, y allí hizo su habitación y morada, y tuvieron el señorío él y sus descendientes ciento y cuarenta años, al cabo de los cuales vino contra el señor que entonces era del dicho pueblo de Mutul [Motul], otro señor y Capitán llamado Kaku Pacal [Kak u Pacal] con gente de guerra y le mató y despobló el pueblo. Y al cabo de muchos años, otro señor y Capitán llamado *Noh Cabal Pech* [*Nohcabal Pech*], pariente muy cercano del gran señor de Mayapan, tornó a poblar con gente que consigo trajo el dicho pueblo de Mutul, y desde entonces tuvieron el señorío este *Noh Cabal Pech* [*Nohcabal Pech*] y sus descendientes. Y el día de hoy es cacique y Gobernador del dicho pueblo don Juan Pech [*Pech*], descendiente de los Peches [*Pech*] antiguos (De la Garza, 2008: 269).²¹

¹⁹ Anteriormente, Ralph L. Roys (1957: 41-53 y 56) había asignado Yaxkukul a la provincia de Cehpech, una provincia organizada según su primer tipo, es decir, gobernada por “un halach uinic”. El primer tipo de Roys, según Quezada, se caracterizaba “por la presencia de un poder central personificado en el halach uinic. Este personaje regía a sus pueblos a través de un funcionario llamado batab, que gobernaba por medio de un concejo integrado por los ah cuchaboob, y cuando impartía justicia escuchaba al ah kul” (Quezada, 1993: 50). Además, Roys plantea que el nombre Cehpech es la combinación del patronímico Pech, “garrapata” con el nombre masculino Ah Ceh o con el patronímico Ceh, “venado” (Roys, 1957: 41).

²⁰ Sobre los Pech, Quezada afirma que fue un linaje que “parece haberse vuelto relevante en la península durante el siglo xiv y la primera mitad de la siguiente centuria”, Sergio Quezada, “Pueblos y caciques...” (Quezada, 1993: 47). Esta suposición se basa en la falta de información previa acerca de este linaje.

²¹ *Relaciones Histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco)* I. Mercedes De la Garza (Coord.), Ana Luisa Izquierdo, Ma. Del Carmen León Cazares y Tolita Figueroa, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, 2008: 269.

En resumen, Noh Cabal Pech, pariente del señor de Mayapán, habría regresado a ocupar nuevamente Motul a la caída de esta ciudad como centro político principal. Él habría sido el fundador del *cúuchcabal*²² que a la llegada de los españoles estaba gobernado por Naum Pech,²³ su descendiente (Quezada, 1993: 32). Él tenía el cargo de *halach uinic* y residía en Motul desde donde administraba un *cúuchcabal* que reunía mediante los lazos de sangre a 28 señores,²⁴ y de éstos, 24²⁵ procedían de su mismo linaje.²⁶

El *halach uinic*²⁷ era el que tenía la última palabra y tomaba las principales decisiones administrativas, incluso sobre las cuestiones religiosas (Quezada, 2014: 27).²⁸

Al aceptar el poder español y el cristianismo, y por haber apoyado en la conquista, muchos de los miembros del linaje Pech obtuvieron privilegios de hidalgos. Por ejemplo, Naum Pech asumió el nombre de don Francisco de Montejo Pech (Martínez Hernández, 1926: 3).

Entre los 24 señores del linaje Pech estaba el de Yaxkukul, Ah Macan Pech, nuestro principal informante sobre este pueblo y su historia por los documentos que se le asignan.

Roys traduce el nombre de Yaxkukul como “gran plumaje” y observa que fue siempre una pequeña ciudad (Roys, 1957: 47). Ah Macan Pech fue el primer *batab*²⁹ de Yaxkukul de quien conocemos el nombre. Su padre fue Ah Tunal Pech, *batab* de Maxtunil; sus hermanos fueron Ah Kom Pech, *batab* de Xulkumcheel (or Tixkumcheil), e Ixkil-Itzam Pech, *batab* de Conkal (Roys, 1957: 41).³⁰

Sobre la vida de Ah Macan Pech sabemos que fue parte del grupo de miembros de su linaje que visitó a los españoles en Campeche y Dzibikal y que participó como aliado en la conquista de las provincias orientales de Yucatán (Roys, 1957: 47). Luego fue

²² Para Okoshi Harada, el *cúuchcabal* “es un conjunto de los *batabilob* cuyos representantes reconocen la legitimidad y la autoridad de un *batab* supremo o *halach uinic*. Su lugar de residencia se denominaba *noh cah* —lit. pueblo principal— que era prácticamente la capital de su entidad política y por lo general estaba rodeado de otros *batabilob* cuyos gobernantes pertenecían a la misma casa señorial que el *batab-halach uinic*” (Okoshi Harada, 2018:19).

²³ Roys (1957: 41) afirma también que Naum Pech vivió en Motul y fue el *halach uinic* de la provincia de Cehpech a la llegada de los españoles.

²⁴ En cambio, Roys (1957: 43) propuso que la provincia de Cehpech se constituía por 25 caciques, de los cuales sólo 22 eran del linaje Pech. Los tres que no pertenecieron a este linaje fueron: Gaspar Oxte de Bokoba, Juan Ek de Suma, y Pedro Canche de la no identificada ciudad de Chanuinic.

²⁵ Los cuatro restantes pertenecían dos al linaje Canché, uno al Oxté y otro al Ek (Quezada, 2014: 26).

²⁶ No todos los señores del linaje Pech estaban bajo la jurisdicción de Naum Pech, ya que tres señores se ligaron a otros *halach uinibob*: dos a Namox Chel, *halach uinic* de Dzidantún y uno a Nachí Cocom *halach uinic* de Sotuta. Otros cuatro decidieron quedar independientes (Quezada, 2014: 26).

²⁷ Hay discusiones entre los estudiosos sobre la organización social que tuvieron los mayas yucatecos a la llegada de los conquistadores. Por ejemplo, para Quezada, no hubo los tres tipos de organización política territorial sugeridos por Roys, sino dos formas posibles del poder central del *cúuchcabal*: “La primera era aquella en donde el *halach uinic* concentraba ciertas funciones y ejercía otras de manera mediada. La segunda era aquella en la cual las funciones globales estaban depositadas en diferentes personas, que reconocían a una de ellas como su *halach uinic*. Y tanto en una como en la otra este personaje tuvo a su disposición un aparato administrativo, posiblemente de índole estatal, con el fin de gobernar su territorio” (Quezada, 1993: 51-52).

²⁸ Según Quezada “las funciones del *halach uinic* eran religiosas, militares, judiciales y políticas” (Quezada, 1993: 52). Pero no hay una clara evidencia que sugiera que ellos controlaran una organización militar o una jerarquía religiosa, aunque contaran con la presencia de un *ah kin* en cada señorío (Quezada, 2014: 27). El *ah kin* era un dignatario religioso a quien los indios apreciaban mucho para su capacidad de manejo del calendario y los ritos religiosos (*Id.*).

²⁹ Según Okoshi Harada (2018: 19) con el término *batab* se indicaría: “la autoridad o el primer personaje que concierne o arregla asuntos (del señorío)”. Él era el intermediario entre el *halach uinic* y los representantes de los *cah-cuchteelob*. Él administraba el *batabil* bajo encargo del *halach uinic*.

³⁰ Ah Macan Pech también fue tío de Nakuk Pech, hijo de Ah Kom, quien se volvió el *batab* de Chicxulub y nos dejó la *Crónica de Chicxulub* (Roys, 1957: 41). Según Roys, todas estas personas serían miembros del “primer linaje” (*yax ch'ibal*) de sus pueblos al ser descendientes de Nohcabal Pech.

bautizado Pedro Pech y se volvió gobernador y cacique de Yaxkukul. En 1567³¹ todavía tenía este cargo. Tuvo cuatro hijos: Alonso, Miguel, Lucas, y Francisco. Logró pasar sus privilegios a Alonso y Miguel quienes “fueron hechos batabs e hidalgos y se les dio el título de Don” (Roys, 1957: 47). De acuerdo con una lista de impuestos de 1549, el pueblo en ese año tuvo sólo 60 tributarios, “alrededor de 270 personas en total” (Roys, 1957: 47). En 1565 estaba asignado a la corona (Quezada, 2014: 134).

Existen otros dos documentos que hablan de Yaxkukul y aparecen citados por distintos investigadores por ciertos datos interesantes que les sirvieron para argumentar las conclusiones de sus investigaciones: 1) “Ayuda de costa a Juan May, cacique de Yaxkukul”, fechado el 7 de septiembre de 1563, (Quezada, 1993: 64) y 2) un listado de los de los tributarios casados residentes en 1688 en seis ciudades “de la frontera sur de la provincia” de Cehpech, entre los cuales está Yaxkukul (Roys, 1957: 42-43).

Gracias al primer documento, “Ayuda de costa a Juan May, cacique de Yaxkukul (7 de septiembre de 1563)” sabemos que el cacique de Yaxkukul en 1563 fue Juan May (Quezada, 1993: 64). Por el segundo documento sabemos que ningún Pech residía en Yaxkukul en 1688.³²

Finalmente, sabemos que en 1582 Yaxkukul fue pueblo de visita de la guardianía que tuvo como cabecera de doctrina Tixkokob (Hanks, 2010: 299).

LOS DESLINDES DE TIERRAS DE YAXKUKUL*

INTRODUCCIÓN

Los documentos que vamos a analizar son dos versiones del deslinde de tierras de Yaxkukul. Están catalogados por los historiadores del periodo colonial como “Títulos de tierra”.³³ Ambos fueron revisados de manera detenida por importantes mayistas (Barrera Vásquez) o estudiosos (de la historia colonial maya yucateca).

Para su análisis seguimos la clasificación de Barrera Vásquez (1984: 9 y 13), quien denominó “Documento del Deslinde de la Tierras de Yaxkukul 1544 (?) Núm. 1” al texto por él encontrado y traducido, y nombró como “Documento del Deslinde de las Tierra de Yaxkukul (1544) Núm. 2” al texto “Deslindes de Yaxkukul” incluido en la Crónica de Yaxkukul (Martínez Hernández, 1926: 33-37; Barrera Vásquez, 1984: 91-99). De ahora en adelante, para agilizar la exposición usaremos estas abreviaciones de sus nombres: Doc. Núm. 1 y Doc. Núm. 2.

³¹ Esto se sabe con base en la “Carta en donde los caciques piden a S. M., que envíe religiosos franciscanos (1567)”, AGI, Audiencia de México, legajo 367 (cit. en Quezada, 2018: 170).

³² En cambio, resulta ser el patronímico más numeroso (94 personas en total) si sumamos los que vivían en los otros cinco pueblos nombrados: Tixpeual, Tixkokob, Nolo, Ekmul y Euan (Roys, 1957: 42-43).

*Una versión preliminar abreviada de esta parte del texto se encuentra en Straffi, E., “El quincunce en imágenes, textos y paisajes mayas del periodo colonial: un análisis”, en Beatriz Arias Álvarez, Idanely Mora Peralta (coords.), *Discurso virreinal: Géneros, configuración y escenarios* (2023: 399-446), México: Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM.

³³ Al acabar la conquista de la parte nororiental de península de Yucatán, cuando las nuevas autoridades coloniales comenzaron a impulsar una nueva organización espacial para mejorar el control de los pobladores autóctonos, empujaron las antiguas autoridades que habían sobrevivido a medir sus montes, y a crear sus títulos de tierra. Éstos eran un tipo de documento notarial que se presentaba ante las autoridades hispanas “para que se les reconociesen sus derechos tradicionales sobre los montes y evitar posibles conflictos” (Quezada y Okoshi Harada, 2001: 27). Para que fueran aceptadas por las autoridades coloniales los escribanos mayas trataron de seguir en su elaboración el formato y el léxico legal español.

El manuscrito del Doc. Núm. 1 parece que está extraviado; en cambio, el del Doc. Núm. 2 se encontraría resguardado en la Latin American Library de la Universidad Tulane, en Nueva Orleans.

HISTORIA MÍNIMA DE SU DESCUBRIMIENTO

El Doc. Núm. 1 fue encontrado, transcrito y traducido del maya al español por Alfredo Barrera Vásquez, quien lo publicó en 1984, años después que el Doc. Núm. 2. Este documento colonial escrito en lengua maya fue adquirido por el Centro Regional del Sureste del INAH en 1973, y está constituido por “un legajo de 6 hojas de papel español de las cuales 3 —las primeras— son las escritas, a dos caras, y las otras están en blanco. El legajo forma un cuaderno cosido con hilo grueso. Sus medidas son: 30 × 20.5 cm las dos primeras hojas escritas y 30.12 × 21 cm la última hoja escrita y las 3 restantes que están en blanco. El papel tiene filigrana” (Barrera Vásquez, 1984: 9). El documento habría incluido un “mapa de los montes y de todas estas tierras y sus contornos” [*“u mapail kaax / lae y[eetel] tulacal lay luum tupach’ cahal lae”*], que no llegó a las manos de Barrera Vásquez (1984: 42). También sabemos que una copia de este mapa fue dada a cada uno de los pueblos que participaron en el deslinde (Barrera Vásquez, 1984: 12). El texto aparece fechado el 30 de abril de 1544 (Barrera Vásquez, 1984: 12 y 19).

El Doc. Núm. 2 es parte de un documento mayor que asumió el nombre de Crónica de Yaxkukul (Martínez Hernández, 1926: 3).³⁴ Este documento se constituye por distintos textos: a) Crónica de Yaxkukul por Ah Macan Pech (Martínez Hernández, 1926: 5-13); b) Crónica de Yaxkukul segundo documento (Martínez Hernández, 1926: 15-24); c) Crónica de Ah Naum Pech, llamado don Francisco de Montejo Pech, cacique de Motul, inserta por separado en esta Crónica de Yaxkukul (Martínez Hernández, 1926: 25-32); d) Deslindes de Yaxkukul (Martínez Hernández, 1926: 33-37).³⁵

Según Martínez Hernández (1926: 3), el texto fue comisionado por Ah-Macan Pech, cacique de Yaxkukul y redactado por Gaspar Antonio Chi.

El primero en transcribirlo, traducirlo del maya al español y publicarlo en 1926 fue Juan Martínez Hernández. Él cuenta que lo recibió el 6 de marzo de 1918 de manos del Lic. Álvaro Castro Fortuny, quien lo contrató para traducirlo por motivaciones legales, pues se quería usar para resolver un pleito sobre tierras que se refería a la hacienda “Santa María Chi”, propiedad del Lic. don José E. Cámara Chán y de sus hermanos (Martínez Hernández, 1926: 3). Los propietarios habían encontrado este documento entre los títulos de esta hacienda.

El cacique de Yaxkukul y sus convecinos presentaron esta crónica como prueba de sus derechos sobre las tierras en contienda, pero fue rechazada por el juez, D. Juan de Urrea, quien no la consideró válida, por ser “copia simple” y no tener “validación por carecer de autorización de jueces y demás” (Barrera Vásquez, 1984: 98),³⁶ como aparece en la diligencia que practicó el 18 de mayo de 1793, firmada por él y sus testigos de asistencia (Martínez Hernández, 1926: 3).

El documento estaba acompañado por una traducción fechada el 28 de abril de 1769, ya no legible, suscrita por el intérprete general de gobierno, Eusedio de Ayora

³⁴ Esta crónica es muy similar a la crónica de Chicxulub, redactada por Ah-Nakuk Pech, un hermano de Ah Macah Pech, y de la que existen distintas traducciones. La crónica de Chicxulub fue encontrada por D. Juan Pío Pérez e inserta en su colección de documentos conocida con el nombre de Códice Pérez (Martínez Hernández, 1926: 4).

³⁵ *Ibid.*, pp. 33-37.

³⁶ Alfredo Barrera Vásquez, *op. cit.*, p. 98.

(Martínez Hernández, 1926: 3). Los “deslindes” insertados en la crónica de Yaxkukul están fechados 8 de mayo de 1544 (Martínez Hernández, 1926: 33).

En el texto se refiere la existencia de un mapa (*mapail*) que, desafortunadamente, no llegó a nuestras manos (Martínez Hernández, 1926: 37).

POSIBLE DATACIÓN

Los investigadores que estudiaron ambos documentos coinciden en afirmar que se elaboraron después de la fecha consignada en los dos documentos, ya que no fue sino hasta 1552 cuando López Medel dispuso entre sus ordenanzas la que imponía el establecimiento de los linderos.

Si bien está fechado 30 de abril de 1544, Restall³⁷ propone que el Doc. Núm. 1 se elaboró en el siglo XVIII, con base en documentos anteriores que ya no existen o aún no se encuentran (Restall, 1991: 117-130). Hanks (1992: 298) apoya esta datación, mientras que Barrera Vásquez (1984: 101 y 106)³⁸ y Quezada (comunicación personal) tienden a fecharlo para el siglo XVI.

Los estudiosos debaten todavía sobre la veracidad parcial o total del Doc. Núm. 2. En relación con su posible datación, aunque Martínez Hernández (1926: 33) afirma que fue escrito en 1552, para Hanks es posible que se haya inventado en la época del juicio y se falsificó su fecha para poder reivindicar derechos territoriales (Hanks, 2010: 302-303).

DIFERENCIAS ENTRE LOS DOS DOCUMENTOS

Aunque en ambos documentos se narra la ejecución de un recorrido para deslindar las tierras de Yaxkukul, tenemos algunas diferencias entre las dos versiones. Entre éstas destacan: a) Autor: Don Alonso Pech para el Doc. Núm. 1, Ah Macan Pech (Don Pedro Pech) para el Doc. Núm. 2 (García Gavito, 2009: 77; Barrera Vásquez, 1984: 101); b) Encomendero de Yaxkukul: Gonzalo Méndez según el Doc. Núm.1, Julián Doncel para el Doc. Núm. 2 (García Gavito, 2009: 77); c) fecha de realización: el Doc. Núm. 1 está datado el 30 de abril de 1544, el Doc. Núm. 2 el 8 de mayo de 1544 (Hanks, 2010: 297; García Gavito, 2009: 77); d) firmantes: concuerdan sólo parcialmente; únicamente en el Doc. Núm. 2 los signatarios son todos miembros del linaje Pech (Hanks, 2010: 297);³⁹ e) prosa: en el Doc. Núm. 2 se utiliza una forma moderada de

³⁷ “Ya se han hecho algunos comentarios sobre el tema de la autenticidad de Deslinde. Esta es realmente una cuestión de datación: si realmente hubo un registro original de un recorrido de 1544, el Deslinde y sus hermanos son auténticos, aunque inexactos; si se llevó a cabo un recorrido de este tipo (como probablemente sucedió) pero no sobrevivió ningún registro, lo que llevó a la fabricación de uno tres siglos después (invención reproductiva por necesidad), entonces el Deslinde es una invención auténtica del siglo XVIII: un título. Es posible que dicho documento se haya originado en el siglo XVII, cuando hubo cierta recuperación de la población maya, y posteriormente fue copiado periódicamente al igual que la literatura Chilam Balam. Esto, sin embargo, es especulación. Lo que es más seguro es que el Deslinde no es un documento del siglo XVI, por varias razones” (Restall, 1991: 125).

³⁸ Aunque Barrera Vásquez (1984: 101) no se atreve a “decir que sea del siglo XVI, hasta no identificar el papel por sus filigranas”, afirma que su fecha posible es 1544. Además, afirma que el Doc. Núm. 1 fue “auténticamente escrito de mano indígena”, por las siguientes razones: “sus trazos, a veces vacilantes, a ratos bravos enlazando o abreviando; su inconsistencia en el uso del diacrítico que debe marcar las letras que representan sonidos glotalizados; la inseguridad ortográfica de los términos que no son mayas (encomidero, encomindero, por encomendero; Grabier por Grabiél; uattimara por Guatemala; ynformasio, inpmasion por información. Estos errores muestran que “el amanuense fue un indio que había aprendido a escribir su lengua materna con bastante precisión, pero no la española”. En cambio, para Restall (1991: 126) “los dos argumentos empleados por Barrera Vásquez [...] son evidencia de lo contrario”.

³⁹ Además, en el Doc. Núm. 2: a) las autoridades se nombran sin sus títulos de cabildo y tres de los siete citados poseen nombres mayas, hecho muy atípico por los documentos notariales (*Ibid.*: 303); b) las cuatro personas que tienen nombres cristianos ostentan el título de “don” que en el Doc. Núm. 1 tiene sólo al principal, Don Alonso Pech (Hanks, 2010: 303).

prosa cíclica, considerablemente menos elaborada que la del Doc. Núm. 1 (Hanks, 2010: 304); f) la parte histórica: se suprime en el Doc. Núm. 2; g) el listado de los lugares donde se ubicaron los mojones, su cantidad y el tipo no coinciden totalmente; sólo 21⁴⁰ de los 28⁴¹ nombrados en el Doc. Núm. 1 se hallan entre los 27⁴² mencionados en el Doc. Núm. 2.⁴³ Aunque algunos nombres de los lugares no coinciden totalmente en las dos versiones del documento presentan una cierta semejanza que permite identificarlos como el mismo punto de referencia.

Principalmente los lugares donde se colocaron las mojoneras están asociados con pozos (*ch'en*),⁴⁴ montículos antiguos de piedra (*multun*)⁴⁵ o cruces que están en caminos (García Gavito, 2009: 77). Barrera Vásquez (1984: 102, 104 y 106) representa en dos mapas los dos recorridos del perímetro de las tierras de Yaxkukul y afirma que “las figuras geométricas resultantes de la superficie delimitada son semejantes”. Hanks (2010: 301 y 303) les aporta algunas modificaciones secundarias aceptando en esencia su propuesta.

EL USO DE LA CATEGORÍA *TIITZ* EN LOS DOS DOCUMENTOS

A continuación analizaremos el uso del concepto de *tiitz* en los dos documentos. Para el Doc. Núm. 1 presentamos también algunas de las características generales que los estudiosos le asignan y nos parecen relevantes.

Basamos nuestra interpretación en la transcripción y traducción de los dos documentos realizada por Barrera Vásquez (1984). Por lo que sabemos, de quienes se acercaron al estudio

⁴⁰ Para realizar este cálculo nos basamos en los listados de los nombres de los lugares inspeccionados que acompañan los mapas 12 y 13, publicados por Hanks (2010: 301 y 303) y en el cuadro comparativo de los nombres de los puntos y los mapas presentado por Barrera Vásquez (1984: 102-105). Sobre el reconocimiento de tres lugares tengo algunas dudas ya que los nombres de las localidades cambian significativamente.

⁴¹ En el Doc. Núm. 1 se mencionan los siguientes puntos de referencia para realizar el perímetro: (1) Ch'en Chacnic-té (pozo), (2) Kancab ch'en (pozo), (3) Cruce de camino a Mocochá, (4) Ch'en Ts'ats'a (pozo), (5) Ch'en Kanpépen (pozo), (6) Ch'en Chun Catzin (pozo), (7) Chun Mul Ac (montículo), (8) Cruzamiento de camino a Sicpach, (9) Halal Actun (gruta), (10) Huhbil Ch'en (pozo), (11) Ch'en Chacabal (pozo), (12) Ch'en Kan pepen (pozo), (13) Ch'en Cacabil Utzte (pozo), (14) Ch'en Siquib (pozo), (15) Cruzamiento de camino a Nolo, (16) Ch'en Ch'uuum (pozo), (17) Ch'en Chac-hil (pozo), (18) Ch'en Tah Tzek (pozo), (19) Cacabil Ticin Mul, (20) Cacabil Yax Icim (gran pirámide), (21) Ch'en Pisté (pozo), (22) Ualah Tunich, (23) Ch'en Kanpocolché (pozo), (24) Cruzamiento de camino a Kumche'el, (25) Tan Kancab, (26) Ch'en Haltun (pozo), (27) Ch'en Euan Cauich (pozo) y (28) Yok Muux (Barrera Vásquez, 1984: 103 y 105).

⁴² En el Doc. Núm. 2 se nombran los siguientes puntos de referencia: (1) Ch'en Chacnic-té, (2) Ch'en Dzadza (pozo y pirámide), (3) Kanpepenil, (4) Chun Catzim, (5) Pacabtun, (6) Komsahcab, (7) Camino de Sicpach, (8) Actun Yan Halalí, (9) Huhbil Ch'en, (10) Chacabal, (11) Kanpepenil, (12) Usteel, (13) Camino a Nolo, (14) Camino a Tixkokob (cruce de camino), (15) Cacab Luum, (16) Ch'en Chac-hil, (17) Ch'en Tah Tzec, (18) Tan Kancab, (19) Ticin Mul (pozo), (20) Yax Icim (ángulo), (21) Pistee, (22) Tix Ualah Tunich, (23) Tix Kumcheil (camino), (24) Ch'en Haltun, (25) Tah Euan Cauich (esquina), (26) Yok Mux, (27) Sahcab Luum. Barrera Vásquez se olvidó poner en su cuadro comparativo, que cotejé con el que se encuentra en el mapa de Hanks (2010: 303) y con el texto del documento (Barrera Vásquez, 1984: 94), el lugar Tan Kancab. Este lugar lo marcó en su mapa (Barrera Vásquez, 1984: 104). Además, en el cuadro pone al principio y al final de la columna dedicada al Doc. Núm. 2 dos veces el lugar Chacnité, diferenciándolo entre el primero, que sería un *ch'en*, y el segundo que sería un montículo. Pero en su mapa lo pone como un único punto de referencia.

⁴³ Véase el cuadro comparativo a doble columna de los lugares donde se colocaron las mojoneras realizado por Barrera Vásquez (1984: 103, 105) considerando los problemas mencionados en la nota 42.

⁴⁴ *Ch'een*: “pozo, cisterna o cueva de agua” (Marín Arzápalo, 1995: 261).

⁴⁵ *Multun*: “montón grande de piedras o montecillo hecho así a mano” (Marín Arzápalo, 1995: 534).

de ambos textos ese autor fue el primero en visitar⁴⁶ algunos de los lugares ahí citados.⁴⁷ En cambio, para los nombres de los lugares usamos las transcripciones de las denominaciones que se encuentran en los mapas de Hanks (2010: 301 y 303). Al revisar atentamente el uso del con cepto de “esquina” en ambas fuentes, noté que se utilizaban, en particular, dos palabras en lengua maya: *tiitz* y *sicina* (o semejantes transcripciones). Esta última es un probable préstamo de la palabra española.

Según la interpretación de Hanks, cuando ambas categorías se asocian con la palabra *noh*, “grande”, se utilizaron para denominar los lugares “en los cuales la dirección cardinal” del perímetro “cambia de manera significativa” (Hanks, 2010: 290). En cambio, yo creo que su uso en el Doc. Núm. 1 tuvo otro significado.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS INTERESANTES DEL DOC. NÚM. 1

En el Documento del Deslinde de las Tierras de Yaxkukul 1544 Núm. 1 Hanks identifica tres secciones: 1) 1-111 incluye “la apertura, con la declaración de las coordenadas deícticas en las que el texto afirma haber sido producido, los poderes en cuyo nombre se compuso y los autores (listados por nombre con títulos de cabildo)” (Hanks, 2010: 297); 2) 112-308: “cubre el recorrido de los límites de Yaxkukul, realizado por nobles locales y emitidos en la prosa cíclica del *tzol* ‘ordenamiento, conteo’” (Hanks, 2010: 297-298) 3) 309-483: se reafirma “el texto como auténtico, verdadero y representativo del consenso de las élites locales” (Hanks, 2010: 298). Además, exhibe dos características que se encuentran en documentos semejantes precedentes: 1) “en el texto se afirma que fue producido en respuesta a las directivas del oidor Tomás López Medel”; 2) “registra una procesión en la que se colocaron mojones en el paisaje para fijar las fronteras de la localidad que se estaba recorriendo” (Hanks, 2010: 298).

El recorrido de los linderos en el Documento Núm. 1 de Yaxkukul fue del tipo *tzol*.⁴⁸ Finalmente, Hanks afirma que hay una “fuerte evidencia” de que Yaxkukul había sufrido el proceso de reducción⁴⁹ ya que durante el recorrido se menciona la presencia de cinco cruces “preexistentes en el paisaje” (Hanks, 2010: 300).

EL USO DE LA CATEGORÍA *TIITZ* EN EL DOC. NÚM. 1

En su análisis del Doc. Núm. 1, Hanks señala en el mapa (Figura 3)⁵⁰ la existencia de 5 *noh tiitz* (“gran esquina”) con base en su propia categorización de ellas (Hanks, 2010: 290). Sus nombres son Ch’en Dzadza (4), Halal Actun (9), Tikin Mul (19), Camino a Kumcheil (24), Ch’en Euan Cauich (27). Pero en su tabla 18 registra la presencia de sólo 4 *tiitz*, quizá con base en el texto del documento (Hanks, 2010: 305).

⁴⁶ En efecto, dice que “varios de los puntos de referencia del deslinde fueron sitios poblados prehispánicamente; algunos fueron hallados por mí y visitados por el doctor Edward B. Kurjack, del Centro Regional del Sureste, INAH” (Barrera Vásquez, 1984: 107). Sus visitas fueron confirmadas por dos habitantes de Yaxkukul durante mi trabajo de campo en esa comunidad. Uno de ellos confirmó también la presencia de Kurjack.

⁴⁷ No sabemos en qué fecha se realizaron estos recorridos. Quizá fueron estas visitas las que permitieron al autor dibujar los dos mapas (Barrera Vásquez, 1984: 102 y 104) que presenta en su obra.

⁴⁸ Con este término se entiende que fue realizado por las autoridades de Yaxkukul, quienes recorrieron los límites de sus tierras, junto con los gobernantes de los pueblos con los cuales compartían la frontera, por la parte que le correspondía a cada uno (Hanks, 2010: 298-299).

⁴⁹ “El proceso concreto de la ‘reducción/congregación’ de los asentamientos indígenas en unos determinados sitios comenzaba por seleccionar ‘un lugar cómodo y conveniente’ donde construir la iglesia [...], muchas veces eran las cabeceras de los *batabilob*, y trazaban la plaza y las calles con lugares señalados para construcciones públicas, como casas de gobierno y casas particulares, etc. [...]” (Okoshi Harada, 2018: 21).

⁵⁰ Para realizar sus mapas de los Documentos Núm. 1 y Núm. 2, Hanks usó el perímetro de los mapas de Barrera Vásquez (1984: 102 y 104).

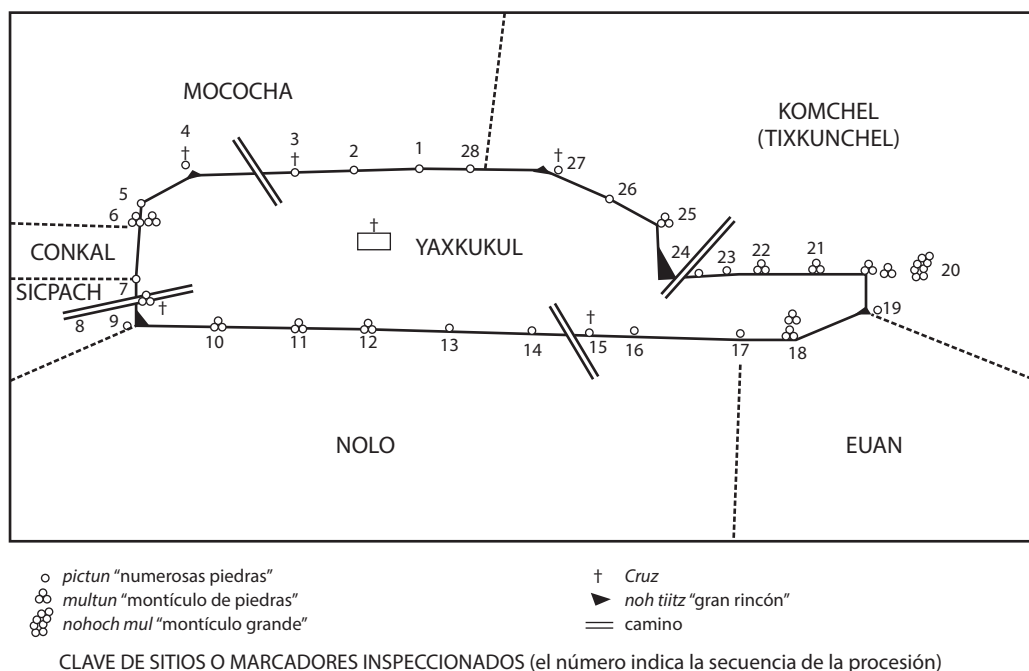


Figura 3: Mapa del recorrido relatado en el Documento Núm. 1 de Yaxkukul.
Imagen tomada de: William F. Hanks, *Converting words: Maya in the age of the cross*,
Berkeley, University of California Press, 2010: 301.

Resulta interesante que no haya marcado como esquinas otros ángulos que se observan en el mapa, entre ellos los puntos 5, 18, 20, 25. Con respecto a las cruces, en la tabla y en el mapa se registra la presencia de cinco en los puntos 3, 4, 8, 15, 27. Las de los puntos 3, 8, 15 se encuentran a los lados de los caminos que van hacia distintos pueblos, las de los puntos 4 y 27 corresponden a las esquinas.

A continuación presento un análisis pormenorizado de las partes del texto del Doc. Núm. 1 que considero relevante para comprobar mi hipótesis interpretativa.

Una primera esquina se nombra durante el recorrido al llegar al lugar llamado Ch'en Dzaza (4). Las autoridades de Yaxkukul realizan esta parte del recorrido junto con los gobernantes de Mococho.

- | | |
|--|--|
| 131. <i>chikintan yn binel</i> | 131. Hacia el poniente proseguí |
| 132. <i>y ah mocochoab latulah</i> | 132. con los mocochoabenses hasta |
| 133. <i>u kuchul yokol / <u>chen</u></i> | 133. llegar sobre el pozo <u>Ch'e'en</u> |
| 134. <i><u>aa</u> yan Crusi <u>ti noh sicina</u> =</i> | 134. <i>Ts'ats'a'</i> donde está una cruz en la esquina principal. |
| 135. <i>ti yan pictuni ti noh tiitz /</i> | 135. Allí se encuentra el mojón en el <u>ángulo principal</u> |
| 136. <i>luum lae ti cu sutti</i> | 136. <u>de la tierra</u> ésta; allí se giró |
- (Barrera Vásquez, 1984: 24)

Para mi argumentación resulta fundamental el uso de la frase *noh tiitz luum* traducida por Barrera Vásquez como “el ángulo principal de la tierra”, uso que considero similar

a lo que se realiza en los rezos recopilados por distintos antropólogos en comunidades yucatecas actuales.

La segunda mención del concepto *tiitz* se asocia con el lugar llamado Halal Actun (9). En este momento las autoridades de Yaxkukul caminan juntas con los dirigentes de Sicpach.

- | | |
|---|--|
| 162. <i>Cacathil / yn binel yetelob</i> | 162. A la par fui con ellos; ⁵¹ |
| 163. <i>noholtan yn binel</i> | 163. hacia el Sur fui |
| 164. <i>latulah u hokol yokbe /</i> | 164. hasta salir al camino |
| 165. <i>binan tac Sicpach taban tac</i> | 165. que va a Sicpach dependiente |
| 166. <i>yaxkukul ti yan Crusi;</i> | 166. de Yaxkukul; allí está una cruz |
| 167. <i>y mul/tun ca manac</i> | 167. y un montón de piedras donde se pasó |
| 168. <i>noholtan u binel</i> | 168. al Sur; yendo |
| 169. <i>y ah Sicpachob latulah /</i> | 169. <i>en compañía de los de Sicpach, hasta</i> |
| 170. <i>u kuchul yok halal actun</i> | 170. llegar sobre Halal Actun |
| 171. <i>yan yalil ti yan pictuni</i> | 171. que tiene agua. Allí se halla el mojón |
| 172. <i>ti lay noh/secina luumla</i> | 172. en la gran esquina de estas tierras, |
| 173. u tiitz ti cin patic | 173. su ángulo . Allí dejó |
| 174. <i>ah sicpachobi =</i> | 174. a los de Sicpach |

(Barrera Vásquez, 1984, *Ibid.*: 26).

El tercer “gran ángulo de estas tierras” se localiza en el pueblo de Tikin Mul (19).⁵² En este lugar las autoridades de Yaxkukul dejan de caminar con los gobernantes de Euan para proseguir el recorrido de los linderos con las autoridades de Kumcheel.

- | | |
|---------------------------------------|---|
| 213. <i>pictuni ti cin patic</i> | 213 un mojón; allí ⁵³ dejó |
| 214. <i>ah nohol / ti cin</i> | 214. A los noloenses; allí |
| 215. <i>chic ah euanobi</i> | 215. tomé a los de Euan |
| 216. <i>lakintan u binel yetel</i> | 216. hacia el Oriente se va [fui] con |
| 217. <i>euanob Ca ku/chuc</i> | 217. los euanenses, para llegar |
| 218. <i>yokol chen tah tzek</i> | 218. sobre el pozo Ch’e’en Tah-tzek’ |
| 219. <i>ti yan multuni layli</i> | 219. Allí hay un montón de piedras
de los mismos |
| 220. <i>ah euanob /</i> | 220. euanenses |
| 221. <i>yn lake ca manac lakin</i> | 221. mis compañeros; pasamos hacia el Oriente- |
| 222. <i>xaman u binel layli</i> | 222. Norte (Noreste) se va [fui] con los mismos |
| 223. <i>euanob yn lake /</i> | 223. euanenses mis compañeros, |
| 224. <i>ca kuchuc tu cacabil</i> | 224. hasta llegar al pueblo de |
| 225. <i>ticin mul ti yan</i> | 225. <u>Ticinmul</u> ; allí se encuentra |
| 226. <i>pictuni tu nohol ti cin /</i> | 226. un mojón sur. Allí |
| 227. <i>patic ah euanobi</i> | 227. dejó a los euanenses. |
| 228. <i>ti lay noh tiitz luum lae</i> | 228. Allí en el gran ángulo de estas tierras |
| 229. <i>noh sicina ti/ cu sut</i> | 229. <i>la gran esquina</i> , se torna |
| 230. <i>xamantan u binel ti cin</i> | 230. hacia el Norte y se sigue; allí |

⁵¹ El Señor Ixkil Itzam Pech de Sicpach y sus súbditos (Barrera Vásquez, 1984: 25-26).

⁵² En su mapa del Doc. Núm. 1 Hanks transcribe este nombre como Tikin Mul (19).

⁵³ En el pozo Ch’e’en Chac-hil.

- | | |
|-------------------------------------|---------------------------------|
| 231. <i>chic yn yum Dn Martin /</i> | 231. tomé a mi Señor Don Martín |
| 232. <i>Pech likul kumcheel</i> | 232. Pech de Kumch'e'el |
| 233. <i>y u kuchteellob</i> | 233. y a sus súbditos |
- (Barrera Vásquez, 1984: 29-31).

El cuarto “ángulo principal” se localiza en el lugar llamado Ch'en Euan Cauich (27). Para llegar se pasa por el punto 24, es decir, el mojón colocado en el Camino a Kumcheil. Aunque en el mapa del libro de Hanks señala este lugar como “gran esquina”, en el texto no se usa esta categoría:

- | | |
|--|---|
| 252. <i>ti yan pictuni ca manac</i> | 252. Allí ⁵⁴ está un mojón y se pasa |
| 253. <i>chikintan u binel /</i> | 253. hacia el Poniente; fueron |
| 254. <i>layli ah Kumcheel yn lake</i> | 254. los mismos kumcheelenses mis compañeros, |
| 255. <i>latulah u hokol yokbe</i> | 255. hasta salir sobre el camino |
| 256. <i>bi/ nan tac Kumcheel</i> | 256. que va a Kumcheel |
| 257. <i>binan tac yaxkukul</i> | 257. y que va a Yaxkukul |
| 258. <i>ti yan pictuni /</i> | 258. donde está un mojón |
| 259. <i>ca manac xamantan</i> | 259. para pasar hacia el Norte |
| 260. <i>u binel layli ah Kumcheel</i> | 260. a donde fueron los mismos kumcheelenses |
| 261. <i>yn/ lake ca kuchuc</i> | 261. mis compañeros, para llegar |
| 262. <i>Tan kancab ti yan multuni</i>
<i>ca manac</i> | 262. a Tankancab, allí hay un
montón de piedras para pasar |
| 263. <i>chikin xaman u binel layli</i> | 263. al Noroeste, a donde fueron los mismos |
| 264. <i>ah kumcheel yn lake</i> | 264. kumcheelenses mis compañeros, |
| 265. <i>ca / kuchuc chem haltun</i> | 265. para llegar al pozo Ch'e'en Haltun |
| 266. <i>ti yan pictuni</i> | 266. donde está un mojón |
| 267. <i>ca manac xaman</i> | 267. para pasar al Nor- |
| 268. <i>chil/kin u binel</i> | 268. oeste por donde fueron |
| 269. <i>layli ah Kumcheel</i> | 269. los mismos kumcheleenses |
| 270. <i>yn lake ca kuchuc</i> | 270. mis compañeros, para llegar |
| 271. <i>yol/ chen euan cauich</i> | 271. sobre el pozo Ch'e'en Euan cauich. |
| 272. <i>ti yan pictuni yan Crusi</i> | 272. Allí está un mojón que tiene una cruz, |
| 273. <i>noh tiitz luum</i> | 273. el ángulo principal de estas tierras |
- (Barrera Vásquez, 1984: 29-31).

Entonces, hay cuatro lugares, que están señalados con el término *tiitz* en el Doc. Núm. 1. Además, se remarca sus importancias a través del concepto *noh*, grande, principal.

En la última parte del documento se subraya como la información que se presenta corresponda a “los términos de las tierras que rodean Yaxkukul” (*xul u chi/ u luumil u pachcah yaxkukul lae*) y se señala como ésta fue recopilada “*ad hoc* para que sea sabido por todos los individuos residentes de antaño y de los tiempos venideros”, y “las comunidades a él sujetas”, es decir, para todos los habitantes de Yaxkukul presentes y futuros (Barrera Vásquez, 1984: 34-35).

⁵⁴En el pozo Ch'e'en Kanpocolche'.

*tian noh sicinai. Tu chun u
mulil Dzadzá yan cruzi.*

allí está la *esquina grande*. Al
pie del cerro de Dzadzá está la cruz
(Barrera Vásquez, 1984: 92).

Se usa la fórmula *noh sicinai* para nombrarla.

La segunda gran esquina se ubica en Chun Catzim (4). Ésta *noh sicina* se menciona sólo en el Doc. Núm. 2:

*Binbal tan u tzolol u yam ppic-
Tunil utial u chucic Chun-catzim
tiah noh sicina; ti yan cruzi*

Yendo, poniendo mojoneras a in-
tervalos regulares en solicitud de Chun-catzim,
allí está la *gran esquina*; allí está la cruz
(Barrera Vásquez, 1984: 93).

La tercera gran esquina se encuentra en Yok Actun Yan Halali (8); esta *noh sicina* coincide probablemente con la nombrada Halal Actun (9) en el Doc. Núm. 1:

*U xul u lum Ah-Sicpachob, bin-
bal noholtan,
u chucic noh sicina Yok-actun
yan halali, tiah noh sicina;*

Desde el término de las tierras
de los Zicpach; yendo ahora
con rumbo al sur, en solicitud de
la *esquina grande* de Yok-actun,
en donde hay carrizales;
allí está la *esquina grande*;
en el carrizal de Yok-actun está la cruz
(Barrera Vásquez, 1984: 93).

En la frase que sigue del documento se utiliza la voz *titz*. Pero no está claro si esta categoría se asocia a Yok-actun u otro lugar:

*U **titz** u kax Ah-nolob binbal
likintan tu lakín halal
u chucic Hubbil-dchen.*

Desde **el ángulo** de los montes
de los de Nolo, yendo con rumbo al oriente, al
oriente de los carrizales, se alcanza Huhbil-dchen
(Barrera Vásquez, 1984: 93).

Posteriormente, la voz *titz* se utiliza otra vez al asociarla con el lugar Kan-cab:

*Binán u tzolan u ppictunil, binán
likintan u chucic u hol dchen
Tah-tzek lae;
tian ppictuni u **titz**
tan Kancab.*

Van en orden las mojoneras, con
rumbo al oriente, se alcanza el
pozo de Tah-tzek;
está la mojonera en el **ángulo**
frente a Kan-cab
(Barrera Vásquez, 1984: 94).

La cuarta gran esquina, *noh sicina*, se localiza en el idéntico lugar del Doc. Núm. 1, Ticin Mul:

*Binán lakín, tan tzolan
u binel
u ppictunil u chuchic Ticin-mul;*

Rumbo al oriente,
llevando en
orden las mojoneras, se llega a Ticin-mul;

<i>Tu hol dchen Ticin-mul, tian</i>	a la orilla del pozo de <i>Ticin-mul</i> , está
<i>Ppictuni; noh sicina yan cruzi.</i>	la mojonera; en la <i>esquina grande</i> está la cruz
	(Barrera Vásquez, 1984: 94-95).

Una quinta gran esquina, *noh sicinai* se ubica en Yax Ycim, un lugar nombrado también en el Doc. Núm. 1, pero no como esquina:

<i>Cu binel xamantan, tzolán u binel</i>	Se dirige al norte, ordenadas
<i>u ppictunil tan u binel u chucic</i>	las mojoneras en solicitud de
<i>Yax-ycim, tian noh sicinai. Tu</i>	Yax-ycim, allí está la <i>esquina</i>
<i>chumucil Yax-ycim, tian cruzi.</i>	<i>grande</i> . En medio de Yax-ycim está la cruz
	(Barrera Vásquez, 1984: 95).

Igualmente, este punto está relacionado con el vocablo *tiitz*:

U noh <i>tiitz sutpahan chikinxaman.</i>	El ángulo grande se vuelve al noroeste.
	(Barrera Vásquez, 1984: 95).

A continuación, se usa la palabra esquina en el documento como indicador de dirección:

<i>Cu binel u ximbal</i>	Se caminan como
<i>bal bay cappel sicinae</i>	unas <i>dos esquinas</i> y
<i>cu yocol chikintan; tian multuni</i>	se centra al Poniente; allí está
<i>tu chikin be.</i>	la mojonera al poniente del camino.
	(Barrera Vásquez, 1984: 95).

Por último, la sexta gran esquina, *noh sicina*, se encuentra en Tah Euan Cauich (25), y quizá coincide con la cuarta del Doc. Núm. 1.⁵⁶

<i>Binán chikintan tzolan u binel u</i>	Se dirijen al poniente, van orde-
<i>ppictunil u chucic yokol Dchen haltun.</i>	nadas las mojoneras y se alcanza Chen-haltun.
<i>Ti lakintan u talel cu bienel chikin</i>	Viniendo del oriente se dirige al
<i>xaman u chucic <u>noh sicina</u></i>	noroeste y llega al <i>ángulo grande</i>
<i>tah Euan Cauich; tian cruzi. Noh</i>	<i>de Euán Cauich</i> ; allí está la cruz. Desde
<i>sicina tzol ppictun u binel tal</i>	la <i>gran esquina</i> las <i>yox-mux</i> ; mojoneras ordenadas
<i>tian ppictnuni.</i>	se dirigen a <i>Yok-mux</i> ; allí está la mojonera.
	(Barrera Vásquez, 1984: 95).

INTERPRETACIÓN FINAL DEL USO DE LA PALABRA *TIITZ* EN LOS DOS DOCUMENTOS

Como se ha visto, la palabra *tiitz* se usa de manera distinta en los dos documentos. Si en el Doc. Núm. 1 las cuatro grandes esquinas (*noh tiiz*) al ser “ángulos principales” de las tierras de Yaxkukul expresan el mismo significado simbólico que aún se encuentra a ni-

⁵⁶ Ch'en Euan Cauich (27).

vel etnográfico en muchas comunidades mayas, en el Doc. Núm. 2 es claro que las esquinas se interpretan más bien en el sentido formulado por Hanks. En lugar de *tiitz* se usan las categorías *sicina* y *titz*. En pocas palabras, en el segundo documento el sentido “tradicional” simbólico se diluye y se integra con la visión mensural de las esquinas. El autor o los autores del Doc. Núm. 2 no la resaltan como algo fundamental del pensamiento nativo. Quizá el Doc. Núm. 1 logró recopilar el significado posclásico de las esquinas por su fecha de realización, poco posterior a la conquista. Les ayudó el hecho de que se ocupó de registrar los linderos de un único asentamiento de tamaño e importancia reducida. En cambio, el autor o los autores del Doc. Núm. 2 no señalaron el significado quincuncial porque ya no lo conocían o porque no lo consideraron relevante para el uso específico del documento como prueba en un pleito legal.

CONCLUSIONES

Ambos documentos analizados representan un elemento *sui generis* en el panorama de los textos coloniales yucatecos. Sus dos versiones que recordamos narran la formalización de límites administrativos fijos, lo que fue un acto fundamental para impulsar el cambio en la concepción espacial de los mayas conquistados; muestran, por un lado, el intento de preservación de la concepción quincuncial anterior (Doc. Núm. 1) y, por el otro, su posible pérdida o falta de interés en preservarla claramente en la documentación aportada como prueba en un tribunal virreinal (Doc. Núm. 2).

El Documento Núm. 1, según mi interpretación, tiene la excepcionalidad de conservar y querer transmitir a las futuras generaciones de Yaxkukul la importancia de la antigua concepción espacial simbólica asociada con las esquinas, es decir, la de representar sus puntos fundacionales. En cambio, ésta se pierde de alguna forma —o no queda registrada de manera evidente— en el Doc. Núm. 2, al grado de que hay una gran probabilidad de que ni siquiera quien lo escribió la conociera.

Aunque estos documentos fueron revisados de manera atenta por destacados estudiosos de la historia colonial maya, ninguno se percató de este posible intento de preservar una concepción espacial posclásica. Una concepción que todavía se percibe en los rezos y los *habitus* de muchas comunidades mayas actuales.

Para lograr esta interpretación resultaron esenciales, por un lado, los diccionarios coloniales que, con sus traducciones reveladoras, nos mostraron la importancia de la palabra *tiitz* y su relación con paisajes concretos; por el otro, mis conocimientos etnográficos resultado de largas conversaciones en campo con rezadores tradicionales de distintas comunidades. Entre los pliegues de las palabras del primer título, el uso de la fórmula *noh tiitz luum*, el “ángulo principal de la tierra” para cuatro de los lugares concretos visitados, Chen Dzaza, Halal Actun, Tikin Mul, Ch'en Euan Cauich, señala su importancia simbólica como lugares en los que tal vez se realizaron rituales de carácter fundacional. Estos lugares son algunos de los que crean de manera tangible la relación de reciprocidad entre una identidad colectiva y su paisaje vivencial. En artículo posterior, meramente etnográfico, mostraré si estos puntos siguen siendo importantes por los actuales habitantes de Yaxkukul, y si guardan relación con los puntos de salida y puesta del sol en los días solsticiales.

REFERENCIAS

- Álvarez, C. (1980 / 1997). *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial*, México: Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Mayas-UNAM. Tomo I,
- Arzápalo Marín, R. (1995). *Calepino de Motul/ Diccionario Maya-Español*, t. I. México: UNAM.
- Barrera Vásquez, A. (Ed.) (1984). *Documento núm. 1 del deslinde de tierras en Yaxkukul, Yuc.* Científica. Lingüística, 125. México: Centro Regional del Sureste-INAH.
- De la Garza, M. (Coord.) (2008). *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán (Mérida, Valladolid y Tabasco) I*. A.L. Izquierdo, Ma. C. León Cazares y T. Figueroa (Eds.) (2008). México: Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Mayas-UNAM.
- Farris, N. M. (1992). *La sociedad maya bajo el dominio colonial. La empresa colectiva de la supervivencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- García Gavito, J. (2009). Pinceladas acerca de la historia de un pueblo maya: Yaxkukul, Yucatán, México. *Revista Destiempos* 3(18): 67-83.
- Gómez Ramírez, M. (1988). *Ofrenda de los ancestros en Oxchuc*. Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado / Instituto Chiapaneco de Cultura-Dirección de Fortalecimiento y Fomento a las Culturas, Subsecretaría de Asuntos Indígenas.
- Hanks, W. F. (1992). Intertextualité de l'espace au Yucatan. *L'Homme* 32(122): 53-74.
- (2010). *Converting Words: Maya in the Age of the Cross*. Berkeley: University of California Press.
- Holland, W. R. (1963). *Medicina maya en los Altos de Chiapas*. México: Dirección de Publicaciones-INI.
- Köhler U. (1995). *Chonbilal Ch'ulelal-Alma vendida. Elementos fundamentales de la cosmología y religión mesoamericanas en una oración maya-tzotzil*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- Martínez Hernández, J. (1926). *Crónicas mayas. Crónica de Yaxkukul*. Mérida: Talleres de la Compañía Tipográfica Yucateca.
- Medina Hernández, A. (2000). *En las cuatro esquinas, en el centro. Etnografía de la cosmovisión mesoamericana*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.
- Ochiai, K. (2003). Los mayas paisajistas: transmisión de “la cultura de lo perecedero” a través de los siglos. En D. Domenici, C. Orsini, S. Venturoli (Eds.). *Il sacro e il paesaggio nell'America indigena*. Bolonia: Clueb.
- Okoshi Harada, T. (2009). *Códice de Calkiní*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Mayas-UNAM.
- (2018). De lo ajeno impuesto a lo nuestro fundado: el proceso de “domesticación” del espacio en los pueblos indios de la gobernación de Yucatán. En O. Harada Tsubasa, J. Machault, A. Sarmiento Tepoxtecatl (Coords.) (2018). *Recorriendo el lindero, trazando la frontera. Estudios interdisciplinarios sobre el espacio y las fronteras en las sociedades indígenas* (pp. 14-35). México: UNAM.
- Quezada, S. y T. Okoshi Harada. (2001). *Papeles de los Xiu de Yaxa, Yucatan*. México: Centro de Estudios Mayas-UNAM / Plaza y Valdés.
- Quezada, S. (1993). *Pueblos y caciques yucatecos, 1550-1580*. México: El Colegio de México.
- (2014). *Maya Lords and Lordship: The Formation of Colonial Society in Yucatán, 1350-1600*, Norman: University of Oklahoma Press, 2014.
- Quintal Avilés, E. J. R. Bastarrachea, F. Briceño Chel, M. Medina, R. Petrich, L. Rejón, B. Repetto y M. Rosales (2003). U lu'umil maaya w'íniko'ob: la tierra de los mayas. En A. Bara-

- bas (Coord.). *Diálogos con el territorio. Simbolizaciones sobre el espacio en las culturas indígenas de México*. T. I (pp. 275-360). México: INAH.
- Restall, M. (1991). Yaxkukul Revisited: Dating and Categorizing a Controversial Maya Land Document. *Historical Journal* 11(0): 114-130.
- Restall, M. (1997). *The Maya World: Yucatec Culture and Society, 1550-1850*. Stanford: Stanford University Press.
- Roys, R. L. (1943). *The Indian Background of Colonial Yucatan*. Washington, D. C.: Carnegie Institution of Washington.
- ____ (1957). *Political Geography of the Yucatan Maya*. Washington, Carnegie Institution of Washington, 1957.
- Sosa, J. R. (1991). Las cuatro esquinas del mundo: un análisis simbólico de la cosmología maya yucateca. En J. Broda, S. Iwaniszewski y L. Maupomé (Eds.). *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica* (pp. 192-201). México: UNAM.
- Straffi, E. (2022). *Ofrendas para la lluvia: transformaciones en los recorridos rituales en el sur de Chiapas*, México: UACM.
- ____ (2023). “El quincunce en imágenes, textos y paisajes mayas del periodo colonial: un análisis”. En Beatriz Arias Álvarez, Idanely Mora Peralta (Coords.). *Discurso virreinal: Géneros, configuración y escenarios* (pp. 399-446). México: Instituto de Investigaciones Filológicas-UNAM.
- ____ (2018). El quincunce entre los mayas: un estado de la cuestión. *Revista Inclusiones* 5: 35-75.
- ____ (2019). Cartografía participativa de los paisajes vivenciales indígenas: propuesta teórico-práctica para su implementación en México. *Ciencias de la Documentación* 5(1): 28-43.
- Villa Rojas, A. (1968). Los conceptos de espacio y tiempo entre los grupos mayances contemporáneos. En M. León-Portilla (Ed.). *Tiempo y realidad en el pensamiento maya: ensayo de acercamiento* (pp. 121-163). México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- Vogt, E. Z. (1988). *Ofrendas para los dioses. Análisis simbólico de rituales zinacantecos*. México: FCE.

RECURSOS ELECTRÓNICOS

- Gómez Navarrete, J. A. (2009). *Diccionario introductorio Español-Maya y Maya-Español*. Chetumal: Universidad de Quintana Roo, disponible en: <<http://www.uqroo.mx/libros/maya/diccionario.pdf>>, consultada el 11/12/2021.
- Rasmussen, Ch. H- y S. Terán (1990). Rezo en ceremonia de *ch'a' cháak*, disponible en: <http://www.mayas.uady.mx/exposiciones/exp_05555.html>, consultada el 19/12/21.
- RAE (Real Academia Española) (2014). Quincunce. En *Diccionario de la lengua española*. disponible en: <<http://dle.rae.es/?id=UtPhfkO>>, consultada el 12/12/2021.

LA LITERATURA MEXICANA EN ITALIA: ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Stefano Tedeschi
Sapienza Università di Roma

LA LITERATURA MEXICANA EN ITALIA EN EL MARCO CONTINENTAL

La difusión de la literatura mexicana en Italia se sitúa dentro de un cuadro más general que abarca todo el campo de la literatura hispanoamericana, tema que ha tenido una significativa atención de parte de la crítica, ya que Italia fue uno de los países que mejor han acogido las obras de autores y autoras de un continente con el cual siempre tuvo una relación privilegiada (Tedeschi, 2008). La recepción de sus libros construyó —sobre todo a partir de los años sesenta— un verdadero mito cultural, con sus luces y sombras: hubo aportes relevantes de la crítica literaria y de los estudios académicos italianos, a lado de una casi inevitable elaboración de estereotipos que todavía pesan sobre una comprensión más adecuadas de las variadas realidades latinoamericanas.

La posición de la literatura mexicana dentro de este marco resulta bastante peculiar, ya que después de un inicio muy prometedor, con la publicación casi simultánea al inicio de la década de las obras de tres grandes autores (Rulfo, Paz y Fuentes), esta presencia se fue diluyendo hasta una progresiva desaparición, y habrá que esperar los noventa, y finalmente el nuevo milenio, para que autores y autoras de México vuelvan a recuperar el espacio que se merecen en las librerías italianas.

Antes de la década de los sesenta, en efecto, la curiosidad de posibles lectores italianos sobre la literatura mexicana no hubiera encontrado respuesta: las pocas traducciones se remontaban a los años cuarenta, cuando aparecieron algunas traducciones aisladas de las novelas de la Revolución (Guzmán, 1942; Muñoz, 1944; Azuela, 1945; Magdaleno, 1947; Revueltas, 1948), que no provocaron el menor interés de parte de la crítica y del público, tanto que fueron totalmente olvidadas.

Esa distancia empieza a reducirse justamente a principio de la década de los sesenta, al publicarse en rápida sucesión libros de ensayos de Alfonso Reyes, Leopoldo Zea, Miguel León-Portilla, una antología de *Cantos aztecas*, y también crece la presencia de las voces mexicanas en las compilaciones de poesía y de narrativa latinoamericanas. Este movimiento inicial es el preludio para las primeras traducciones de Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes.

LOS AÑOS SESENTA

JUAN RULFO

La década se abre con la primera traducción de *Pedro Páramo* (1960) en la editorial Feltrinelli, que sin embargo no tuvo mucho éxito, como afirma Barbara Destefanis en su estudio:

Dotado de pocas herramientas críticas para acercarse a la novela de Rulfo, el lector italiano de principios de los sesenta —en una época en la que la realidad cultural, histórica y política de América Latina estaba lejos de sus horizontes— sólo podía confiar en sus propias intuiciones y en la escasa información que ofrecían las reseñas. Sin embargo, en las reseñas, más que herramientas útiles para acercarse a la obra, habría encontrado la confirmación de sus propios límites por lo que se refería a su conocimiento de esos mundos lejanos. Apretada entre los juicios de los críticos y los del lector inexperto, en un círculo asfixiante de malentendidos y contradicciones, una obra maestra de la narrativa latinoamericana del siglo xx aparecía como una curiosa y extravagante novela, carente de trascendencia y de escaso valor literario. Esta era la imagen de la obra que se desprendía de las páginas de reseñas en las que, [...] Pedro Páramo es nada menos que una de las “pocas obras maestras de la literatura iberoamericana candidatas a ocupar un estante medio vacío en nuestra biblioteca”. [...] Una posición incómoda, que no nos permite leerla como realmente es, ni identificar la presencia, entre sus breves páginas, de los grandes temas de la ficción universal. En esa década, la lengua hablada por Juan Rulfo era todavía un idioma cuyo extraordinario potencial poético no podía ser reconocido (Destefanis, 2002).

La misma Destefanis describe con precisión las coordenadas culturales dentro de las cuales se lee la novela de Rulfo, vinculadas al escaso conocimiento de la tradición literaria a la que pertenece, que ya se podían apreciar en la portada y en los aparatos paratextuales de esta primera edición:

Aprovechamos para subrayar cómo las tres constantes de lectura identificadas en las reseñas de los años 1960-1961 estaban ya, de alguna manera, implícitas en la forma externa y material en que la novela fue presentada por la editorial Feltrinelli. La ilustración de la primera página de la cubierta —que representa un esqueleto a lomos de un caballo fantasma— acentúa la dimensión fantástica del texto desde el primer contacto visual con el libro. El breve comentario de la contraportada también anticipaba todas las definiciones dentro de las cuales se encerraría *Pedro Páramo* en sus primeras lecturas italianas: ya en ese contexto, de hecho, se proponía la yuxtaposición entre el estilo de Juan Rulfo y el de Faulkner y Poe, preparando el camino para esas tendencias asimilacionistas que llegarían hasta una aproximación arbitraria e ilegítima en las reseñas. El editor milanés calificó a Comala como el reino de los muertos y definió la narración de Juan Rulfo como una fábula, un relato cuyos fuertes vínculos con la realidad histórica y social del país no eran evidentes (Destefanis, 2002).

Tres años después se publica la primera traducción de *El llano en llamas*, con el título de *La morte al Messico* (Rulfo, 1963), y en este caso la acogida de la crítica ya es más significativa, como se puede apreciar en la reseña de Emilio Cecchi para la página cultural de *Il Corriere della Sera*.

En realidad, el libro ya contenía de por sí una nota del traductor, Giuseppe Cintioli, con el propósito de presentar a Rulfo, un escritor “que no podría ser más mexicano” (Cintioli, 163: 192). La nota intenta, además, situar el autor dentro de un paisaje cultural más definido, con referencias a la historia y a la literatura, donde emerge esa “mexicanidad” de la que la narrativa de Rulfo sería expresión privilegiada, fuera del folclorismo degradado que el traductor ya ve como un riesgo posible para los lectores italianos, como escribe claramente al final:

Pero nada puede ser más erróneo, hay que advertirlo, que juzgar a su mundo y a su pueblo según tablas anticuadas de culpabilidad e inocencia. Uno volvería a caer en la piedad o en la impiedad, mientras toda la obra de Rulfo parece dirigida a saltarse la una y la otra. Ni culpable ni inocente, pues: simplemente mexicano (Cintioli, 163: 198).

Como se dijo antes, una de las reseñas más interesantes del libro fue la de Emilio Cecchi, prestigioso crítico literario que había viajado a México más de una vez, escribiendo un famoso diario del viaje (Cecchi, 1932). El artículo de Cecchi no se limita sólo a presentar los cuentos y propone una reflexión exhaustiva sobre toda la obra del autor mexicano (Cecchi, 1965: 3). Volviendo sobre algunas ideas ya expresadas por Cintioli, el crítico considera los cuentos de Rulfo casi superiores a *Pedro Páramo*, afirmando que el encuentro con su narrativa puede ser una experiencia ardua, que requiere lecturas atentas y repetidas, tomando en cuenta la distancia con una visión estereotipada de México: “Estas experiencias, como ya se ha dicho, Rulfo no las expresa con el repertorio habitual de barrocas notas folclóricas y turísticas: de hecho se transporta, se transfigura, en un aura semi-apocalíptica” (Cecchi, 1965: 3). La reseña termina con una reflexión sobre la originalidad de la escritura rulfiana: “La importancia y originalidad de Rulfo radica esencialmente en la carga de interioridad de alto potencial que puede conferir incluso a los fragmentos más pequeños de la realidad que toca, para ver y hacer que otros vean lo que él ve” (Cecchi, 1965: 3).

OCTAVIO PAZ

Textos de Octavio Paz aparecen por primera vez en un libro italiano en la antología *Poesia Ispano-americana del 900* de Francesco Tentori Montalto, en 1957: se trata de seis poemas,¹ con una breve nota biográfica. Tres años después seguirá la traducción de *El laberinto de la soledad*, dentro del proyecto editorial del *Columbianum*, una fundación cultural fundada en Génova por el jesuita Angelo Arpa, que jugó un papel fundamental para la difusión de la cultura latinoamericana en los primeros años de la década del sesenta. El programa del *Colombianum* preveía la primera serie dedicada en exclusiva a la publicación de obras de autores latinoamericanos en Italia, con libros de poesía, de ficción y de ensayo, un género muy poco conocido hasta entonces. La editorial Silva de Milán fue la elegida para la producción de la serie: la editorial tuvo una vida breve, pero en esos años era una referencia por la calidad de sus libros.

La prosa ensayística constituye un capítulo aparte dentro de la difusión de la cultura hispanoamericana en Italia: hasta los noventa el género será casi invisible, a no ser vinculado con ideologías políticas o con acontecimientos muy especiales. Un fenómeno

¹ Los poemas son los siguientes: “Otoño”, “Insomnio”, “Crepúsculo de la ciudad”, “Arcos”, “Escrito con tinta verde”, “Envío”. En la edición de 1971 se añadirán otros dos textos: “Árbol quieto entre nubes” y “Destino del poeta”.

que nace de la consecuencia de una persistente reticencia a imaginar el mundo latinoamericano como lugar donde se pueden elaborar teorías y pensamientos originales, como si a esa parte del mundo se le hubiera asignado desde siempre una imaginación desbordada, pero no la capacidad de pensar. El proyecto del *Colombianum*, imaginado por Amos Segala, quiso demostrar lo contrario gracias a algunos autores hispanoamericanos, entre los cuales destacaban los nombres mexicanos, como los de Leopoldo Zea y Octavio Paz, a los que se une la primera edición italiana de *La visión de los vencidos* de Miguel León-Portilla.² A pesar de la excelente colocación editorial y de la traducción de un joven académico como Giuseppe Bellini, *El laberinto* no tuvo mucho éxito en su primera versión italiana: todo el proyecto se fue apagando, siguiendo el destino de la Fundación, que cerró sus actividades después del Congreso de Génova de 1965.

En este mismo año, sin embargo, aparece la primera antología de poemas de Paz, con el título de *Libertà sulla parola*, una selección traducida siempre por Giuseppe Bellini y publicada en la prestigiosa colección de poesía de la *Fenice* de la editorial Guanda de Parma. Los poemas elegidos ofrecen una muestra muy completa de la labor poética de Paz hasta entonces, y termina con tres poemas inspirados por el contacto del poeta con el mundo de la India, que todavía no habían sido publicados en colecciones en español. La edición presenta también una introducción de Bellini, basada en la lectura de las más recientes contribuciones críticas mexicanas y francesas, y hubiera tenido todas las características para inaugurar una presencia constante del autor mexicano en Italia, como pasó en los mismos años con Borges. En cambio, no sólo el libro no tuvo alguna repercusión, sino que para volver a encontrar otra antología poética de Paz habrá que esperar casi veinte años, cuando verá la luz *Vento cardinale e altre poesie* en 1984 (Paz, 1984).

Las razones de este fracaso pueden quizás entreverse en las palabras de la contraportada: “Paz, sin repudiar la atracción de su mundo de origen que podría resolverse en la esfera superficial de los ritmos y el folklore, es un poeta profunda y principalmente atormentado por el problema del ser y del existir”.³

El público italiano no estaba preparado para la profundidad de los versos de Paz y era más atento al folklore y a los vientos revolucionarios que soplaban del otro lado del océano, totalmente ajenos a la poética del mexicano.

CARLOS FUENTES

En el clima de profundo cambio de los años sesenta empezaron a llegar a Italia nuevos autores, en muchos casos gracias al trabajo de Valerio Riva, que en ese entonces era el explorador para América Latina de la editorial Feltrinelli. Las novelas de estos escritores contribuyeron a modificar la percepción de las literaturas transatlánticas y prepararon el terreno para el *boom* del final de la década. En 1964 se publicó *Aura* de Carlos Fuentes, seguido por *La morte di Artemio Cruz* (1966) y *Cambio di pelle* (1967). El aparato paratextual y las primeras reacciones de la crítica testimoniaron que esos libros eran las señales de que algo nuevo estaba pasando en la otra orilla del océano, como se puede observar en la contraportada de *Aura*:

² La lista completa de las publicaciones es la siguiente: *Lirici Brasiliani* (antologada por Ruggero Jacobbi), 1960; Rómulo Gallegos, *Canaima*, 1960 (trad. de Marcella Altieri); Leopoldo Zea, *América Latina e cultura occidentale*, 1961 (trad. de Danilo Pastine); Octavio Paz, *Il labirinto della solitudine*, 1961 (trad. de Giuseppe Bellini); Jorge Luis Borges, *Antologia Personale*, 1962 (trad. de Francesco Tentori Montalto); Miguel León-Portilla, *La memoria dei vinti*, 1962 (trad. di Gabriele Cabrini y Giannino Galloni).

³ Contraportada del libro O. Paz (1965). *Libertà sulla parola*. Parma: Guanda.

Carlos Fuentes es un nombre nuevo por aquí, pero el lector italiano se dará cuenta inmediatamente de que es un descubrimiento importante. Tanto más importante en cuanto es una pista, para un lector europeo, de que, al otro lado del Atlántico, en esa América Latina que día tras día surge más en la historia contemporánea, está naciendo una nueva literatura. Al mismo tiempo que *Aura*, del mexicano Fuentes, publicamos *Corpo di danza*, del brasileño João Guimarães Rosa: dos extraordinarios testimonios de un definitivo “cambio de guardia” en la narrativa latinoamericana. Ya no se trata de la laboriosa mezcla de realismo-psicologismo-folklorismo que acompañaba a las explosiones y ecos del modernismo, ni del deprimente naturalismo de la ficción “consumista” norteamericana, sino ya de los testimonios excepcionales de una gran temporada de nuevos escritores que combinan los duros fermentos ideológicos con las técnicas más refinadas de la vanguardia europea (Fuentes, 1964).⁴

No se podría haber expresado mejor la idea del paso de una visión a otra, donde juegan un papel crucial las ideas de “novedad” y de “juventud”. En efecto la Feltrinelli fue una de las primeras en percibir la centralidad del público joven, avanzando hacia esa dirección, tanto desde el punto de vista de las propuestas editoriales como del lado de los sistemas de venta. En este sentido, por ejemplo, el aparato paratextual de las novelas de Carlos Fuentes es significativo: en las portadas de *Aura* y *La muerte de Artemio Cruz* aparecen dos fotografías del autor, donde su joven figura destaca gracias a un juego de imágenes que era una novedad absoluta para la época.

Después de este debut tan prometedor, sin embargo, la difusión de la obra de Fuentes no siguió los caminos del *boom* de la literatura hispanoamericana. A pesar de que él fue uno de los protagonistas de esos años en el mundo de lengua española, no le correspondió el mismo papel en Italia: de hecho, después de *Cambio di pelle* (un fracaso del punto de vista de las ventas) no apareció ninguna otra traducción de las novelas del escritor mexicano. El vínculo de Fuentes con Valerio Riva, y la ruptura de éste con Feltrinelli, tuvieron un claro impacto negativo, exacerbado después de 1971 por su postura en el “caso Padilla” y su distanciamiento de la Revolución cubana. Sólo *La morte di Artemio Cruz* se volverá a reimprimir en los años setenta, en una edición de bolsillo bajo el sello de la editorial Mondadori, pero casi nadie se dio cuenta de él, tanto que Fuentes desaparecerá totalmente de los estantes de las librerías italianas hasta los años noventa.

DOS DÉCADAS DE OLVIDO

Si ésta fue la situación de estos tres grandes autores, es fácil comprender cómo todo el rico panorama de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo sencillamente no existe para el mundo editorial italiano. La lista de las ausencias es infinita, y habrá que esperar los años noventa para recuperar, en parte, el tiempo perdido. La única novedad significativa en la década de los setenta fue una nueva traducción de *Pedro Páramo* (Rulfo, 1977) publicada por Einaudi en 1977.

En esta ocasión notamos dos interesantes reseñas en el *Corriere della Sera*, a breve distancia una de la otra. La primera es de una crítica especializada en literatura

⁴ Contraportada de C. Fuentes (1964). *Aura*. Milán: Feltrinelli. El redactor de las contraportadas es anónimo, pero es quizás posible entrever, por el estilo y la función que en ese momento tenía en la editorial, la mano de Valerio Riva.

hispanoamérica (Angela Bianchini), cuyo artículo se titula “Paese di fantasmi” (Bianchi, 1977: 14). El artículo se centra en el trasfondo histórico de la novela, con algunas reflexiones que abrían nuevos caminos de lectura, como la relación entre la narración y el mito, o el acento puesto entre la historia narrada y la invención de una estructura narrativa totalmente original.

Dos meses después apareció otro artículo en el suplemento literario del mismo diario milanés firmado por Claudio Gorlier, un docente universitario (de literatura angloamericana) que escribía a menudo en las páginas culturales de los periódicos italianos. En su reseña, titulada *Incubo e violenza nel boom dell' America Latina* (Gorlier, 1977: 8), se hace referencia por primera vez a la escasa difusión italiana de Rulfo, explicada por Gorlier por el hecho de que su obra había quedado a la sombra de los nombres más famosos del *boom*. Gorlier abre, además, otro frente, relacionado con las dos traducciones publicadas hasta entonces, valoradas de manera muy desigual por los críticos italianos. Un debate que continuará en los años siguientes, y que Francesco Fava resume en su estudio fundamental sobre este tema:

Es indiscutible que, a pesar de que su novela haya sido traducida tres veces, la figura de Juan Rulfo sigue siendo sustancialmente desconocida para el público italiano, salvo en el círculo de especialistas.

La razón, creo que se puede afirmar sin dudas, hay que atribuirla [...] a la naturaleza de las traducciones. Las “demasiadas cosas intraducibles” reinventadas poéticamente en el lenguaje de la novela vuelven a menudo en la condición de “no traducidas” en las versiones italianas. “El idioma de lo inefable” construido por Rulfo es indudablemente complejo: desfases temporales extremadamente sutiles, diálogos que se mueven casi siempre en el límite de la ambigüedad, retículas de repeticiones y variaciones, entrecruzamiento de diferentes registros y varios planos narrativos. Una máxima densidad expresiva, perseguida y lograda con considerable economía de medios. Las mejores cualidades de la escritura de Rulfo, los rasgos de más marcada originalidad de su búsqueda lingüística y poética son también —como hemos tratado de subrayar— los más mortificados en las tres traducciones.

Resulta especialmente difícil traducir a un escritor cuyo objetivo es un lenguaje de lo inefable: un autor que no muestra con orgullo los artificios de su escritura en el texto, sino que, por el contrario, los oculta con extrema habilidad, tanta que incluso sus traductores italianos son incapaces de percibirlos (Fava, 2013: 143-144).

Fueron probablemente éstas las razones por las cuales la nueva edición de la novela de Rulfo —y después la de los cuentos— no cambiará la situación general: su novela y sus cuentos se volverán a reimprimir —incluso con nuevas traducciones—, pero el escritor jalisciense seguirá siendo un autor casi desconocido, a pesar del reconocimiento cada vez mayor expresado por los críticos.

UNA NUEVA ESTACIÓN

Ocurre algo parecido con Octavio Paz hasta finales de los ochenta, cuando su nombre, desaparecido totalmente del panorama editorial italiano, volvió a estar bajo los reflectores gracias a dos premios: primero el Premio Mondello en Italia en 1989 y finalmente el Premio Nobel al año siguiente.

Después de estos dos eventos la presencia editorial de Paz en Italia se fue multiplicando, como escribió Franco Marcoaldi en su comentario sobre la colección de ensayos *Una terra, quattro o cinque mondi* (Paz, 1988), que le valió el Premio Mondello:

El destino de algunos grandes autores es realmente extraño. Nadie, por supuesto, duda de su valor. Pero luego sus nombres y pensamientos acaban circulando poco o nada en las páginas culturales de los periódicos y semanarios, y en los medios de comunicación en general. Es el caso del mexicano Octavio Paz, uno de los más grandes ensayistas y poetas contemporáneos, que mientras en otros países como Francia, Inglaterra o Alemania hace tiempo que ha recibido el legítimo reconocimiento que merece, en Italia aún fatiga por abrirse un camino (Marcoaldi, 1982: 42).

El suplemento cultural del *Corriere della Sera* publica un capítulo de este libro de ensayos, con una breve nota de Valerio Riva, que intenta ofrecer una explicación de esta situación, a partir de la posición política del autor mexicano:

El destino de Octavio Paz en Italia es singular. No es que entre nosotros no se hayan publicado sus libros. Al contrario. Y Paz también se puede leer de vez en cuando en nuestros periódicos y revistas. Todos los años, los periódicos informan regularmente de que estuvo en la nómina por el Premio Nobel y, por supuesto, no lo consiguió. ¿Pero quién es el Paz que conocen los italianos? El poeta, el prosista refinado, el crítico de arte, y más generalmente el agudo ilustrador de lo que podríamos llamar “mexicanidad”. En resumen, un excéntrico. Y ciertamente excéntrico es una definición que el propio Paz utiliza para sí mismo, pero ¿en qué sentido? Un excéntrico diferente: no tanto poético, sino político (Riva, 1988: 3).

Este argumento propuesto por Riva revela cómo la difusión de las literaturas y de las culturas latinoamericanas haya sido desde siempre condicionada por la compleja situación política del continente y en este caso el posicionamiento “liberal” de Paz no habría favorecido su aceptación de parte del público italiano, influenciado desde los sesenta por las ideologías de izquierda. Aunque sin duda el papel de la política ha sido central en este ámbito, la motivación propuesta por Riva no consigue explicar porque la situación no cambiará de manera sustancial incluso después del derrumbe del Muro de Berlín.

El Premio Nobel marca obviamente un momento clave: todos los críticos literarios y los hispanistas italianos lo comentan en las páginas de los periódicos y las revistas italianas. Bastaría recordar los nombres de Carlo Bo, Antonio Tabucchi, Ernesto Franco, Saverio Tutino, Valerio Magrelli, Dario Puccini, Giuseppe Bellini entre otros, para certificar el reconocimiento unánime de la figura del intelectual mexicano. En muchos casos se le dedicó toda la página cultural del día 12 de octubre (una fecha además ya de por sí “histórica” para el continente), con presentaciones, entrevistas, textos del autor (poemas o prosas) y columnas de “curiosidades” sobre el Premio.

En estas páginas aparece casi siempre también un comentario sobre la decisión de algunas editoriales italianas de interesarse por fin en su obra: se anuncian varios proyectos editoriales en marcha, como el de la pequeña editorial de Génova Il Melangolo que había empezado a publicar toda la obra ensayística de Paz, empezando por *Congiunzioni e Disgiunzioni* (1984), *Ignoto a sé stesso* (1988) y *L'arco e la lira* (que saldrá en 1991) (Paz, 1984, 1988, 1991).

Sin embargo, cuando en 1991 se publique *Sor Juana o le insidie della fede*, el entusiasmo ya se ha ido enfriando, y al final el nombre de Paz volverá a ser una referencia para especialistas, si es verdad que al día de hoy resultan a la venta en las librerías italianas sólo los tres ensayos (*Il labirinto della solitudine*, *La duplice fiamma* y *L'apparenza nuda*) que la editorial SE sigue reimprimiendo tenazmente desde hace años (Paz, 1990, 2006, 2013).

Con Carlos Fuentes las cosas van un poco mejor, otra vez a partir de un premio, el Premio IILA de 1989. Si otros dos grandes protagonistas del *boom* —García Márquez y Vargas Llosa— habían seguido estando presentes en las librerías italianas, para Carlos Fuentes el Premio IILA significa en efecto un regreso después de una ausencia de más de veinte años. Tantos habían pasado desde la última reedición de *La muerte de Artemio Cruz*, sólo brevemente interrumpida por la publicación en 1986 de *El gringo viejo*, cuando se estrenó en Italia la película homónima. En esa ocasión Darío Puccini ya había planteado la hipótesis de una nueva recuperación del escritor mexicano, que se concretaría plenamente sólo unos años después:

Que un nuevo Fuentes pueda, por tanto, surgir, incluso en Italia, de las cenizas casi extinguidas del primer Fuentes no sólo es deseable, sino también debido. Ocurrió con Jorge Amado, por citar un caso latinoamericano, y puede ocurrir, se espera, quizás con más razón, con Carlos Fuentes. No importa, me parece, que el regreso de Fuentes esté mediado por su éxito en Estados Unidos: desde hace un tiempo, ya no es París quien dicta las modas literarias y sobre todo artísticas, sino Nueva York. (Sin embargo, casi todos los libros de Fuentes han sido traducidos en París) (Puccini, 1986: 7).

En efecto la vuelta de Fuentes a Italia será propiciada por un histórico sello editorial —el de Il Saggiatore— que en su nueva etapa elige a Fuentes como uno de sus autores destacados, reeditando los títulos ya traducidos (*Aura* y *La muerte de Artemio Cruz*) y publicando las nuevas novelas (*Los años con Laura Díaz*) y los ensayos, una novedad absoluta para los lectores italianos. Finalmente recuperará también su primera novela, *La región más transparente*, traducida al italiano con el título de *L'ombelico della luna* (Fuentes, 1997, 2000, 2001, 2002, 2003, 2005, 2007). A partir de este momento se le reconocerá ya como una figura preeminente de la literatura hispanoamericana, que le valdrá numerosas invitaciones a dar charlas y conferencias, las frecuentes entrevistas en los periódicos más importantes y la aparición de su nombre entre los candidatos favoritos al Premio Nobel cada vez que se acerca la fatídica fecha de octubre. A pesar de esta fama merecida, en el panorama de la literatura hispanoamericana en Italia, Fuentes sigue siendo aún hoy un autor del que se habla bastante, por ejemplo, en las reseñas, donde es a menudo una referencia externa, sin que se hable directamente de sus novelas.

NUEVOS AUTORES, NUEVAS AUTORAS

En la última década del siglo todo el mundo editorial italiano vuelve a interesarse en la literatura hispanoamericana, con nuevas colecciones, reimpressiones de libros olvidados desde los sesenta, nuevas propuestas de autores y autoras que llegaban en bandadas de América Latina. Con respecto a México, todo este movimiento permite dar a conocer especialmente a algunas autoras, y un escritor de novelas policiales que tendrá un enorme éxito de ventas, justamente en el cambio de siglo.

Las dos autoras que se impusieron a la atención fueron Laura Esquivel y Ángeles Mastretta, siguiendo de cerca las huellas del éxito de Isabel Allende, que había abierto el mercado italiano para las escritoras hispanoamericanas, hasta entonces bastante olvidadas.

Desde 1988, la editorial Feltrinelli, desde siempre atenta a los fenómenos culturales más innovadores del panorama mundial, fue publicando muchas novelas de autoras, no sólo hispanoamericanas, entre las cuales cabe Ángeles Mastretta, con su primera novela, *Strappami la vita* (1989). Las presentaciones de las novelas siguen el patrón de las de Allende, tratando de repetir su éxito, con la intención de mantener la atención de los lectores orientada hacia una idea bien localizable de esta literatura. Se trata siempre de historias “apasionadas” (y la palabra “pasión” es la que más se repite en las contraportadas y en las solapas), con protagonistas femeninas de gran carácter, con un trasfondo social, aunque sólo insinuado. La connotación general de las escritoras seleccionadas por Feltrinelli y otros editores italianos ha sido bien resumida por Vittoria Martinetto:

Se trata de una escritura no feminista, o a lo máximo inspirada en un feminismo mitigado por un contexto en el que, sin dejar de ilustrar la condición de las mujeres con el telón de fondo de sociedades todavía fuertemente machistas, sigue primando un papel de denuncia política y social *tout court*. Así pues, la originalidad de estas escrituras consiste en centrar su mirada en microrrelatos ejemplares en los que la mujer es ciertamente la protagonista, pero como espejo convexo en el que inevitablemente salen a la luz los defectos y las contradicciones de un macrorrelato conformado por hombres. [...] Sintéticamente, los temas y modos presentes de forma variada tanto en Allende como en las autoras posteriores son: la historia, utilizada como contrapunto y columna vertebral de los acontecimientos narrados; la denuncia del doble malestar que viven las mujeres dentro de las mentalidades patriarcales y los regímenes totalitarios; el amor, presentado en su fenomenología multiforme y a menudo con una divertida ironía en la línea de las novelas sentimentales o las telenovelas; el mito, que tradicionalmente envuelve a los personajes femeninos en un aura mágica, y que ha permitido a estas autoras explotar el exotismo al que parece estar condenada la ficción latinoamericana, revisando las raíces precolombinas de su cultura en clave femenina. Por último, hay un rasgo que todas estas narraciones tienen invariablemente en común: sus protagonistas, ya sean diosas reencarnadas, revolucionarias, periodistas, gitanas o señoras acomodadas, son siempre mujeres difíciles de olvidar y que satisfacen fácilmente las expectativas o las necesidades de identificación de los potenciales lectores (Martinetto, 1997).

PACO IGNACIO TAIBO II

Además de este nuevo interés por las voces femeninas, el otro gran éxito del fin del milenio fue el de Paco Ignacio Taibo II, un autor hasta entonces desconocido, propuesto por la editorial Tropea. En realidad el escritor mexicano había sido propuesto ya desde 1989, gracias a algunas traducciones pioneras de Pino Cacucci para algunas pequeñas editoriales boloñesas, pero su nombre comenzó a circular con mayor insistencia tras la aparición de las primeras novelas policíacas traducidas al italiano: *Sentendo che il campo di battaglia*, *Giorni di battaglia* e *Il fantasma di Zapata* (Taibo, 1996, 1998a, 1998b), en las que aparecen los detectives protagonistas de las dos series de Taibo II, Olga Lavanderos (conocida como Olguita) y Héctor Belascoarán, ambos inmersos en el ambiente de la inmensa Ciudad de México.

Taibo II ha declarado en repetidas ocasiones que la estructura de la novela policiaca le sirve para contar la historia de las tensiones sociales urbanas, en cuanto género heredero de la novela de aventuras clásica. Los personajes y la ambientación son, pues, más importantes en las novelas de Taibo II que la trama, pero la necesidad de respetar ciertas reglas de serialidad y reconocibilidad le obligan a repetir elementos que pronto se pueden convertir en nuevos y fáciles estereotipos.

En ese espacio urbano, con elementos de degradación casi inhumana, se mueven los dos antihéroes, detectives poco profesionales y aun menos convencionales, movidos por un invencible espíritu de justicia y obligados a luchar tanto contra los delincuentes como contra policías totalmente corruptos, en escenarios a menudo muy turbulentos, caracterizados por fuertes dosis de violencia y de pasión, un término que el propio Taibo II utiliza en las entrevistas cuando se le pregunta por las características de su ficción.

Sin embargo, si la novela policiaca ha de servir como instrumento de narración social urbana, cabe preguntarse hasta qué punto los elementos seleccionados no dependan más bien de una posición ideológica, donde el género sirve para demostrar tesis preexistentes. Angelo Morino ya había señalado este riesgo en una reseña de 1998:

Sin embargo, la linealidad de la estructura y el cumplimiento de la estructura narrativa clásica están lejos de agotarse en la propuesta de las novelas policiacas. A Taibo II le interesa leer las imágenes de la sociedad mexicana de las últimas décadas, sin escatimar el telón de fondo dominado por la corrupción más descarada y los colores fuertes cercanos al *pulp*. Así, el enigma acaba reduciéndose al mínimo, mientras que prevalecen las escenas en las que se producen palizas, violaciones y un amplio abanico de abusos físicos y morales. Todo ello con el telón de fondo de una metrópolis desprovista de todo orden, inmersa en el caos más devastador [...] Pero hay que decir que, al terminar la lectura de estas novelas de Taibo II, uno se queda con la fuerte impresión de haber salido de un texto escrito con demasiada rapidez, montado sin expedientes originales, que funciona según un mecanismo previsible, entre una descarga de puños y unas costillas rotas. Mejor, mucho mejor, algunas otras novelas policiacas del mismo autor, como *La bicicleta de Leonardo* (1993) y *A cuatro manos* (1991), cuya complejidad podía desorientar al principio, pero que —a medida que avanza la trama— se revela como el resultado de un trabajo muy hábil en el montaje de los materiales narrativos y en la propuesta de radiografías del mundo mexicano, incluso en la línea fronteriza con Estados Unidos (Morino, 1999, n. 6).

Esta “rapidez” asegura sin embargo su éxito, ya que confirma ideas e imágenes ya bastante aceptadas y difusas: México es un país poco fiable, pero también una tierra de grandes pasiones, en la que héroes solitarios libran batallas que ahora son transnacionales, como el tipo de ficción que persigue Taibo. Se crea así un nuevo exotismo, siempre marcado por la sensación de lejanía, ya no sólo geográfica, sino también social y “situacional”: los lectores ya no sólo quieren llegar a un espacio “otro”, en este caso no precisamente fascinante, sino vivir aventuras en el límite de lo prohibido.

La novela negra se convierte así en uno de los vehículos preferidos para la circulación de una imagen de México como un territorio suspendido entre una legalidad incierta (o al menos no garantizada por las autoridades tradicionales, casi siempre presentadas como corruptas e impresentables) y el deseo irrefrenable de luchar contra la injusticia, sea cual sea la forma en que se presente.

A partir del nuevo milenio el panorama cambia radicalmente, sobre todo gracias a un puñado de pequeñas editoriales que se lanzan con mucho valor a explorar nuevos itinerarios de la literatura mexicana. Algunos proyectos editoriales, como los de las editoriales Sur, La Nuova Frontiera, Gran Vía, o de las editoriales de poesía, permiten descubrir toda una generación de escritores y escritoras, en la cual destacan nombres como los de Daniel Sada, Juan Villoro, Julián Herbert, Guadalupe Nettel, Emiliano Monge, Valeria Luiselli, Diego Osorno, Álvaro Enrigue, y al mismo tiempo recuperar autores del pasado caídos en el olvido (Juan José Arreola, Jorge Ibargüengoitia, José Emilio Pacheco). Sin embargo, esta historia merecería ya un estudio y una atención especial que supere los límites de este artículo.

REFERENCIAS

- Azuela, M. (1945). *Quelli di sotto*, trad. de Attilio Dabini. Milán: Mondadori.
- Bianchini, Angela (1977). Paese di fantasmi. *La Stampa*, 10 de junio, p. 14.
- Borges, J. L. (1962). *Antologia personale*, trad. de Francesco Tentori Montalto. Milán: Silva.
- Cecchi, E. (1932). *Messico*. Milán: Treves.
- (1965). Juan Rulfo. *Corriere della Sera*, 27 de noviembre, p. 3.
- Cintioli, G. (1963). Nota del traduttore. En J. Rulfo. *La morte al Messico*. Milán: Mondadori.
- Destefanis, B. (2002). Sulla (s)fortuna di Juan Rulfo e *Pedro Páramo* in Italia. *Artifara 1*, disponibile en: <http://www.artifara.com/rivista1/testi/carpentier.asp>
- Fava, F. (2013). Hay demasiadas cosas intraducibles. Juan Rulfo, tradotto e abbandonato (pp. 127-144). En F. Fava (Ed.). *Tradurre un continente*. Palermo: Sellerio.
- Fuentes, C. (1997). *La morte di Artemio Cruz*, trad. de Carmine Di Michele. Milán: Il Saggiatore.
- (2000). *L'ombelico della luna*, trad. de Germán Quintero y Luigi Dapelo. Milán: Il Saggiatore.
- (2001). *Gli anni con Laura Díaz*, trad. de Ilide Carmignani. Milán: Il Saggiatore.
- (2002). *Le relazioni lontane*, trad. de Francesco Ciancabilla. Milán: Il Saggiatore.
- (2003). *Aura*, trad. de Carmine Di Michele. Milán: Il Saggiatore.
- (2005). *El naranjo*, trad. de Eleonora Mogavero. Milán: Il Saggiatore.
- (2005). *In questo io credo*, trad. de Eleonora Mogavero. Milán: Il Saggiatore.
- (2007). *Storie per vergini*, trad. de Michela Finassi Parolo. Milán: Il Saggiatore.
- Gallegos, R. (1960). *Canaima*, trad. de Marcella Altieri. Milán: Silva.
- Guzmán, M. L. (1942). *L'aquila e il serpente*, trad. de Mario Socrate. Milán: Rizzoli.
- Gorlier, C. (1977). Incubo e violenza nel boom dell'America Latina. *Corriere della Sera*, 14 agosto, p. 8.
- Jacobbi, R. (Coord.) (1960). *Lirici Brasiliani*, Milán: Silva.
- León-Portilla, M. (1962). *La memoria dei vinti*, trad. de Gabriele Cabrini e Giannino Galloni, Milán: Silva.
- Magdaleno, M. (1947). *Il deserto di calce*, trad. de Ettore De Zuani. Milán: Longanesi.
- Marcoaldi, F. (1988). Un po' più Paz. *L'Espresso*, 31-07, p. 42.
- Martinetto, V. (1997). *Scrittrici Latinoamericane. L'indice dei libri del mese 11:12*.
- Morino, A. (1999). Qualche Nuvola. *L'indice dei libri del mese 6*.
- Muñoz, R. (1944). *Andiamo con Pancho Villa*, trad. de Luigi La Tessa. Milán: Alpe.
- Paz, O. (1961). *Il labirinto della solitudine*, trad. de Giuseppe Bellini. Milán: Silva.
- Paz, O. (1965). *Libertà sulla parola*. Parma: Guanda.

- ___ (1984). *Congiunzioni e disgiunzioni*, trad. de Giovanni Battista De Cesare. Génova: Il Melangolo.
- ___ (1984). *Vento cardinale e altre poesie*, trad. de Franco Moggi. Milán: Mondadori.
- ___ (1988). *Ignoto a se stesso. Saggi su Pessoa e Cernuda*, trad. de Ernesto Franco. Génova: Il Melangolo.
- ___ (1988). *Una terra, quattro o cinque mondi*. Milán: Garzanti.
- ___ (1991). *L'arco e la lira*, trad. de Ernesto Franco. Génova: Il Melangolo.
- ___ (1990). *Apparenza nuda*, trad. de Elena Carpi Schirone. Milán: SE.
- ___ (2013). *Il labirinto della solitudine*, trad. de Alfonso D'Agostino. Milán: SE.
- ___ (2006). *La duplice fiamma*, trad. de Guido Alberti. Milán: SE.
- Puccini, D. (1986). *Il gringo vecchio. L'indice dei libri del mese 7*.
- Revueltas, J. (1948). *Il coltello di pietra*, trad. de Enzo Giachino. Turín: Einaudi.
- Riva, V. (1988). Un leader come Arias dalla sua testimonianza. *Corriere Cultura*, 3 de abril, p. 3.
- Rulfo, J. (1960). *Pedro Páramo*, trad. de Carmine Mancuso. Milán: Feltrinelli.
- ___ (1963). *La morte al Messico*, trad. de Giuseppe Cintioli. Milán: Mondadori, 1963.
- ___ (1977). *Pedro Páramo*, trad. de Francisca Perujo. Turín: Einaudi.
- Taibo II, P. I. (1996). *Sentendo che il campo di battaglia*, trad. de Bruno Arpaia. Milán: Tropea.
- ___ (1998). *Giorni di battaglia*, trad. de Roberta Bovaia. Milán: Tropea.
- ___ (1998). *Il fantasma di Zapata*, trad. de Roberta Bovaia. Milán: Tropea.
- Tedeschi, S. (2008). *All'inseguimento dell'ultima utopia. La letteratura ispanoamericana in Italia e la creazione del mito dell'America Latina*. Roma: Nuova Cultura.
- Zea, L. (1961). *America Latina e cultura occidentale*, trad. de Danilo Pastine. Milán: Silva.

*Seminarios sobre México-Italia:
500 años de diálogo cultural
Tomo III
en su edición electrónica
se terminó en marzo de 2025*

Producción: Dirección de Publicaciones
de la Coordinación Nacional de Difusión
del Instituto Nacional de Antropología e Historia

ISBN: 978-607-2634-23-7

Con motivo de las celebraciones del segundo centenario de la Independencia de México, el séptimo centenario de la fundación de Tenochtitlán y el quinto centenario de su caída; en 2021, la Embajada de Italia, el Instituto Cultural Italiano de la Ciudad de México y el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) organizaron una serie de seminarios bilaterales.

La historia del diálogo cultural entre Italia y México es amplia y significativa, sobresale por la contribución de migrantes, intelectuales, artistas, misioneros y comerciantes. En este volumen, seis historiadores destacados profundizan en la realidad multifacética de la vinculación entre los dos países, abordan temas como las migraciones, la conservación del patrimonio histórico, las interacciones en el arte, la música, la literatura y la arquitectura, sin descuidar los diferentes contextos políticos, económicos y diplomáticos que han caracterizado cinco siglos de intercambio italo-mexicano. Hoy, este diálogo cultural se mantiene vivo a través de la colaboración en proyectos académicos, artísticos y empresariales, consolidando una relación histórica que ha enriquecido a ambas naciones.



Cultura
Secretaría de Cultura



INAH



Ambasciata d'Italia
Città del Messico